



Raquel Saguier

La posta del placer

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Raquel Saguier

La posta del placer

Todos los que ingresaban en «La posta del placer» parecían estar extrañamente soldados, no sólo por las motivaciones carnales sino por el hábito, heterosexual, desde luego, de hacerlo siempre en pareja.

Algunas en estado lamentable, la mayoría en situación clandestina, aunque también las había dispuestas a permanecer en la fe antidivorcista mientras pudieran divorciarse del yugo que les había ido criando la monocorde rutina de sus amores legales.

Como venía a ser el caso de Pedro Renunciación Alderete y su esposa Clodomira, a quienes el deseo del uno por el otro, si bien no se había extinguido del todo, se hallaba soportando el trance de una merma progresiva.

Siempre se presentaba algún impedimento: que esta semana él no podía porque con esa infame humedad acechando en el ambiente se le había recrudecido el asma.

Que la entrante, ella tampoco porque de tanto lavar y planchar se le había extraviado la puerta para poder ir a jugar.

Entonces, cuando aquellos recuerdos de cosas que a pesar de estar tan muertas, tan desvencijadas como si fueran de otro siglo, a cada rato volvían. Sólo para que ella volviese a revivir, con mayor desenfado cada vez, de qué forma y hasta dónde y con cuánta intensidad se habían amado el uno al otro, en quién sabe cuántas noches sin límites ni sosiego. Cuando en forma de vendaval arreciaban aquellos instantes, entonces ella los ahuyentaba rezando.

De modo que con el correr del tiempo y el rodar de las oraciones, aquella combustión inicial, a la vez de santificarse, se fue como apaciguando, como replegando su furia entre sonos gregorianos y meditaciones pías, hasta asumir en la memoria de ella el mismo aspecto extasiado de una sublimación religiosa.

En cambio, en lo más hondo de él tomó forma callosa de rencor que todavía sangraba, y lo seguiría haciendo sin duda, mientras no se decidiera a recuperar a cualquier precio el ejercicio cotidiano de su hombría.

No crea, amigo Alderete, que a una hombría se la puede recuperar así como así, ni tan de buenas a primeras. Ni pretenda usted recobrarla a costa de esa quijotada suya de querer emular al fósforo en su tenaz holocausto de encenderse siempre en la misma caja. Nada de eso, le advirtió a precio de infarto el siquiatra que más pacientes con trastornos de autoexilio había logrado repatriar en el período más breve de tiempo.

O debe corregir tal método, en total desavenencia con los usos desechables que nos rigen hoy en día, o recurrir al artilugio que sea para que de las cenizas nupciales vuelva otra vez a reactivarse el fuego.

Por cuestiones de conciencia, Alderete no pudo resolver el punto cambiando ya mismo de caja, tal como lo hubiera querido, y como aconteció muchas veces en los entrepisos del sueño.

Y precisamente porque en el despertar se desintegraban los sueños, y porque su esposa era indeleble, es que no tuvo otro remedio que ajustar sus manotazos de ahogado a las exiguas dimensiones del segundo salvavidas.

En opinión contundente del galeno, no había vuelta que darle: como a cualquier carnicero, a Alderete se le había desafilado el cuchillo, y la solución consistía en afilarlo de nuevo, con la ayuda de la misma piedra angular que muchos andaban buscando sin resultado aparente.

Pero la susodicha piedra angular parecía haber sido encontrada en aquel refugio blindado donde nadie los molestaría, donde podrían retozar a sus anchas y a sus largas.

Lejos, por un lado, de las inhibiciones sociales que ya venían siendo anuladas por el progreso, y sin perder, por el otro, ese estimulante no sé qué parecido a la zozobra. Esa especie de chisporroteo ascendente con que se expresa un corazón cada vez más despistado entre las ansias del querer huir y las ansias del querer quedarse.

Contradicciones que además de alborozar los latidos del placer, por lo general son compartidas por quienes, al ser sorprendidos en actitudes mayores sin más cobertura que algunos trapos menores, presentan la típica sintomatología de haber contraído adulterio.

Aunque ese, obviamente, no era el caso Alderete. El de ustedes, les explicó con proverbial meticulosidad el siquiatra, podría ser calificado como un caso al que clínicamente le anda faltando muy poco para ser un caso perdido.

De manera que casi resultaría superfluo agregar que cuando en una monogamia sacramentalmente instituida, sobreviene la muerte súbita de las bajas apetencias, lo aconsejable es ungir la mencionada parte difunta con un poco de la mejor buena voluntad puesta por ambos, para que después de haberse tratado durante media vida, pudieran fingir ímpetus de recién casados que empiezan a reconocerse. Debiendo hacer tal cosa él y tal otra cosa ella.

Todo al compás de una serie de apuntes, cronogramas, organigramas, recomendaciones y dibujos trazados con tan buen criterio y tanta equidad profesional, que a la hora de la hora, ninguno recibía más de lo que recibía el otro.

Todo quedaba resuelto sin derrotas ni victorias: sobre las arenas de un empate demoledor pero justiciero. Para que a expensas de tan costosa paridad, les dijo haciendo una breve pausa, al cabo de la cual, hizo hincapié en el párrafo anterior, quién sabe con el fin de enfatizar la encomiable poesía -que según él- asomaba del siguiente: para que a expensas de tan costosa paridad la resurrección se vuelva todavía más gloriosa.

Además, debían recordar para no olvidarlo nunca, que cada quien traía consigo un futuro de tedio y otro de felicidad, y que era cuestión de cada uno impedir que los peligros del tedio acabaran oxidándole la felicidad.

Y luego de esta última homilía les recomendó irse con Dios y con la sana intención de meditar en equipo sobre los alcances de aquello que más que reforma educativa, en realidad era una puerta.

Una puerta, así como lo están oyendo. Pero no de las confeccionadas en guatambú, o en el poco cedro que logró sobrevivir al slogan sanguinario de no dejar árbol con vida, sino una puerta con propiedades mágicas. Aquella por la cual los Alderete irían saliendo investidos de luz nueva, con el ánimo dispuesto a repetir la maravillosa experiencia de volver a ser alfabetizados.

¡Qué les parece!

Pero no quiero que se alarmen, les dijo a continuación, que no será en nada que tenga que ver con las letras, sino en todo lo referente al amor.

Pese a que los tiempos no andaban ni para meditarlos en equipo ni para derrocharlos en base a la meditación solitaria, el matrimonio Alderete pasó las siguientes tres semanas estrujándose el cerebro. Sopesando los pro y los contra y las repercusiones y las implicancias de las diez mil conclusiones a que llegaron respecto al tema.

Primero concluyeron que ni ellos ni los que tuvieran un mínimo de cordura estarían en condiciones de abordar semejante empresa.

Se retractaron luego diciéndose que tal vez, si lo pensaban mejor, no sería tan inabarcable como un sueño que aquel curso de vida que habían remontado juntos, de pronto detuviera su marcha, e incluso retrocediera un poco, permitiéndoles corregir no sólo lo que hubieran hecho mal en el pasado, sino lo poco bueno que también fue malogrado por las discordias actuales.

Y si llegara a darse el caso, extender la buena predisposición hasta donde habían dejado perdida la virginidad, para volver a perderla en circunstancias menos formales y sin los miramenometoquéis ni los remilgos de la primera vez.

Sí, lo más cuerdo era arriesgarlo todo en pos de aquella locura fascinante, que de acuerdo con datos fidedignos del siquiátra y en lo que a sexualidad se refiere, había causado en 32.583 parejas procedentes de 86 países, la más grande sanación contemplada en nuestra historia.

Para en seguida rever tal posición derivándola hacia una posición intermedia, donde el matrimonio Alderete se mantuvo empantanado durante algo más de 17 días.

Hasta que finalmente, alentados por la idea de que el ardid podía resultar beneficioso, y al menos más daño del que ya estaba hecho no haría, los cónyuges encaminaron sus pasos a «La posta del placer».

No vaya a creerse que porque allí se transgrediera alguna ley en especial, sino por ser la transgresión que encontraron más a mano.

Y desde entonces todo cambió para felicidad del matrimonio Alderete. Hacer el amor en «La posta del placer», según la dichosa equivalencia que a su dueña doña Coca se le dio por descubrir, poniéndola a la consideración del público allegado mediante un afiche de cupidos con flechas disparándose a tal profusión de manzanas, que tomado todo aquello en su conjunto más bien parecía ilustrar a un deforme Robin Hood ensayando puntería.

Hacer el amor en «La posta del placer», al decir del mamarracho aquel, tenía todas las ventajas de ganarse la lotería o beberse una botella de alcohol, y ninguno de sus inconvenientes.

O si ustedes lo prefieren, era igual que someterse a los cuidados intensivos de una rehabilitación general. O elevarse hasta esos picos tan distantes que ni doña Coca sabía en realidad dónde picaban. ¿Creen que aunando sus esfuerzos en una sola voluntad, usted señor y usted, señorita, podrían entrar y averiguarlo?

Lo cierto es que fue tanta la claridad lograda por las muchas cumbres que los Alderete escalaron juntos, que frente a ella se tornaba todavía más oscuro el proceder de quien era considerado el sostén número uno de aquella flotante población.

El mismo don Nicasio Estigarribia cuya imagen, concebida para brillar con esa luz tajante de los primeros actores, había quedado sin embargo reducida a ninguna forma tangible.

Sólo alcanzaba a ser vista a intervalos y apenas dificultosamente, como algo que no llegara a tener relieve y que estuviera al acecho.

Una chatura relegada y hasta si se quiere anulada por ese afán de protagonismo insaciable que siempre caracterizó al matrimonio Alderete.

Pero don Nicasio estaba presto a exigir que en el menor tiempo posible le fueran devueltas sus prerrogativas, sus atribuciones y, en definitiva, todo cuanto fuera suyo, sin omitir un solo detalle ni cometer una sola excepción.

Desde su figura, que pese a no sobresalir en nada que mereciera destacarse, distaba mucho de la insignificancia. Su boca de atribuladas comisuras. Sus ojos que parecían sostenerse merced al fraternal y mediterráneo apoyo que les prestaba la nariz. Sus pocos pelos que podían ser confundidos con los únicos sobrevivientes de un universo capilar en ruinas.

Que le devolvieran su perfil de héroe, aunque éste tuviera más parentesco con el delincuencial de las lagartijas. Su capacidad de interpolar una vida subterránea con una vida submarina y otra subcutánea. Su facultad de convalidar como verdades sus mentiras y de mudarse de escenario cuando lo dispusieran sus sacrosantas ganas.

Regréñeme mis conquistas, mis hazañas, mis pasiones, mi dogmático apego al mismo bar de la misma esquina. Que me sean transferidos todos los primeros planos, alevosamente sustraídos.

Quiero ser yo para modernizar el pasado y darle un toque de medioevo al porvenir. Devuélvanme mi soberana omnipresencia, mis fantasmas, mis galones, mis canarios de habla inglesa.

Sólo entonces volvería a retomar la Comandancia General de este relato. Aunque eso significara la cruel dicotomía de no poder zafarse de su propia identidad mientras para la narración tuviera que ser, por momentos, «este individuo», y por momentos, «aquel sujeto», yendo hacia el cual habría tenido que alejarse tanto, que después ya no sabría cómo volver.

Pero esas eran las reglas del juego con que se complacía jugando el Todopoderoso Autor. Y puesto don Nicasio ante la disyuntiva de aceptarlas sin apelación alguna, o recibir las consabidas muchas gracias por los servicios prestados, elegía lo que cualquier hombre enfrentado a una situación límite elegiría: seguir siendo un discreto marinero sin ninguna pretensión de capitán.

Al fin y al cabo, la vida entera estaba diseñada sobre un patrón de jerarquías. Y nadie hubiera podido rever que la oscuridad del pobre estuviese tan tupidamente tramada que ni la luz más fina dejaba nunca asomar.

Ni nadie hubiera podido no saber que la luna sabe que su mandato únicamente llega hasta donde empieza a conspirar el sol.

Un sol cuya omnisciencia no sólo se arrogaba el privilegio de manejar las acciones de los hombres, combinándolas de modo casi siempre inextricable, sino que tenía potestad incluso de hacer que esta historia empezara otra vez por el principio.

Por todas aquellas parejas que ingresaban en «La posta del placer», comentando a voz en cuello sobre la originalidad del vicio que afectaba a aquel sujeto. No tanto para burlarse de él como para tratar de comprender lo que requería más esfuerzo del que en realidad eran capaces.

Porque remando contra corriente y contra las leyes de toda lógica, don Nicasio Estigarribia acudía a ese lugar tan solo como arribó a este mundo, y como sin ninguna duda alguna vez moriría.

Sin más compañía que un enorme portafolio donde al parecer guardaba el cuerpo del delito, y aquel reguero de sospechas que su malhadada costumbre iba arrastrando a su paso:

Es un vulgar onanista, se escuchaba rumorear a algunos, y a una edad en que las preocupaciones centrales deberían ya no ser de esa índole.

En tanto que otros se mostraban indignados ante dichas imputaciones, alegando que no era justo manosear la reputación de don Nicasio con habladurías sin fundamento. Dado que nada en su aspecto exterior delataba sus depravaciones internas, en el caso improbable de que las tuviera, por supuesto.

Y por mucho que unos pocos lo anduvieran pregonando, tampoco hubiera podido creerse que se hallara poseído por las fases de la luna, en una suerte de extravío con visiones sublunares cuyo ciclo abarcaba cuatro etapas:

El novilunio, que no pasaba de un coloquio, enternecedor a ratos, y casi siempre candoroso, donde su único interlocutor era la luna.

Ella es una brillante compañía, decía, y sabe cómo hacer para ganarse la admiración no sólo de los mares, que viven amarrados a su embrujo, sino de esa porción no muy cuerda de ella misma en que anidan los poetas.

Cada siete días había un brusco recodo incidiendo en su carácter con atracción tan poderosa, que no tardaba en situarlo sobre la misma línea creciente que iba asumiendo la luna.

Y cuando ésta encendía de una vez todos sus brillos, adquiriendo ese blanco exasperante que lo obligaba a hacer pantalla con las manos, para compensar de alguna manera la vulnerabilidad de sus ojos, entonces el descontrol de don Nicasio llegaba a su punto culminante.

Llevándolo a los extremos nunca vistos de jugar por dinero, maldecir en horario continuado, beber en las peores tabernas, copular sobre el verde prohibido de las plazas.

Y hasta dicen que llegó a batirse a duelo por el amor de alguien cuyo nombre nunca en realidad se supo, porque cuando su boca estaba al borde de decirlo, empezaba la lenta y penosa declinación.

Le flaqueaban las rodillas. Se le cristalizaban los recuerdos sobre alguna evocación tan lejana como inexistente. Al igual que los pelos del hijo del Alcalde se le erizaban los nervios. Se le cuajaban las palabras entre espumarajos verdes, y después ya no parecía ser ni la sombra del que había sido.

De todo lo cual fue surgiendo una leyenda, de seguro alimentada por la inanición de aquellos cuyo único alimento consistía en observar cómo se alimentaban los otros.

Un invento de esa gente que, con el fin de distraer aquel ruido a recipiente hueco resonándole en las tripas, se pasaba imaginando que era whisky y sólo whisky el último trago de cerveza que le interinaba el bolsillo.

Claro que como ya se dijo o debió decirse, esa era una locura calumniosa en la que muy pocos creían. En parte, por no existir ninguna prueba que sirviera para avalarla, (salvo aquella que atribuía toda la responsabilidad de dicha locura a un virus hereditario que lo anduvo rondando desde siempre, hasta afincarse definitivamente en él a través del sombrío ramaje de su abuela).

Y en parte, porque don Nicasio nunca dejó de guardar en sus movimientos, en su nostálgica inmovilidad y hasta en su coherente manera de no decir absolutamente nada, una afinidad tan prodigiosa que no hubieran podido lograr los más ilustres paranoicos.

Y en aquel denso tapiz de murmuraciones que «La posta del placer» fue como entretejiendo, el parecer de Juan Crucifixión Arzamendía, a quien no en balde apodaban el novelista, sería tal vez el más caudaloso, y sin duda el más delirante, pero no por eso el menos realista.

Ese tal Nicasio me da mala espina, le comentó cierta noche a su infidelidad de turno, más ocupada ésta en reponerse el barniz de las uñas que en prestarle atención.

Nadie me va a sacar de la cabeza que está tramando algo sucio, y vino a elegir el sitio ideal, el único del que no podrían sospechar nunca. Y quién te asegura que el mosquita muerta no esté en algún plan subversivo para eliminar a quién sabe quién de este crapuloso gobierno.

Ahora no recuerdo dónde, pero hace poco leí que los bandidos con la cabeza a precio, acostumbran a esconderse o en la penumbra descascarada de alguna iglesia, o en las antípodas del gótico profundo que en ella se respira.

Y que haciendo un rápido sondeo exploratorio, vendría a ocupar exactamente el último pétalo del floripón que bordea la colcha de la cama donde estamos acostados.

Por eso lo mejor es estar prevenidos. No fuera a suceder que tras su huella se hubiera colado la nariz de algún sabueso. Y en el rato menos pensado caería la patrulla con sus cascos, sus espuelas y los antifaces tan apropiados para lo que ahora dan en llamar operación encubierta.

Terminología que si seguía queriéndose escudar tras aquella evanescencia, acabaría siendo tragada por ésta, antes de haber tenido la oportunidad de aclarar debidamente su significado.

Y quién iba a poder con aquellos individuos del ancho de dos puertas y la prepotencia de seis tanques, que venían con la orden estricta de capturarlo en la posición que estuviese y en el estado que fuera.

Y como de entre dos sólidos el muerto es quien ofrece una resistencia menor, allí mismo lo hubieran cruzado de orilla, según y conforme lo dispuesto por la inamovible ley de fuga. Y amparados por el atenuante de la excusa que con toda precisión se hace cita en el inciso 407:

De haberse negado el perseguido, en primer lugar, a detenerse, en segundo lugar, a guardar silencio, en tercer lugar, a no mancillar de ese modo la honra de los generales, y estando ya fenecido, a guardar la compostura que debía ser guardada por cualquier subalterno hijo de puta ante cualquier oficial con status suficiente para elevar a la undécima potencia la condición filial del subalterno.

En este punto, el novelista bajó un poco el volumen de su diatriba. Precaución que tomaba a cada rato, temeroso siempre de que hubiera algún moro en la costa, capturando sus palabras a través de las paredes. O desde la sigilosa grabación de un microorganismo oculto bajo un sistema tridimensional de espejos, que retenían la voz en tres idiomas diferentes, pero sin retener la imagen.

Y ahora, en lugar de afinarte tanto las uñas, mi querida mariposa, deberíamos afinar los detalles de lo que vamos a declarar en la jefatura. Porque ponele la firma que antes de que el gallo haya cantado tres veces, nosotros estaremos cantando.

Y una vez firmada la declaración, me pasarían sin más trámites a la tortura de mi esposa, y de allí a la del torno verde oliva, que alternaba su función con un rechinar de lamentos, de música folklórica, de pinzas, de estiletos, de poleas con cucharillas dentadas cuya especialidad era extraer confesiones hasta de las partes más íntimas.

Y de allí a la veintena de rifles aguardando, entre el croar de los sapos y el estertor de las ranas, la orden de abrir fuego contra este pobre infeliz que ya tendría coloración de cadáver. Y de allí a no saber siquiera el lugar donde reposarían mis huesos.

Otras muchas tonterías por el estilo hubiera podido seguir diciendo, pero la damisela tenía hora en el dentista, y con lo que a este hombre le costaba echar a andar, pese a lo bien dotado que estaba para la oratoria, la cosa podía extenderse para largo.

Aunque es probable que ese marcado titubeo que el novelista acusaba al arrancar, únicamente se debiera a una mera jugarreta del destino, que con una mano te da lo que con la otra te quita.

Porque en el hablar, por ejemplo, era tan pero tan fluido que hablaba hasta por los codos, hasta por la boca del estómago. Y aún con tapabocas y con absoluta prescindencia de la lengua o de la bóveda palatina, todavía así hubiera continuado hablando.

A tal punto, que estar frente a lo que Arzamendia decía era como estar en un teatro con escenarios superpuestos, donde en menos de lo que dura fruncir el ceño cambiaban las obras y los actores. Y ya nadie sabía cuál decorado correspondía a cuál escena ni cuál era la bambalina suya ni la que el otro había perdido mediante una simple confabulación de luces.

En cambio, en lo concerniente al amor, el hombre parecía ser nativo de un país sin calendario, donde en lugar de viento soplaran ráfagas de holgazanería, de lasitud, de modorra, y donde todas sus acciones estuviesen como congeladas sobre la típica inacción de un fatal toque de queda. Tanto, que por su lentitud se hubiera dicho que lo amamantaron las tortugas.

Si lo sabría ella, empeñada hasta donde iban sus recuerdos, en la agotadora tarea de mantener en servicio activo a aquel escuadrón de reserva, cuyos integrantes venían sólo para bostezar, o para ni siquiera saber a qué razones atribuir la razón de su venida.

Suponiendo que sí estaban allí, indudablemente era por algo, por algún menester que no acertaban a distinguir con precisión entre tanta cantidad de menesteres a los que estaban abocados desde la mañana hasta la noche.

Por otra parte, el novelista y ella debían apurar el paso, porque sin que pasara absolutamente nada se les estaba pasando la hora que la ficha había marcado en el parquímetro sexual.

Última modalidad implantada por doña Coca, con el propósito de que ejerciera, por un lado, el papel de recaudador de un impuesto que no era otra cosa en realidad que una vulgar tasa de preembarque. Y por el otro, el papel de centinela apostado en los umbrales de cada habitación, por si acaso anduviera por ahí alguno que quisiera pasarse de vivo, explicó.

Añadiendo que aunque hubieran sido creados a imagen y semejanza de los parquímetros callejeros, la diferencia residía en que los suyos se hallaban enteramente pintados de rojo.

Color que además de ser el utilizado por la sangre para el regadío de sus tierras y el color de su glorioso partido y el portador de buenas noticias, era el que más rápidamente incitaba a la pasión amorosa. Nada enamora más ni más hondo que el rojo, declamaba, pues conocedor es como pocos de extravíos amorosos.

Lo cierto es que todo hubiera finalizado aquel día con la creación verbalizada de Juan Crucifixión Arzamendia, de no haber sido por algunos rezagados, que hablaban con tanto rodeo y tanta infiltración de otros temas, que cualquier tiempo les hubiera resultado escaso para redondear alguna opinión sobre lo que era o dejaba de ser don Nicasio Estigarribia.

Entre los cuales había quienes lo tomaban por prestamista o leguleyo o por el radial y clarividente locutor de la secta «Los rediles», cuya identidad nunca fue esclarecida del todo. Pese a que su voz se había hecho tan amiga, tan conocida de tantos que habían adquirido la matinal macromanía de sintonizar su programa.

No parecía ser de este mundo sino algo sobrenatural aquella cualidad que tenía, ya que tras haberse comunicado telefónicamente con los distinguidos radioescuchas y telepáticamente con la Red Satelital del Cielo, era capaz de leer hasta 37 destinos por día.

Todo mediante aquellos como altibajos sonoros en torno de los cuales se reunían los mensajes, que a la par de irlos extrayendo del micrófono, los iba descifrando al punto en nombre del Gran Profeta.

Pero fuera quien en verdad fuese don Nicasio Estigarribia, de lo que no cabía duda era que, en cualquiera de los casos, el pobre hombre andaba con el yo desguarnecido, oscilando entre el irreconciliable antagonismo de dos fuerzas que lo tironeaban por igual hacia personalidades contrarias.

La una moviéndose más allá de los límites prescriptos por la moralidad pública, y la otra moviéndose con respetable lentitud, acatando las patronales exigencias de la estricta doña Coca como si fueran edictos:

Absténganse de regar con desechos amatorios todo el piso. El pago se efectúa por adelantado, quedando terminantemente prohibido extenderse más allá del plazo establecido.

El que no se haya servido a esa hora, pues demuestra obviamente que no sirve. En este sitio, damas y caballeros, impera la más severa disciplina. A tal extremo y con tales proporciones, que ciertas licencias de lenguaje o de uso, en «La posta del placer» nunca serán bien recibidas.

Claro que a la cándida mitad de don Nicasio no hizo falta repetirle como a su mitad perversa y a los demás tenorios, que hicieran el favor de guardar la compostura, porque las antenas de la sala captan todo cuanto ocurre en los cuartos aledaños. Y ni el Gobierno me exime de ser viuda reciente, ni de haber parido tres hijas a cuya educación me dedico sin que me vea auxiliada por el bolsillo de nadie: Topacio, Esmeralda y Amatista.

Para no hablar de aquella humillación cuyo escozor todavía le duraba, todavía continuaba resonándole allí donde más dolía.

¿De qué falleció don Valentín?, fue la pregunta obligada que todos le hicieron entonces, sólo para sacarle una punta aún más afilada al carácter extramatrimonial de su muerte.

Debido a que al muy rufián se le soltó la existencia durante la gloriosa travesía de un orgasmo, que no obstante haberse iniciado de este lado de la raya, tuvo la mala onda de culminar en el más allá.

Las muchas fogatas encendidas por el occiso entre sus mismas pupilas, no fueron obstáculo para que él las apagara una tras otra, cada vez con renovado brío.

¡Y que avance la que sigue!, vociferaba casi al borde de la incontinencia sexual. Pero el guerrero es probado en el fragor de la lucha, se animaba bebiéndose de un sablazo el cáliz

de la siguiente. Para que no fueran a apartarlo de ningún cáliz ni se le fuera a desestabilizar el ánimo. ¡Dénme más dientes!, gritaba, ¡y verán cómo comen los chacales!

Y durante la velación de sus restos, los más allegados a él comentaban compungidos la tremenda paradoja de que aquella su parte viril, elevada casi a la dimensión de trofeo, le hubiera servido también para exhalar su último suspiro.

Punto donde radicaba la primera gran diferencia, porque mientras su difunto esposo era un hombre a quien las mujeres cautivaban con extraordinaria unanimidad, don Nicasio parecía estar dispuesto a no salir del celibato.

Fue siempre un huésped ejemplar, respetuoso, callado, e intercalando en su callar algunos fragmentos de Homero:

Pero al mismo tiempo era capaz de recitar de oído, desde la poesía castellana más selecta que había acuñado el siglo de oro, hasta la producción más indigesta y localista de los poetas actuales.

La serenidad en persona aparentaba ser por su lado culto, y por el otro, estar sumido en una extraña y como ansiosa excitación que lo hacía sudar caudalosamente, tanto en invierno como en verano.

Entonces transmitía la impresión de estar envuelto en esa capa de rocío en que se ven envueltas las cosas que amanecen al sereno.

Como tomándole la medida a cada baldosa caminaba, siempre con la vista emparejada al suelo, escabullidos los ojos por detrás de unos espejuelos tan prominentes, que al menos le ocupaban los cuatro quintos de la cara.

Aferrado al portafolio de dudoso contenido y enredándose en sus propios pasos, se dejaba llevar por doña Coca hasta la habitación 309. Pero nada: cuando estaba él a punto de caer y de ver ella cumplidas sus esperanzas de que por el susodicho traspié dejara escapar su secreto, don Nicasio daba un respingo que lo enderezaba de nuevo.

Y atravesaban el pasillo con los cuadros de las mujeres desnudas en las poses más audaces, que el hombrecito observaba entre la admiración y el espanto, como si al pasar le estuvieran proponiendo suciedades.

Y entre los cuales había uno que durante un año corrido se mantuvo firmemente agarrado a la pared sin el concurso de otro clavo que no fuera el de la costumbre. Y sin que se desplomara por eso, ni se quebrantara en lo más mínimo aquella suerte de pacto de armónica integración que parecía existir entre todos.

Entonces, por esos extraños pases de prestidigitación que hacen más digerible la vida, en aquel interín del recorrido era cuando se producía el cambio, que no se presentaba solo sino en compañía de otros sucesos, todos inusitados e igualmente excepcionales.

Porque de pronto, el andar algo hamacado de doña Coca era sustituido, primero, por los pasos arrogantes de Topacio, y en seguida, por los pasos arrogantes más la suma de los múltiples encantos de que se componía Topacio.

Aquel manjar prohibido de apenas 18 años extendiéndose a todo lo largo de esa piel adolescente, tan inaccesible con los labios y tan fácil de besar con las pupilas.

El que pretenda llegar a mi primogénita, al lucero de mis ojos, primero deberá arreglar cuentas conmigo, repetía y repetía doña Coca, quien además de haberla parido por obra y gracia de Valentín Luxación Pereda, estaba allí para no permitir que nadie se le acercara más de lo conveniente. Protegiéndola contra los vampiros, los picaflores, los gavilanes, los hombres langostas, con duro celo de insecticida, de cerco electrificado, de alambre de púa.

En cambio, don Nicasio estaba tan fuera de sí por tenerla allí tan cerca, que no creía ser él quien ni siquiera escuchaba a la remota doña Coca cuando de por allá muy lejos le decía:

¿No es verdad que después del aguacero la tarde se puso muy linda?

El corazón brincándole en los labios mientras sólo tenía ojos para ver cómo le brincaban a la muchacha los senos. Senos orondos, erguidos y libres bajo la blusa estampada.

Simplemente dejándose llevar por la magia del instante. Sintiendo que al mismo compás en que él se llenaba de latidos, a Topacio se le movían las nalgas, y a un titilar de él se adaptaba una reverberación de ella.

En tanto que del envés de sus besos iban brotando lagunas que se volvían ríos, mares de placer golpeándolo de ola en ola.

Con toda esa carga de felicidad a bordo apenas si podía mantenerse en pie. Dos o tres veces sintió que ya nada sentía, que sus rodillas eran dos trapos, que avanzaba sin aliento, sin pulmones, sin percatarse siquiera de que aquel calor tiritante que parecía habersele instalado sobre la palpitación de sus sienes, era el mismo calor tiritante que sofocaba al pasillo.

Y si no lo mataba el calor, lo asfixiarían los cuadros, o moriría ahorcado por el cuello de su propia camisa, en un crimen contra natura que no registraría la prensa ni daría quehacer a ningún juzgado.

O tal vez muriese en manos de Topacio, que lo proclamaba mi Rey, mi Jefe de Estado, el Coronel de todos mis latifundios, mientras en lenta ceremonia lo coronaba de laureles que también eran espinas.

Espinas con sabor a mermelada efervescente que lo iban ascendiendo, deliciosamente ascendiéndolo hacia donde la Biblia decía que estaba subido ese monte, en la cima de cuyos verdes, de un momento a otro, tendría lugar la crucifixión.

Pero todo aquello duraba la relampagueante fracción de segundos que suelen durar los delirios, al cabo de los cuales se lo veía volver más apagado, más tenso.

No siendo ya el jovial don Nicasio de antes, sino un don Nicasio decolorándose sin remedio. Hasta asumir ese amarillo arrastrado con que las hojas expiran en el arte naif de algunos cuadros, sólo accesibles para quienes tenían el valor de adquirirlos por un valor equivalente al de su patrimonio entero.

Entonces, aquella atmósfera hechizada que había dado a luz al prodigio, se fue arrojando tanto al brocal de su mentira que acabó precipitándose en aquel andurrial sin fondo por donde don Nicasio amarilleaba. Esquivando como mejor podía las oscuras insinuaciones de los cuadros, y los profundos baches que se le habían abierto en el pecho con la ausencia de Topacio.

Pedaleando y pedaleando su infortunio, precedido por el ortopédico chap chap chap de los pasos de doña Coca, que al cabo de un instante se volatilizaban convertidos en el siseo de unos ecos tan largos como larga era la tristeza que faltaba recorrer para encontrar la habitación 309.

Así iba Nicasio, agachados los hombros bajo la carga de un secreto que nunca quiso revelar a nadie, y con el mismo portafolio a cuestas como si fuera un Nazareno.

Hasta que finalmente, a la decimocuarta estación de su tormento acababa también el vía crucis que doña Coca padecía a causa de cierta curvatura indispensable de la que evidentemente carecían las radiografías de sus pies.

Los que a su vez habían quedado resentidos a causa de una malformación congénita de la cadera. Originada, según un traumatólogo reconocido por su gran capacidad profesional y su gran desfachatez para abultar las cuentas, en un estrangulamiento progresivo de las tres últimas vértebras (que más parecían colmillos) de la columna vertebral. Por aquel dolor que avanzaba a mordiscones a todo lo largo de su vapuleada espalda, y se bifurcaba luego en otros dolores más anchos y también más hondos.

Bueno, aquí hemos llegado. Póngase cómodo, don Nicasio, le decía doña Coca a modo de introducción. El cuarto es todo suyo. Y la cama para disfrutarla entre dos, le hubiera gustado decir.

Porque vean que derrochar un vertedero de plata nada más que para estar solo, en la ingrata compañía de uno mismo, era algo de no creer.

A fuerza de verlo seis veces por semana, cada vez con el correspondiente estribillo de: Póngase cómodo, don Nicasio. El cuarto es todo suyo, la piedad inicial de doña Coca

empezó a trocarse en afecto. Y hasta le adquirió una estufa a cuarzo, de esas que se enardecen en sentido vertical.

A ver si por ahí no se le daba al buen señor por sufrir algún contagio. Ya que del que menos se espera a veces se reciben insospechadas sorpresas.

Pero qué podía hacer una mujer sola y para colmo viuda, contra la sórdida intriga que en torno de don Nicasio ella veía gestarse.

No, nadie estaría contento hasta no arrojar el veneno que traía atorado en la garganta. Ni siquiera los desocupados del barrio, que con toda la maldad de que eran capaces lo llamaban «el impar» o «el incompleto».

Y se ponían a examinarle los gestos o a hurgarle los ojos, a través de los cuales podían aventurarse incluso por esos caminos subterráneos que posee la conciencia. Allí donde de seguro encontrarían algún remordimiento agazapado. O tal vez alguna pista con suficiente material para conjurar el hastío de esas horas transcurridas entre ocio y ocio.

Lo cierto es que lo que hacía en la intimidad don Nicasio Estigarribia, no pasó de ser sino un misterio del cual fueron surgiendo versiones diferentes.

Versión inmediatamente anterior a la versión de la muñeca inflable

En conformidad con decires callejeros recogidos al azar, pero no por eso menos fiables, don Nicasio provenía de una familia cuya prosapia había quedado oficialmente instaurada en tiempo de los virreinos. Para mestizarse luego con la incorporación de uno que otro antepasado mítico, y de cuya peculiar mixtura resultaba siendo él el último representante.

Hecho que lo elevaba a la categoría de monumento histórico o de pieza ecológica en vías de desaparecer. Por lo que a toda costa debía ser preservado, en alcohol o en naftalina, para evitar el horrible montepío de la extinción lenta y difícil, al que estaban condenados los que morían sin descendencia.

Pese a todo, don Nicasio prefirió claudicar en soltería antes que seguir soportando aquella carga genética que, como una burla pesada, el destino le había impuesto.

Nada puede obligar a nadie a contraer yugos nupciales, ni a hacer lo que a uno no se le venga en ganas, eran los postulados autodeterminantes de su propia soberanía.

Dos mujeres, sin embargo, estuvieron a un paso muy corto de hacerlo cambiar de idea: la mujer de Jonás, no del bíblico, desde luego, sino del mismo Jonás estrábico que de niño compartió sus juegos.

El que hacía repicar los dedos como si fueran tímboles, y podía engullirse un sapo entero y la mitad de una lagartija en memoria de sus ancestros, consumidos por la voraz hambruna que por aquel entonces assolaba los campos de concentración.

El de la novia tan parecida a Romy Schneider que podría ser su doble, ya verás cuando la conozcas, le decía. Aquella joven tan dulce, tan tierna, con aquel nombre tan transparente donde las vocales y consonantes parecían acoplarse como se acoplan los labios a la atracción de los besos: Zoraida.

La propiedad privada del Jonás estrábico al que Nicasio comenzó a odiar en el mismo dialecto sin voces en que fue aumentando su pasión por ella.

La mujer que amó durante todos los silencios de los años que siguieron, hasta agotar el tema del amor prohibido en las ardientes confesiones de 12.599 cartas, que fueron escritas y reescritas para jamás ser enviadas, ni haber rozado siquiera los umbrales del Correo.

Y que por lo mismo de no decir absolutamente nada que ya no se hubiera dicho, al cabo de tantas páginas y de tanto tono entre almibarado y mustio, dichas cartas habrían debido quedar registradas como genuinas precursoras de esas telenovelas donde conviven, en cacofonías sucesivas, una infinita simultaneidad de melodramas.

Y la otra mujer fue Clotilde, la que creía poseer el arte de atraer a todos los muchachos del barrio, incluido desde luego Nicasio, mediante cierta fórmula secreta, que precisamente por serlo, le había sido confiada, según ella decía, por las glándulas secretoras del imán.

Fórmula que una vez bajada de su trono altisonante, quedaba apenas reducida a un simple pedazo de hierro al que había que frotar sin desviarle los ojos y con la mente en blanco.

Para que a su conjuro, aquel poder magnético con ligera tonalidad fosforescente, pudiera trasladarse, primero, a los ojos, después, a la sonrisa y, por último, a todo el cuerpo del interesado.

¡Pruébenlo!, exclamaba. No lo estén pensando tanto que los resultados son inmediatos. A no ser que cuenten con energía propia, y prefieran manejarse por impulso de la gravedad.

No existe sensación más placentera que la de ser poseída por un imán, repetía contra las escandalizadas protestas de aquellas que nunca habían sido poseídas por nada que no fuera aquel deseo de que alguien, por el amor de Dios, les hiciera la caridad de poseerlas.

La misma Clotilde insaciable que se daba el lujo de desechar candidatos nada más que por disgustarle la letra con que les empezaban los nombres. Y a cualquier conversación le torcía el rumbo para volver a su tema predilecto, que era referir sus conquistas amorosas con todos sus pormenores.

A plena luz del día y a fuerza de demostraciones prácticas, que a menudo lindaban con la indecencia, Clotilde estaba dispuesta a probar la veracidad de sus engaños ante los ojos desorbitados de los más incrédulos.

La sangre de los cuales de pronto ya no era sangre sino un estrépito rojizo, desgañitándose arterialmente para ensanchar la agobiadora estrechez de sus sarmentosos canales.

Lo cierto es que Nicasio escapó por milagro de aquella persecución imantada que tarde o temprano hubiera llegado a desembocar en el altar.

Por lo visto, todos querían desembocarlo en el altar, desde la sin par Clotilde, en procura siempre del hechizo adecuado para atraerlo a sus mieles, hasta su sacrificada madre Adelaida quien, siendo él apenas un niño y con diversas artimañas, lo había incitado a entrar al Seminario.

Allí podrás continuar tus estudios, lo animaba, y llegar a Doctor en Teología, imagínate, y a tener capacidad de interpretar la Biblia con versiones siempre afines a la versión del Vaticano. Y a adquirir sabiduría suficiente para acceder al mortal y triple enredo de la Santísima Trinidad.

Pero, sobre todo, porque le concedería a ella la gracia tan rogada en sus plegarias de convertirse en la madre absolutísima de un santo.

La madre de San Nicasio Mártir, se repetía doña Adelaida en el más celestial de los trances. Suena bien, ¿no le parece? Era la pregunta con la que abordaba a quienquiera que le saliera al paso.

O la madre de San Nicasio Apóstol, insistía con devoción tan vehemente, que la frase lograba resonancias sobrenaturales.

Entonces se veía a ella misma toda cercada de luces intercaladas con dalias, que por lo bien crecidas y aquel olor fulminante, ya no parecían ser dalias sino más bien coliflores. Impartiendo desde sus alturas bendiciones con indulgencia plenaria, y ocupando esa silla reclinable, anatómica y portátil que se ubica exactamente a la derecha de Dios.

Pero los curas le inspiraban a Nicasio el mismo horror eclesiástico que le inspiraban los murciélagos. Tan parecidos en todo: en su avanzar vibrátil, en su temblor membranoso y hasta en vestir de sotana.

Por otra parte, demasiado le había costado desbaratar las intenciones nupciales de la imantada Clotilde, para venir a sucumbir ahora bajo la artillería cruzada de los salmos maternos.

Ese tiempo que malversas en letanías estériles, deberías emplearlo, por ejemplo, en tejerme una tricota o en hacerme huevos quimbos, si no quieres que tu buen Dios te lo descuente en el cielo.

Era la receta utilizada por Nicasio para contrarrestar la inclemente ofensiva de su madre, cuyas esperanzas de verse transformada en la madre legítima de un santo fueron debilitándose de a poco. En idéntica medida en que se debilitaba ella misma y aumentaba aquel cargoso bicherío atormentándole los ojos.

¡Zape bichos!, le gritaba a aquel ejército de moscas ojeándose en sus lentes día tras día. Pero días divorciados de sus noches, sólo días, porque la oscuridad era el antídoto. O el día que podía oscurecerse clausurando los postigos de la vista.

Sólo lo negro le brindaba algún sosiego. Era el tónico ideal para ahuyentar el bicherío, y el que le daría fuerzas para desheredar a Nicasio, por haberse opuesto a su canonización in vitro.

Pobre Nicasio, divagaba. Ojalá Nuestro Señor lo conduzca hacia su reino cuanto antes, y lo ponga a cantar de cuclillas como ranas, en castigo por haberle entorpecido a ella su gloriosa ascensión a los cielos como madre absolutísima de un santo.

Con los párpados cerrados y sin más luz que la de sus propias cavilaciones dando vueltas mortecinas alrededor de su tragedia, permanecía doña Adelaida horas enteras.

Negándose tenazmente a comer y a tomar sus medicinas: esas pastillas que por algo huelen raro, rezongaba, porque en realidad no son remedio sino las muchas formas del mal en que se encarna el demonio.

Sólo admitía dos platos de caldo al día: uno para ayudarse a tragar su infortunio, y el otro a tragar el único complejo vitamínico para cualquier desnutrición del alma.

Como ella nombraba al Cuerpo de Cristo, el cual había consentido en adaptarse al tamaño de una hostia para que, hiciese frío o calor, igual con sol o lloviendo, el Padre Ismael (pese a formar parte del staff redentorista) cada atardecer le trajera con paciencia franciscana.

Hasta que al cabo de algún tiempo, doña Adelaida quedó tan consumida, tan reducida a poquita cosa, que ya no dispuso de agallas. No sólo para poder sobrellevar lo que la gente insinuaba con porfiada insistencia, sino para entrar de lleno y en plena posesión de su raciocinio, como lo están haciendo ahora ustedes, en la versión tumultuosa de la muñeca inflable.

Versión tumultuosa de la muñeca inflable

Mediante informes callejeros recogidos al azar, pero no por eso menos veraces, se fueron enhebrando datos y corrigiendo pistas. Hasta concebir la conjetura de que Nicasio Estigarribia, acaso para no pensar en sus conflictos de conciencia, o apremiado quizá por su necesidad de compañía, se sirvió de aquel recurso de emergencia, que lograba eliminar

aunque fuera por instantes y con ilusiones prestadas, las miserias y frustraciones de su propia biografía.

Claro que se trataba de una felicidad deformada, sin redención alguna, por donde se la mirara enferma, y de una enfermedad tan ponzoñosa, que habría de conducirlo irremediablemente al fracaso.

Porque qué otra cosa sino basura era el placer que él sacaba de aquella muñeca inflable, mandada a hacer a imagen y semejanza de Conchita la pendenciera: una corista de nadie sabía dónde, con buena predisposición para todo lo que no fuera dar fe de sus frecuentes erratas, que cierta compañía inescrupulosa había traído a la capital.

Eran tan pocas las distracciones que ofrecía la ciudad por aquel entonces, aparte de sentarse en las somnolientas veredas a seguir el canto de la lotería desde la voz medio constipada de alguna radio vecina.

O, en el peor de los casos, estar simplemente ahí, mirando caer la noche, que quizá fuera por eso que aquel espectáculo de mala muerte, bruscamente asumió las gigantescas dimensiones de los grandes espectáculos. Y la mala muerte dejó de ser tan mala para mutarse en la deliciosa muerte resurrección y gloria, que noche a noche se verificaba en cada uno de los asistentes.

Lo cierto es que la función, por todos reconocida como «feliz defunción», se iniciaba a las nueve en punto, en un destartado cuchitril del centro, más alumbrado por el reflector de su mala fama que por aquel farol renuente, la autoridad de cuya luz se animaba y desanimaba según la animosidad del viento.

Y era tal el desvarío por comprobar en lo personal lo que la colectividad insinuaba que acontecía dentro, que mucho antes de la hora establecida, ya no quedaba en aquella sala ni tan siquiera el asomo de un asiento disponible.

Hecho que, por lo demás, parece que ocasionó serias resquebrajaduras en el sólido prestigio de la bolsa negra.

Y aunque la condición de los allí presentes era, por un lado, digna de mejor causa ante la evidente escasez de aire, que rebajaba casi al mínimo las posibilidades respiratorias de cada individuo adulto en edad de respirar, pasaba a ser, por el otro, bastante diversificada. Puesto que de aquel jolgorio tomaban parte destacadas personalidades de la Banca, de la Industria, del Comercio, y del Hombre de la Calle en general. Entre los cuales infaliblemente se hallaba Nicasio.

Todos en plena posesión de una suerte de delirium tremens que iba creciendo minuto a minuto, acicateado por las fogosas arremetidas de Conchita y su guerra sin cuartel ni rumbo cierto.

Hasta sentar los basamentos de una alegre confraternidad, menos unida por afinidades de raza, de bolsillo o de belicosidad política, que por los lazos de una capitulación tan dichosa como voluntaria.

¡Y dale Con!, gritaban. ¡Y dale Con!, para desentumecer la espera. ¡Dale Conchita de mi amor!

Hasta que por fin ocurría: envuelta en la multicolor sensación de estar forrada de tules, pero sin más vestimenta en realidad que una chorrera de luces cayéndole en mansos pliegues, la tan esperada Conchita hacía su aparición en escena.

Furibundos, frenéticos, se ponían después aquellos azules, tan postergados durante tanto tiempo. Los verdes echando pestes contra la verde esperanza. En tanto que los violetas perturbaban la solemne castidad de los difuntos con endechas casquivanas y procaces.

Incluso al amarillo aquel, tan papista siempre, se le cortaban de pronto los circuitos al ponerse en conexión con las primeras escabrosidades de una música aterciopelada y densa.

En medio de una suerte de vapor que enrarecía la sala, y entre retumbantes ¡olés! y toreadas varias, que si seguían toreando de ese modo acabarían por arrasar con todos los Domingues del mapa, Conchita se afanaba en simular a cuatro manos, con eficacia sorprendente, uno por uno los movimientos de desvestirse. Tratando cada prenda de su desnudez con excesivo cuidado, acariciando con ese acariciar ligero y tan breve de la punta de los dedos, los botones invisibles de su inexistente chaqueta.

Y de pronto se dejaba caer al sesgo sobre una silla victoriana, que poco importaba que no fuera victoriana porque tampoco era silla, con una mano detenida casi al borde del respaldo, y una población masculina cada vez más deseosa de ayudarla a desabrochar el inventado corpiño que la otra mano intentaba desabrochar en vano.

A un ademán semicircular de ofrecer el cuerpo, le seguía una circunferencia perfecta de cuyo interior se aprovechaba Conchita para escubullirlo por completo.

Y al mismo ritmo en que ondeaba aquella refulgente vegetación capilar con tratamiento de permanente al frío, ondeaba aquella tremebunda cualidad de su carácter que paraba en seco cualquier conato de manosearla gratis.

No se aviven, caballeros, replicaba algo nerviosa, que todo cuanto posee Conchita cuesta plata. Y pedía más vino y más música y más oles, no sólo para elevar hasta el paroxismo las posturas del remate, sino para ablandar las reticencias del ricachón aquel, siempre sentado en la primera fila, y tan alejado siempre a pesar de estar tan cerca, que daba la impresión de encontrarse más afectado por la crisis del Medio Oriente que por aquella locura en sol mayor que se había desatado en el escenario.

El mismo de quien se decía que por años había lucrado con las ilusiones gasolineras del país, mediante la descarada importación de aquellos gansos prehistóricos que parecían las máquinas extractoras.

Y que por mucha actitud de estirar el cuello y bucear la tierra en busca de su pez más gordo, nunca extrajeron más que una oscura pestilencia de lo que ni siquiera llegó a ser lodo.

Y con tanta vehemencia coreaban los presentes que viva la nación que había tenido el coraje de parir a una hija tan dilecta y tan hija de su madre, como sin duda lo era Conchita, que pronto de aquella euforia participaron todos los negocios del centro, aun los castigados por IVA y los cerrados por duelo.

Y vibraron de contento los parquímetros ante tanta cantidad de ceptos. Y la verdad es que nadie lo supo muy bien, aunque se sospecha que tal vez atraído por la cercanía, hubo un eco que encontró la puerta abierta e ingresó en el Parlamento, para agregar un eco más al de las tantas palabras que allí se perdieron, mucho antes de que hubieran podido materializarse en hechos.

Entonces, mientras por un lado la ansiedad de lo inminente aumentaba sin saber adónde iría a parar todo aquello, por el otro se detenía el aire, se detenían las pulsaciones. Hasta el silencio quedaba petrificado sobre aquel instante supremo en que se pedía a los señores y señores un poco más de paciencia, a fin de arribar sin inconveniente alguno al corazón mismo del espectáculo.

Se rogaba, pues, conservar tanto la calma como los asientos, porque había llegado la hora de poner a consideración de los presentes todo el arte que Conchita era capaz de ejecutar en un solo de piernas.

Y si a una mosca se le hubiera dado entonces por volar, en el acto se la hubiera dado por muerta, para que todos pudieran asistir, previa limpieza hasta del mínimo ruido que anduviera suelto, a las fascinantes alternativas de un juego de claroscuros. El que tras mucho jugar sobre el cuerpo escurridizo de Conchita, había logrado la abstracción completa de sus demás partes, para destacar únicamente sus piernas.

Piernas trashumantes, migratorias, paralelas, emancipadas, divergentes. Todas ellas con extraordinario poder de convicción y los mismos reflejos nacarados de aquel anillo de luces que no quería soltarlas, sino tenerlas para él solo, en calidad de detenidas.

Piernas que giraban de un extremo al otro, no con movimiento uniforme, sino entre espasmódicos retorcijones y sacudidas, brillos y oscuridades, certidumbres y espejismos.

Y aunque llegó un momento en que ya no hacía falta que Conchita siguiera demostrando de qué manera dominaba el engranaje de sus piernas, se volvía casi un rito observar cómo ella las manejaba, y con cuánta sumisión de esclavas las piernas le respondían.

Tanto, que a una señal convenida se ponían a vibrar cada una por su cuenta, entre diversas hazañas de imprevisible destreza: se anudaban, se desenredaban de su triple enredo, se elevaban en un aletear de pájaros descarriados para en seguida ir descendiendo.

Sin que nadie las hubiera visto permanecer nunca más de tres segundos en la misma posición. Porque cada una de ellas era inmediatamente desplazada por otra que venía después, y ésta por la siguiente, en una interminable suma y sigue de posiciones y piernas.

A un punto tal, que cuando uno creía verlas acá, acá ya no estaban porque estaban allá, abriéndose despaciosamente bajo una salva de aplausos.

Y no sólo muy lenta y deliberadamente, sino alcanzando una apertura desplegada en su máxima amplitud, para que nadie se quedara sin apreciar lo que Conchita llevaba debajo de su inexistencia de bragas.

Y luego de que se hubiera aplacado aquella exclamación trepidante, y de haber conseguido enlazar tres volantines con la ayuda de un arco perfecto, digno de la mejor acrobacia, las piernas se doblaban. A veces hasta el crujido y otras veces, hasta encontrarse con el llanto incontenible de Nicasio y otros llantos por el estilo, llorados por hombres que expresaban de ese modo su contento.

Sobre volteretas no siempre muy elegantes volvían, y sobre idénticas volteretas se iban yendo, tras prolongados silbidos ante aquella cesación angustiosa. La que por suerte no duraba mucho porque cuando el escenario se hallaba totalmente vacío de piernas, aparecía un nuevo lote, más numeroso aún que el anterior, para reponerlas.

Todo eso hasta que las mismas piernas disolvían el embrujo, arrancando a sus admiradores de tan agradable limbo de catarsis colectiva, para sembrarlos otra vez y sin más trámites, en la pringosa realidad de sus respectivas butacas.

Y así habrían seguido por siglos si Conchita no hubiera empezado a perder prestancia, a perder el ritmo, y a presentar los síntomas de la mirada errante y los temblores sin causa, que muchos compararon con la liquidez comercial y sus paulatinos empobrecimientos.

Lo cierto es que fue entonces cuando todos la vieron, o acaso creyeron verla, porque a esa altura del vino y de las piernas, ya nadie estaba seguro de nada.

Ni siquiera alcanzaron a tener certeza de haber visto cómo las luces se le fueron desprendiendo en la medida en que arreciaron los llantos. Y algunos la escucharon pedir reiteradas disculpas por tener que realizar una corta desaparición para algo que ya no escucharon.

Pero que debió ser un asunto bastante intrincado y con bastante burocracia, porque pasó el tiempo y, en lugar de reaparecer, aquel latido espeso que fue lo único que quedó de ella, se fue como reabsorbiendo pista adentro. Perdiéndose en la voluptuosa agitación de un torbellino, que los dejó con la desconcertante sensación de haber protagonizado un sueño.

Y hasta necesitaron pincharse mutuamente para saber si el dolor era real, o era el que alguna vez alguien había soñado en alguna pesadilla que nunca pudo despertar del todo.

El hecho es que en un momento dado, resultaba difícil establecer en cuál de los pisos se estaba: si en el de la corrupción, los atentados, las huelgas, y los desesperantes no hacer nada para remediarlos. O si en aquel que sobrevolaba una radiante fantasía, con música alternada de cañas y de bambúes. Y hasta algunos compases caribeños, que los ayudaban a desintoxicarse del presente y de sus muchas contaminaciones diarias.

Quizá fuese aquella virtud incorpórea que poseía Conchita de evaporarse sin dejar rastros visibles, lo que hizo que a una idea de Nicasio le sucediera otra, y otra más, hasta dar por fin con la solución.

Algo demasiado simple tal vez, o tal vez demasiado complejo, pero para él de importancia capital, porque le serviría para volcar a su favor el mercado desnivel que acusaba su destino.

La única condición era enviar a una fábrica europea, cuya sola especialidad era la goma, una importante suma de dinero, que sería redituada con creces, y ya vería usted de qué manera, según las expresiones del galán que promocionaba el revolucionario invento, en sendos afiches que acabaron enchastrando todas las murallas de la capital.

Lo cierto es que contante y sonante, la mencionada suma debía viajar en compañía de una foto que, por un lado, fuera rigurosamente actual, y que abarcara, por el otro, todo el continente de la mujer soñada. Sus rasgos, sus medidas, sus cualidades, y hasta el más querido de sus defectos, calculados todos a escala, serían tomados como punto de partida para la confección de la muñeca inflable.

Verdadera obra maestra diseñada por un equipo de pensadores, cuya principal finalidad consistía en lanzar al mercado masculino una muñeca, que no solamente delegara en los demás la tarea de pensar, sino que fuera perfecta como amante sin que fuera la perfecta ama de casa.

Con esos parámetros nació Minerva, como surgida de las conflagraciones de la mitología griega. A cuya compra se adjuntaba un manual con recomendaciones, consejos prácticos, y una alabanza a Dios y a la divina ocurrencia de la empresa, por las extraordinarias ventajas de calidad y rendimiento que ofrecían sus servicios sobre el servicio de las demás mujeres.

Por cuanto que las Minervas se mantenían con un clima no menor de los 38 grados centígrados, eran invulnerables al uso, incapaces de traición, carecían de ideas propias y resultaban excepcionalmente aptas para los esparcimientos de alcoba.

A tal punto, que pronto se hicieron famosas en los anales de la hechicería y las ciencias ocultas, por las propiedades curativas de sus besos. Pero, sobre todo, por haber sabido rescatar del paganismo la práctica, casi olvidada, de ciertas libaciones secretas, mediante las cuales el hombre era llevado por entre arenas movedizas y un sube y baja de lava, hasta paladear la agriera de su propia muerte.

Para de inmediato ser devuelto, aunque no ya con la apariencia de antes, sino bajo el aspecto deplorable de un vulgar trapo de piso.

Con ellas, las manos de cualquier pelafustán se volvían sabias y voraces. En tanto que las de Minerva eran manos que a pesar de ser menudas, y hasta si se quiere un poco endebles, sabían muy bien dónde poner las caricias, y con cuál intensidad, y por cuánto tiempo debían ponerlas.

Manos paseanderas que, conforme iban pasando, conseguían enardecer cada una de las partes del varón acariciado, inclusive aquellas que ya hubiesen sido dadas por muertas.

Tal vez ni siquiera hubiera podido creerse, pero estar a su lado era como si se estuviera entrando en un territorio mágico, donde todo el mundo dejaba de ser quien era para convertirse en otra persona. Y donde cada individuo podía aspirar a una gracia que también era distinta según las necesidades propias: un toque de juventud para el alboroto senil de los más viejos, y un toque de madurez para condimentar el desabrido alboroto de los imberbes.

Una muñeca que valía mucho más que la hipoteca a la que tuvo que recurrir Nicasio, con el fin de solventar su alto costo sin rebajas y al contado. Dado que ella parecía llevar consigo toda la penumbra y la distancia y esa pizca de Beethoven, que hacían falta para conformar aquel dichoso aislamiento, en cuyo frente había una inscripción a grandes letras que decía:

No hay necesidad de que al entrar cierre la puerta, porque además de no haber puertas, tampoco existen ventanas ni ninguna otra posibilidad de conectarse con los que moran allá afuera.

Aunque tampoco era importante que aquello fuera entendido. Lo importante era encontrar un suelo firme, sin grietas ni filtraciones, que permitiera a cada quien plantar su propio delirio.

Todos aquellos prodigios los causaría Minerva sin ocupar ningún espacio ni levantar sospecha alguna, porque una vez doblada en cuatro asumía el candor domesticado de una mera servilleta.

La cotidiana servilleta que podía ser a motas, o ser tal vez a cuadros, pero ni por asomo aludir a la asombrosa criatura en que se convertiría más tarde.

Aunque su virtud más resaltante era aquella que actuaba en favor de la economía, teniendo en cuenta el hecho de que para sobrevivir no necesitaba más que aire.

Con sólo pulsar un botoncito simulado entre los pliegues de la axila, el aire se internaba en ella como si fuera un torrente, dándole vida a multitud de recovecos, a pequeños brotes que estallaban en seguida. Como si saltaran apresuradamente las etapas y se pusieran a crecer a borbotones.

Entonces, a medida de recibir aquel gas vertiginoso, aquel hálito divino, le aparecían de pronto las cejas, los ojos rasgados y verdes, la sonrisa cortesana abriéndose entre labios espesos, la nariz y aquella levísima tendencia a quebrantar su insobornable rectitud hereditaria.

Aparecía la línea clásica del cuello, la de cada hombro con la inclinación debida, seguidas por un rápido redondeo de senos. Y después de la cintura mínima, lo de abajo iba creciendo como por acción de una marea.

Mientras que las manos, de tan leves eran palomas, que hacían que a Nicasio se le formaran cornisas para tener donde anidarlas.

Un Nicasio totalmente entregado a las bienaventuranzas de dos senos que se empinaban y se mecían encantados de ser siameses. Idénticos incluso en el regocijo de saberse tan sonrosados, tan frescos, y de una textura tan convincente, que cuando Nicasio hundía entre ellos la cabeza, podía escucharle el corazón en aquel tamborileo cristalino como de agua desbarrancándose entre piedras.

Y crecía, crecía hasta alcanzar las dimensiones de una mujer completa. Demasiado flaca para mi gusto, habría dicho doña Coca. Flaca y tonta. Con esa estupidez que tienen sólo las que no tienen las carnes bien puestas.

Con su desgarbada esbeltez, diría, sin sospechar siquiera que estaba cometiendo un oxímoron. Con su tontería de muñeca, y su famélica existencia funcionando al albur de un marcapasos.

También le criticaría el hecho de que todos sus ornamentos se hubiesen concentrado en la fachada, y por dentro sucediera como si dichos ornamentos se hubieran precipitado al vacío.

Ni más ni menos que esas muchachas modernas, puro rimel y pinturitas, y cuando apenas se les pone un dedo encima, empiezan a descascararse como si fueran de hojaldre.

De todo podría tildarla doña Coca: de flacucha, incompetente o lo que fuera. Total, el que juzgaba era Nicasio, y a él ni siquiera le importaba respirar en medio de tanta opulencia.

Y las nalgas mal trazadas, acotaría, y aquello que sabemos, demasiado aristocrático y estrecho. Entonces se largaría a hablar a favor de las nalgas abundosas, y otra vez en contra del esposo muerto, cuya vil traición, algo enmohecida ya por el olvido, siempre le arrancaban recriminaciones nuevas.

Esas chicuelas desprendidas que se daban a beber tan fácilmente, olvidando no sólo la decencia, sino el tomar las debidas precauciones, para que el resto no fuera la cadena inevitable de consecuencias.

Las cuales después eran servidas como postre en la tan fotografiada algarabía intelectual donde debutaban en sociedad los libros.

Aunque tampoco había que extralimitarse ni dejarse llevar por el entusiasmo, porque si bien las Minervas podían ser usadas sin fecha de vencimiento, y sin contemplaciones de horario ni de ninguna otra abstinencia, era imprescindible usarlas acatando la recomendación de que debían estar siempre a la sombra.

Si les pegaba una sola gota de sol, decaían a ojos vista, y la misma fuga de aire que las había traído a este mundo, las trasladaba apaciblemente a la otra orilla.

Se les arrugaban los encantos, se les cicatrizaban los ojos, les desaparecían los senos. Se iban yendo todavía con un resto de cariño en la mirada, con un rictus de amor entre los labios.

Contra su deseo de nunca partir ellas partían, poseídas por ese pavor a la muerte que es tan propio de los organismos vivos.

Se retrotraían a tal punto, que más tarde costaba trabajo imaginarlas con algún tipo de existencia, por efímera que fuese. Hasta quedar reducidas a una especie de chatarra funeraria.

Era, pues, de vida o muerte seguir a pie juntillas las instrucciones, a fin de saber cómo actuar ante aquella disposición congénita que tenían de pincharse a cada rato.

Aun en los ratos culminantes, sin considerar el hecho de que don Nicasio se encontrara a veces en posición de ataque, con los zapatos puestos para afirmarse mejor en la cama, y tomar el necesario impulso que lo llevaría al rescate de aquel inagotable repertorio de lo que él mismo daba en llamar: los rítmicos sangrados de un corazón que zozobraba a causa de un amor desamorado.

Cartas que más parecían responsos, atravesadas siempre de llantos, de noches solitarias, de posdatas fulminantes, de crisis de desconsuelo.

Y que fueron haciéndose tantas con el correr de los años, que para su mejor comprensión hubieran precisado una lectura en equipo, ya que un único lector no hubiera podido solo con ellas.

Cartas que a mitad de camino se disolvían como humareda, para dar paso a los rudimentos de una brusca poesía en cuyo fondo guerreaban dioses contra satanes. Y en cuya superficie hervía una suerte de caldo de cultivo con tantas libertades métricas, tantos sin escrúpulos ortográficos, tanta desorganización estética, que hubieran sido muy celebradas por ciertas revistas culturales. Aquellas que eran reconocidas como ardientes defensoras de la emancipación individual en toda la extensión de la palabra. A cualquier precio y a costa de quien fuera. Aun de la cultura misma.

Toda ella dedicada al amor prohibido de Zoraida, que precisamente por serlo, tuvo que ser escrita bajo un sistema de símbolos, que ni la sagacidad crítica de los más audaces hubiera podido descifrar.

Y que así como deambulada por las estribaciones de un proceso anticlerical en que se buscaba desenmascarar a los curas, lo hacía por un ascendente proceso de cefalalgias agudas, donde lo único buscado era el primer vaso con agua para tragar una aspirina.

Como si todo aquel derroche de palabras hubiera sido escrito con un germen que crecía y destruía al crecer, dando origen a ese típico comerse a sí misma de la creación nihilista, cuya árida lectura no dejaba otra cosa que la nada.

Con todo, aquella febril correspondencia sin ningún destinatario, fue creciendo a tal ritmo y tan dislocadamente, que no tardó en suscitar las severas amonestaciones de doña Adelaida.

Esto ya no cabe en ningún sitio, se enojaba. Esto es peor que la inundación. Y si continúa amontonándose como lo viene haciendo ahora, empezará primero por enterrarnos vivos, y acabará después por enterrar la casa.

Así fue como a aquel corpus poeticum no le quedó otra salida que culminar su crecimiento en el exilio, amparado por el sótano del antiguo caserón donde vivía Nicasio.

A pesar de que hubo momentos en que éste acarició la fantasía de convertir aquellos papeles en un libro, que fuera un poco su heredero, su continuación, su resumen.

Sólo necesito un buen editor, pensó entonces: un hombre maligno que destruyó sus ilusiones con lo único bueno que tenía en realidad: la puntería para no fallar el disparo. Un único disparo que lo mató a quemarropa cuando le dijo que aquel material no servía para nada que no fuera para atizar el fuego de una chimenea de cuarta.

Desde entonces aquellos poemas quedaron agazapados en su interior, en espera de la ocasión propicia, como la que ahora se le presentaba con Minerva.

La mujer que lo comprendía mejor que nadie, aunque su comprensión fuera de goma. La que parecía tener el tratamiento adecuado para cada una de sus dolencias.

Cobijándolos bajo seguro techo a los sueños indecisos de su infancia, disipando los temores a crecer que deformaron su adolescencia. Aceptando, inclusive, que Nicasio la creara, no siempre para hacer el amor, sino tan sólo para dormir con ella.

Mediante una infusión hecha de anís y endulzada con arrullos, fue Minerva quien lo curó de aquella larga travesía con naufragios y vendavales en que había llegado a navegar su vida.

Lo curó de la epidemia de pesadillas en que él veía cómo las llamas de una hoguera eran lenguas que cremaban su apellido.

Y esa caída, esa brutal aniquilación no podía deberse sino al hecho de que su apellido sólo estuviera apoyado en la superficie, sin haber podido dar, por consiguiente, ninguna flor, ningún fruto, ninguna ramificación que asegurase su definitiva permanencia en esta tierra.

Lo curó de la rata soledad royéndoles las horas a sus días y a sus noches. Y hasta logró que se esfumara aquel punzante malestar del desamparo, que ya ni se acordaba desde cuánto tiempo atrás, había fijado domicilio en sus dos piernas. Y que tan equivocadamente le fue diagnosticado como artritis reumatoidea.

De una manera tan plena llegaron a complementarse ambos, que mientras Minerva cobraba vida, él iba reuniendo el coraje necesario para hacer con ella lo que con ninguna mujer se había atrevido.

Todo consistía en controlar aquella tos inoportuna, aguzar después los sentidos, expulsar el aire viciado del pecho, reemplazándolo por aire nuevo. Y tras breves segundos de haber convocado meticulosamente a Zoraida y desconvocado a Clotilde, se lanzaba a la deriva hasta los más profundos barrancos.

Y todavía más lejos: hasta encontrar la leche del manantial que amamantó y vio crecer su poesía. Allí donde aquello le salía a los sacudones pero le salía: trozos completos de la *Íliada* recitados con todos sus puntos y comas, sin saltarse nada de nada ni concederse un solo respiro.

Pasaba todavía un minuto largo antes de que se escuchara aquel grito de repercusión tan portentosa, que atravesaba el pasillo más allá de los cuadros con las mujeres desnudas. Remecía los colchones de los cuartos aledaños, y llegaba casi intacto a los oídos de las tres hijas de doña Coca, que estaban cursando la edad en que todo les quedaba chico: los ojos para ver lo prohibido, las orejas para escuchar lo indebido, y la desbordada imaginación para concebir al respecto de aquel grito, un pastel de sabrosas conjeturas, que rotaban sin embargo en función de un solo centro.

Porque ningún grito así gritado podía provenir sino de alguien que estuviera haciendo lo que ellas deseaban hacer cada vez con más urgencia.

No se alarmen, criaturas, exclamaba por su parte doña Coca, queriendo retacearles una verdad de cuyo recorrido de ida y vuelta ellas ya estaban volviendo.

¿No ven que es sólo el viento cabalgando en la terraza?

Esto promovía nuevas risitas que se prolongaban largo rato, hasta cuando se abría la puerta de la habitación 309, y don Nicasio aparecía con los ojos trascordados y la indumentaria maltrecha, pero con un rastro de felicidad al final de la sonrisa.

Una sonrisa que, por raro y por absurdo que se vea, no parecía salirle de la boca, sino del dudoso contenido de lo que también iba perdiendo su condición de portafolio.

Versión del testamento ológrafo

Es tan impreciso el contorno de lo que irá aconteciendo desde ahora, que no permite establecer con claridad si el testamento dio origen a la versión o si fue la versión la que engendró el testamento.

Lo único que en verdad se sabe es que todo comenzó hará algo más de siete meses, un día cualquiera en que el cartero se detuvo ante la puerta del antiguo caserón, para de inmediato pulsar el timbre y poner en manos de la empleada un sobre de aspecto tan indefenso, que nadie hubiera podido prever que con él estaría iniciándose para Nicasio la inagotable sucesión de precipicios a cuyo final no había llegado todavía.

La vieja Liboria, para no desentonar con su inveterada vocación de espía, examinó el sobre a trasluz, lo deletreó una y otra vez, lo escudriñó y buscó sin encontrar las señas del remitente.

Esto me huele a mujer, se dijo sin saber por qué, puesto que el sobre no olía a rosas ni a jazmines ni a lo que por lo general solía olerse cuando existe de por medio algún embrujo de mujer.

Más bien olía a polillas y lo que la indujo a creer lo que creyó en un principio, no fue sin duda otra cosa que aquella letra menuda y prolija con que alguien había escrito: Señor Nicasio Estigarribia, el nombre de la calle y, a continuación, el número.

Después de varios minutos de estarse ahí, inspeccionando el sobre, y pensando lo mucho que le habría gustado que en el menor tiempo posible quedara resuelto el enigma. No por ella, naturalmente, ya que por una sola vez de haber sucumbido a la cautivante felonía de violentar una correspondencia ajena, se estaría declarando por dos veces en rebeldía: contra el oncenso mandamiento y contra la Constitución Nacional.

Por eso, porque prefería verse morir de a puchitos a vivir soportando de por vida la carga de los remordimientos, es que su actuación debía centrarse en la filosofía del que nunca tuvo vela alguna en este entierro.

Había, pues, que desentenderse del asunto, dejando que todo se desarrollara gracias a la candente letanía de vapor con que acostumbra a rezar la pava cuando avisa que ya hierve. Y que mientras prosiguiera en esa luciferina circunstancia, en pocos minutos más reventaría sobre una convulsión frenética. En la cual acabarían por fundirse los quinientos años de tradición que venían respaldando la honorabilidad algo achacosa de la insustituible goma arábica.

Con tanta habilidad y tan impecablemente iría cumpliendo aquella pava su pecaminosa faena, que ningún catalejo humano hubiera podido detectar la menor diferencia entre el antes y el después de haberse consumado la acción profanatoria.

Sin embargo, dado el paulatino avance de las huestes infernales sobre esa voluntad suya, que a la par de ir cediendo territorio, iba ganando la textura de un reblandecido trozo de pan seduciendo a su manteca, Liboria entendió que lo más santo y quizá lo más prudente era alejarse del circuito donde operaban las tentaciones. Retornando al plumero, a la escoba o a cualquier otro utensilio que perteneciera a la cofradía de su bienaventurado hábito de limpieza.

No sin antes haber dejado el sobre allí quietito, al amparo estilo imperio de la cómoda que solía dar albergue a casi toda la correspondencia.

Bueno, correspondencia sería mucho decir, considerando el hecho de que a la casa sólo llegaban esporádicas leyendas de algún producto infalible, no para matar cucarachas, como tendría que haber sido, sino apenas para drogarlas. Ya que una vez evaporado el efecto, se sacudían un poco la bruma, se incorporaban jubilosas y volvían a cucarachear todavía con más bríos.

O la circular del plomero domiciliado a la vuelta de don Jaime, quien por un precio irrisorio se ofrecía a destrancar todo aquello que tuviese relación con las vías respiratorias del inodoro o de cualquier otra cañería.

O la tarjeta en forma de ataúd luctuosamente forrado de lila, que al abrirse promocionaba las asombrosas ventajas de un camposanto cinco estrellas. Sitio ideal donde el usuario podía disfrutar de una muerte al aire libre, al arrullo de espigadas casuarinas, del efluvio responsorial de las azucenas y del incesante azul con que merodeaba el cielo.

Y donde cada quien disponía de un rótulo en latín para evitar confusiones, y del espacio suficiente para desentumecer los huesos, logrando que de ese modo amainaran los pleitos entre vecinos.

Tan de nunca acabar los pleitos y tan empecinados los vecinos en repetir hasta la ronquera que no es mi muralla la que se adentró en tu latifundio, sino que tu terreno fue excavando mi muralla.

Y esto no va a terminar aquí sino en los estrados judiciales. Ese lugar, que al no contar con ninguna salvación jurídica para ningún tipo de dolencia, tampoco tenía forma de impedir que hasta el malestar más leve agonizara sin diagnóstico responsable. Y por un tiempo tan prolongado, que ningún reloj lo suficientemente cuerdo tendría cuerda suficiente para poder medirlo.

En cambio, en el camposanto cinco estrellas nadie sería objeto de ninguna expropiación que afectara ni su metro cuadrado de tierra ni el merecido descanso, tan esenciales por cierto, para emprender con la dignidad debida el compromiso ineludible de aquel viaje sin retorno.

La verdad es que tampoco doña Adelaida acertaba con una explicación razonable respecto al origen de aquel sobre que había venido a trastornar la sacrosanta paz de su rutina diaria.

De una novia no podía tratarse, por cuanto que las únicas salidas de Nicasio acababan su trayecto en el bar «Los jubilados». Alguna aventurera quizá, una perdida de los bajos fondos. De esas que empiezan siendo baratas y haciendo lo que tú quieras y como tú digas, y cuando se van dejan al tonto con apenas lo que lleva puesto.

Y a lo mejor también casada. ¡Santísimo Sacramento!, se persignó doña Adelaida. Lo que faltaba: que a la vejez viruela mi Nicasio se me haya convertido al adulterio.

Te das cuenta, Liboria, el hijo que crié con tanto esmero, después de haber cargado sola con el peso de su educación. Y ahora sucedía que el ingrato ni siquiera vacilaba en exponerla a las burlas callejeras, comportándose como un vulgar mariposón. ¡Qué suplicio! ¿Te parece que merezco yo ese pago?

Pero Liboria nada le respondía porque ella sabía que doña Adelaida sabía que un hombre puede hacerse viejo para lo que sea, menos para encaramarse al primer espantapájaros que vistiera faldas.

Quítense esos delirios de la cabeza, empezó advirtiéndoles Nicasio cuando al llegar se encontró frente a una conmoción que, de no ser frenada de inmediato, hubiera podido extenderse sólo Dios sabía hasta dónde.

Demasiada alharaca para un sobre tan chico, fue la ecuación doméstica que utilizó después, a ver si de ese modo conjuraba los desbordes imaginativos de las dos mujeres.

Son ustedes las que han armado una tormenta donde ni siquiera sopla el viento, exclamó a continuación dando por clausurado el tema. Convencido de que todo el aspaviento aquel de la mujer casada, y las imputaciones de adulterio con premeditación y alevosía, no eran sino alguna nueva forma de expresión que había adoptado la esclerosis progresiva de su madre.

A la que ahora venía a sumarse también la de Liboria, quien no dudaba en transferir la culpa de todos los descalabros por ella cometidos o por cometer, a la angustia pectoral del climaterio.

Esta mi edad crítica que me oprime el corazón y no me deja respirar tranquila, se quejaba por los rincones. Estos calores que me desjuician hasta los cables de la memoria, haciéndome abrir la heladera cuando lo que quiero es encender el horno con la llave del ropero.

Un climaterio de vocación algo tardía, evidentemente, porque si Liboria no tenía aún la edad de doña Adelaida, le andaría por allí muy cerca.

El hecho es que entre una cosa y otra, Nicasio empezó a leer la carta recién pasado el mediodía. Transcurrió el resto de la tarde ensimismado en su lectura, y entendiéndola cada vez menos cuanto más se sumergía en aquel verdadero manicomio de palabras.

Y cuando el cucú trinó la medianoche, la había leído tanto que lo más bien hubiera podido recitarla de memoria.

«Hasta este momento has vivido recluso en la neblina», le susurraba alguien con una voz que a la vez de levantarse del papel, parecía provenir de algún tragamonedas distante.

Pero a partir de ahora se te concederá la luz, al anunciarte que has sido elegido para participar de una Experiencia Suprema, ubicada no en el presente ni en ningún lugar visible, sino a lo lejos y en todas partes.

Por encima de la recta que dialoga con el mar y por debajo de la que se encuentra dialogando con la tierra. Sobre un extremo al otro del Ayer, que entrará en conjunción con la Irisada Altiplanicie que se extiende hacia el mañana.

Entre todos los varones que se hospedan bajo el cielo, fuiste tú a quien señaló el humo del Incensario, por pertenecer a una generación astral que vio extinguirse el apellido en el Follaje de los Tiempos. Y por ser depositario de la virtud que más aprecia el Sublime Jadaiel. Aquella mediante la cual has sabido conservarte abstemio, no sólo del Alcohol, sino del Vicio y las Mujeres.

Todo esto que te digo es un halago aunque también un compromiso, porque de aquí en adelante, desde el atardecer del día hasta el clarear nocturno, deberás ajustar tu proceder al cumplimiento sin errores de las siguientes mandas:

Lo primero será alejarte de todo lo que hasta hoy conformó tu entorno, cortando de un solo tajo la umbilical obstinación que pretenda mantenerte unido a cualquier lactancia de cualquier pasado.

Aun a costa de tener que empezar a nacer de nuevo, regresando a la oscuridad a gatas de aquella posición succionadora, obligándote a continuar corriente abajo y a cavarte una salida con el movimiento de tu espalda.

Y contra esa vegetal intransigencia tuya de seguir aferrado como un líquen al camino ya sin tierra, escuchar cómo rebota otra vez tu propio grito. Y volver a sentirte escrutado por la mirada hostil de aquel espejo, que tornaría a trizar en mil posturas la recién nacida imagen de tu desolación».

Acepte el consejo de alguien que le desea bien y vaya pasando adelante, le oyó decir a la comadróna. Aunque sin adelantarse mucho para no meter la pata en la zona del Dragón.

Yo soy un objeto frágil al que deben tratar con cuidado, protestó Nicasio. Además, ya no quiero que me sigan dando a luz. Sólo me he asomado a averiguar si está mi padre en casa, porque entonces usaría el calor de su presencia como abrigo para cubrir mi desnudez.

Usted ha nacido bajo el signo de la orfandad. Lo felicito, le contestó una voz de acendrada entonación quirúrgica, mientras la mano de esa voz se complacía en aporrearle una y otra vez las nalgas.

Pero yo no vengo recomendado por nadie. Yo he sido obrado sin concurso de varón, replicó Nicasio.

Entonces lo felicito dos veces. ¿No se da cuenta que a semejantes alturas está pasado de moda eso de tener un padre? En la época que nos viven y para no pecar de anacronismo, se debía no estar emparentado ni en el grado más remoto con la paternidad de nadie.

El padre del 2000 se reducía apenas a una huella, que no por digital era menos fugitiva. O acaso al estallido de un rencor hereditario. O a un leve sonido a veces, semejante a un sollozar tan sofocado que resultaba prácticamente inaudible.

A una simple formalidad, en suma, por la sencilla y única razón de que se requiere un mínimo de dos para consolidar los postulados de la ecuación procreadora.

Cómo hacerles entender que, pese a todo, Nicasio aún necesitaba un padre, que le hubiera gustado tanto tenerlo. Un padre militar, si fuera posible, y que no fuera un rufián, como había sugerido entre susurros su profesor de anatomía. Y ahora lo de militar salía sobrando porque ni siquiera un padre tenía.

Ya no gimotees por los rincones buscando un padre, lo consolaba doña Adelaida, que mamá te llevará al supermercado donde hay un regimiento de juguete, con la escalinata militar de subida y de bajada, toda completa, y made in Taiwan, por si fuera poco.

Allí encontrarás el mejor padre de plástico, con la graduación también de plástico que tú prefieras. Desde mariscales de campo, de hierro, de temple de acero, generales en jefe, en retirada, coroneles, subtenientes, y hasta el modesto recluta que trabaja de niñera en la casa de los capos.

Pero ya no inventes a tu padre, Nicasio, ni pretendas adaptarlo a un recuerdo que recula como si lo hubieran construido nada más en base a sombras.

Aunque dediques días enteros a soñar con la cara que habría tenido, siempre la cara empezaría siendo normal, y acabaría siempre encarnándose en la otra, la impalpable, la de la atroz correspondencia con la cara de un desierto.

Acepta que se haya ido sin sentir como si el peso de esa huida te estuviera masacrando los riñones. O tal vez como si formara parte de ese olor a que pronto llovería, instalado al principio sobre el aire, descendiendo luego hasta fijarse en aquel corselete de dolor con que el lumbago se te abraza a la cintura. Y se te riega después por todo el cuerpo. Y se te vuelve torrencial como la lluvia, bajo la cual todo se ha de volver charco, inundación, pantano.

Deja que la ilusión paterna vaya encaneciendo en idéntica medida en que se negaba a encanecer aquel rodete donde estaban retenidos por la fuerza los indómitos cabellos de tu madre.

Mayúscula palabra, con sonoridad de Catedral la de tu madre, quien pese a estar partida en dos por la aflicción, se mantuvo sempiternamente erguida, con la sonrisa siempre lista entre los labios. Para que nadie se quedara sin saber de qué madera estaba hecha Adelaida Sánchez, y con cuánta dignidad supo callar, sepultando el abandono del esposo en un pequeño mausoleo que le fabricó en su corazón.

Con la misma entereza física y la misma disposición de ánimo que ningún apremio económico pudo nunca derrotar, se pasaba las noches en blanco, picando carne, picando locote, picando todo el ajo disponible con la totalidad de sus rencores, y chorreando lágrimas sólo debido a que la cebolla se había propuesto causarle aquel llanterío en los ojos.

Porque ella misma decidió que con escupir maldiciones al techo o lanzar exabruptos al aire o desterrando a la fetidez cloacal la inocente sortija de bodas, no recuperaría al marido prófugo.

Prometiéndose, además, que mientras Dios le conservara saludable la razón, y aceitados los resortes para trabajar sin detenerse, nadie pasaría necesidad bajo su techo.

Ya verían los que precisaban ver para creer, cómo ni entonces ni en ningún otro momento, habría de notarse en su presencia la falta de ningún hombre.

Sin utilizar otra receta que la que le iba dictando el instinto, y sin dejarse guiar por otra partitura que la compuesta por sus propias manos, amasaba la suave arcilla, que respiraba, que latía, reconciliada con su antiguo privilegio de ser harina escurriendo su blancura entre los dedos.

Aunque la madurez definitiva sólo era alcanzada con la ardiente colaboración del horno, que terminaba así por completar la magia, dándole el último retoque, el maquillaje final a aquellas empanadas.

Las cuales fueron abriendo uno tras otro los distintos candados de la fama, hasta lograr un éxito sin precedentes en los anales culinarios del país.

Algunos sostenían que el hechizo se concentraba en la masa. Otros en la forma de preparar el relleno.

Y el resto en la combinación de ambas cosas.

Lo que nadie atinó ciertamente a sospechar es que ni la propia doña Adelaida supo en qué momento ni en virtud de qué fuerzas celestiales, el prestigio de sus empanadas rebasó el ámbito casero y fue corriendo de boca en boca.

Desde las paradas de taxis, los estadios de fútbol, los colegios, los conservatorios que enseñaban música moderna por antiquísimas hipnosis orientales, los institutos de yoga y de la defensa personal, los polideportivos, hasta finalmente colarse por los intersticios más selectos y empolvados de la alta sociedad.

Pero ya no insistas en recordar, Nicasio, que ahora lo esencial es que sigas olvidando. Ajusta tu proceder a lo que ordena la carta y pon distancia. Abre un ciclo de lejanía entre tus 64 años de hoy y tus antiguos años mozos, entre tus naderías de ayer y la jesuítica imponente de tus ruinas actuales.

Apártate de lo que más te duele que es apartarte del bar «Los jubilados». Aquel territorio donde recalaban los sin compañía, los desamparados de cualquier estirpe que se unían para ver si compartiéndola entre todos, a cada quien se le hacía más bebible su poción de soledad.

Esa soledad que se estaría agudizando ahora si desoyes mis consejos. Si no haces lo de acá y rehaces lo de allá, lo único que lograrías es agravar las cosas.

Y Nicasio oyó letra por letra las encíclicas cantadas y vueltas a cantar por la enfermiza obstinación de aquella carta. Y quedó nuevamente confundido ante el resplandor de autoridad que irradiaba aquel papel, donde lo escrito parecía ir cayendo en un círculo vicioso, bordeado por el eco sin final de las mismas advertencias: Vale más estar finado que contradecir mis leyes... leyes... leyes.

Aléjate, pues, del bar «Los jubilados» y de la envidia que éste fue desatando, no sólo en sus pares de las intermediaciones, sino también de los que quedaban lejos, porque era el único boliche que lucía sus instalaciones llenas a cualquier hora del día. Y porque apenas se ponía un pie en el primero de sus tres peldaños, allí mismo acababan las prisas y los apurones.

Y era un deleite observar cómo quedaban las horas suspendidas en el aire, cómo se deshacían contra la niebla de los cigarrillos, cómo terminaban muriendo finalmente en aquel azulado no sentir otra cosa que no fuera una inmensa laxitud, una gratificante molicie.

Entonces daba lo mismo beberse litro y cuarto de aguardiente o una copa de anisado, que estar simplemente ahí, emborrachándose mitad con agua y la otra mitad con el zumo de los acontecimientos políticos. Explosiva mixturanza, que casi siempre provocaba más hipos y más acaloramientos que un escocés en las rocas.

Aunque el verdadero jolgorio empezaba cuando anochecía, al son de interminables partidas de truco prolongándose más allá de la actuación de aquellos dos bandoneones que dejaban derramar la nostalgia como si fuera jarabe.

Y a tanta más distancia todavía, que los trasnochados vecinos calculaban que mientras las cosas anduvieran sin variar el rumbo por el que iban yendo, ellos tendrían que aguantarse el no dormir hasta que Dios dijera basta.

Basta, sí, pero de decir sandeces, alegaban por su parte los truqueros. Al fin de cuentas, matar el tedio jugando era un emprendimiento laboral como cualquier otro.

Una ocupación ciudadana que nada tenía de ilegal ni de corrupta, y donde podía llegarse a conseguir incluso lo que a mucha honra consiguió Nicasio: una triple y nobiliaria distinción que lo proclamaba como Rey absoluto del envido, Conde del truco y el retruco, y Marqués de la flor y contraflor al resto.

Tal vez pudiera parecer extraño, pero toda la habilidad que a Nicasio le faltaba en su trato con mujeres, le sobraba a manos llenas en su trato con los naipes.

A tal punto, que podía reconocer sus barajas visualizándolas por el tacto, y las del oponente por la forma en que el sentirse acorralado le contraía o dilatava cierto toque de impotencia en las pupilas.

Podía mimetizarse y confundir a todos con sus caretas de engañar, las cuales llegaron a ser tantas y a ocasionar tales enredos, que ya nadie sabía distinguir con precisión cuándo llevaba puesta la cara real, y cuándo se encontraba con aquella que mentía.

Con una mente como la cola del alacrán, rápida, sagaz y agresiva, iba armando la estrategia para demoler al adversario. Y con un sentido carismático de su propia fortaleza, fundamentada en la técnica prusiana de atacar por todas partes al mismo tiempo, avanzaba de victoria en victoria, dejando a su paso una secta de individuos que, según la mofa popular, ya no habrían servido para otra cosa que no fuera ser expuestos al temblor de cuatro velas de un pomposo velatorio.

A prudencial distancia de una mesa cada vez más diminuta en medio de la algazara que crecía, se ubicaban los jugadores pasivos, no con el ánimo de entorpecer sino de atestiguar la genialidad de las jugadas, entonando una suerte de letanía sobre cada una de ellas.

Esto es increíble, exclamaban. Esto es inaudito. Este don Nicasio es la astucia personificada, y deberán transcurrir quién sabe siglos para que en el horizonte timbero vuelva a asomar un gladiador de su estatura.

Las alabanzas se sucedían entonces con tal intensidad y alargaban a tal punto el entusiasmo, que a menudo el amanecer sorprendía a los primeros actores dormidos sobre las barajas, y a los que obraban entre bambalinas, con los labios aún abiertos sobre el último aleluya pronunciado en homenaje a la jugada pertinente. Y tanto unos como otros entre prestándose los brazos para usarlos como almohada.

Otras veces el desafío se trasladaba a las mesas de billar, donde ex portuarios, ex oligarcas, ex combatientes y ex mandatarios, resolvían sus diferencias guerreando como en el medioevo, por despellejamientos sucesivos, al cabo de los cuales se pedían mutuamente disculpas:

Lo siento mucho. No fue mi intención. Pero qué dice. Soy yo el que lo siente. Quién otro sino yo puede ser el animal que usted dice que es. No le parece, sin embargo, que ya va

siendo hora de que nos palmoteemos las espaldas para enjugar las ofensas recibidas, inferidas y tan injustamente extendidas a las respectivas esposas. E intercambiemos luego la paz con este caluroso apretón de manos. Que no sólo significaba restablecer la comunicación perdida, sino hacer realidad el común y fervoroso anhelo de quedar tan amigos como antes.

De todo lo que se encuentra en el camino se conversaba allí: del terrorismo de derecha, de la última campaña antidroga, de los tres disparos de la policía que ésta dio en atribuir a tres reventones de tres neumáticos que acabaron reventando a tres futuros cabecillas de una banda procreada con fines altamente delictivos, y no pirotécnicos como se malinformó desde alguna radio de indudable afinación castrense.

Era la esquina ideal para recoger y despachar confidencias, que se iban y volvían con la especial recomendación de que por favor fueran mantenidas dentro de la más estricta reserva.

No sólo porque así sería sustancialmente mayor el impacto de la noticia, sino porque estamos viviendo sobre la incertidumbre de ni siquiera saber bajo cuál sorpresa republicana nos amanecería el nuevo día. Y una sola palabra dicha de más o de menos, podía acarrear las mismas pérdidas irreparables de una ocasional bala perdida.

Recomendaciones que, por lo demás, acabaron siendo las únicas en permanecer idénticas a lo que siempre fueron, porque las confidencias habían cambiado tanto que ya nadie las reconocía.

A menos que dieran un aparatoso rodeo, los habitantes de medio país forzosamente debían pasar por aquella encrucijada: las beatas que asistían por la mañana a misa de ocho, y por la tarde a la de cinco y media, las alumnas del Ateneo que cursaban clases de canto o del instrumento hacia el cual a cada quien se le inclinara el oído, los clientes del quiosco «Las gardenias», que luego de haberse hecho bajar todas las revistas alineadas en los estantes, y de haber pasado revista a todas las marcas de cigarrillos, salían chupando fiado tres caramelos de menta y dos chupetines Koyak, y los clientes de la plaza, que tal vez no vivieran de renta como lo hacía Nicasio, pero al igual que él se dedicaban a no hacer absolutamente nada para ganar el tiempo que tan inútil y acompasadamente sin cesar iban perdiendo.

Y ahora, de manera imprevista y brutal, aquella carta venía a anunciarle que ya no disponía de ningún tiempo, que ya se le había gastado el que tenía disponible para extirpar de su rutina diaria el lugar donde había pasado los momentos más gratos y reparadores de su vida.

La orden era terminante: bajar la cortina metálica y esto aquí se acabó. No era fácil aceptar aquel castigo que iba aumentando y aumentando de tamaño hasta no caber casi en su pecho. No era fácil preguntarse y no encontrar a nadie que le respondiera qué sería de él a partir de ahora.

Qué podría hacer sin Teófilo Moscarda, después de haber sobrellevado juntos una larga caminata de obstáculos y sinsabores, después de tanto haberse lamentado a dúo.

Qué haría sin la mano siempre tendida de Filomeno Barboza, sin el calor de tantas manos sin las cuales las suyas volverían a ser presa fácil de los sabañones en invierno y del puntual reuma veraniego.

Quién tendría la honradez de aclararle cómo iba a sobrevivir sin los concursos de tiro al sexo. Distracción concebida por Carmelito Anzuaga, consistente, por un lado, en distintos tamaños de flechas de fabricación casera, y por el otro, en aprovechar la pared más llamativa del local, para que allí fuera colgado el objeto que desencadenó la más grande epidemia de rabetas clericales, y un pudibúndico revuelo entre las cristianísimas matronas que juraban reverenciar a Dios inclusive en esperanto.

Las cuales, invocando el nombre de San Blas y reunidas en sesión permanente, expresaron su unánime repudio ante semejante impudicia: esa cochizada sin nombre a la que había que poner fin de inmediato.

Imagínense, decían indignadas, si no será cosa del demonio que esos malvivientes desahoguen sus instintos libidinosos valiéndose de un cartel enteramente ocupado por un sexo.

De gigantescas proporciones, para mayor escándalo. Y de naturaleza femenina, por si fuera poco. Naturaleza que a fuerza de llevar años curtiéndose a la intemperie, pudo aguantar sin doblarse misas y novenarios, ayunos y penitencias en pro de que el tal cartel no tardara en venirse abajo.

Sin embargo, ni el más santo de los santos ni el más vil de los patronos consiguió modificar el hecho de que el sexo en discusión emergiera desde un rojo cálido y profundo, y que siguiera siendo, según la ofuscada argumentación del inventor, el duplicado simétrico del que perteneció a María Antonieta.

Vale decir, con sus vastas intimidades en jubiloso orden, y de par en par abiertas hacia todo el que quisiera utilizarlas como blanco para afianzar su puntería.

Cuánta cantidad de olvido necesitaría Nicasio para sofocar esas vivencias, el baldío de ese espacio. Qué haría con sus horas muertas que sólo adquirirían algún sentido en el bar «Los jubilados»: su única razón de ser desde que las malditas Oficinas de Correo le dieron aquel puntapié en el bajo vientre al darle su pase a retiro. Qué puedo hacer... Qué puedo hacer, se repetía desconsolado Nicasio.

Lo primero y principal, calmarte, que tu corazón ya no está en edad de sortear ese ritmo encabritado que se ubica entre la arritmia y los cíclicos jadeos de la arteria coronaria.

Tienes delante de ti una tarea que debe ser cumplida sin demora. Vuelve, pues, hasta aquel sobre, aquella carta hablándote de una Experiencia Suprema y un Sublime Jadaiel,

tan alejados de ti y de tu módica cultura, que los sentirías igual que si un torpe moscardón te estuviera moscardoneando en chino.

Pero poco a poco irá tu mente resolviendo el crucigrama, en la medida en que retomes la lectura desde el renglón aquel donde la interrumpiste. Y en tanto dejes que esa voz que se levanta del papel con modulación trasplanetaria, se concentre en el segundo punto para decirte aquello que te está diciendo:

«Una vez eliminados los escollos de la primera etapa, deberás elegir un sitio que, por un lado, se encuentre más allá de toda sospecha, a fin de asegurarte la misma autonomía que tendría un pejerrey desplazándose en el agua. Y que por el otro mantenga a las personas en permanente vaivén entre las idas y los retornos, los adioses y las bienvenidas, las aversiones y los afectos.

Por ejemplo, una iglesia, un asilo de ancianos, un hospital, algún prostíbulo. Porque quién iba a atreverse a sospechar que en un prostíbulo se estuviera desentrañando un problema metafísico, cuya aparente claridad súbitamente podía precipitarse en las sombrías vaguedades de la abstracción más absoluta.

Empieza, entonces, a esmerarte desde ahora, teniendo en cuenta que para arribar al lugar perfecto es preciso desechar al menos diez imperfectos.

Aunque en este punto me permito sugerirte una casa, que a juicio de las Once Potestades Subalternas, asesoras de este Evento, reúne todos los requisitos y está reconocida bajo el nombre de «La posta del placer».

Allí donde las horas son más largas que en ningún otro hemisferio y donde nunca amanece porque jamás el sol se pone y nunca es hora de estar cerrada sino de estar abierta siempre, porque cualquier hora es hora buena para practicar el amor.

No quiero, sin embargo, que confundas los conceptos, ya que en el amor de que te hablo no interviene la materia, sino algo majestuosamente etéreo, que al evadirse de lo trivial y lo pedestre, implica de algún modo las galaxias, las luciérnagas, las estaciones, los presagios, las aldabas, los violines y la perimida ternura analfabeta de los carritos aguateros.

A ese lugar acudirás seis veces por semana durante los meses de las vidas que hagan falta para completar la Experiencia.

Internándote con mucho sigilo porque en tanto vayas andando, no contarás con la ayuda ni de lámparas ni de candelabros. Y detrás de ti y en tu costado, cruzándose y descruzándose en un sinfín de repúblicas danzantes, hallarás sólo tinieblas.

Pero no obstante, esa debilidad tuya, ese temor, habrán de ser los muros que te sostengan, la fuerza para seguir adelante.

Y transitarás sequías de bosques y países que no serán sino el reverso de países invisibles, pasando por alto el hecho de que cuando menos lo esperes, te salga al encuentro

un abrupto recodo donde antes no lo presentías siquiera. Y en seguida te acosará un nuevo recodo con un nuevo horror intentando que desistas de la Empresa.

Sin hacer más ruido del que apenas hacen las plantas y sin más armas que tu fe, irás en busca de la Luz, que al principio será larval, indecisa, y sólo asumirá su tamaño y esplendor reales tras haberte demandado un prolongado y desgarrador esfuerzo, solamente comparable al que sufren las mujeres en trance de parir un hijo.

Por lo demás, es de vital importancia que mientras dure la Misión, te valgas de bigotes mejicanos, narices de pinocho, barbas moscovitas, alerones de invasor extraterrestre.

Artificios mediante los cuales esa apariencia que has considerado tuya desde siempre, quedará sustituida por otra con la que te será dado despistar hasta a tu doble reflejado en el espejo.

Tan radical sería tu cambio, que cada vez hubieras podido encontrarte siendo otro sin dejar de ser el mismo.

Y avanzarás despacio, no vayas a precipitarte en la trampa furtiva de esos cazadores que pululan a la vera del camino. Ahora mismo deberías estar atento a que no haya alguien espionando desde algún portaequipaje arremangado en un lóbrego subsuelo.

Poniendo especial énfasis en las paredes de tu casa. Y ni qué decir en las extravagancias de tu madre o en las distracciones de Liboria, cuyas antenas no solamente escuchan a través de micrófonos ocultos, sino que todo lo observan con la misma atención con que lo hace la lente de una cámara fotográfica.

A partir de hoy ya no podrás desobedecer la orden en nada ni en lo más mínimo, dado que es preferible morir a desacatar el destino que se trae escrito.

Desde hoy te estaremos vigilando noche y día. El Gran Ojo Visor tenderá la mirada a la redonda y te buscará por el poniente y por el norte, por el mediodía y el oriente, recordándote que se ha hecho tarde para retroceder o intentar cualquier huida. Porque más acá o más allá de la Experiencia ya no hay nada. Sólo Ella latiendo con el Engranaje que hace latir el Secreto.

Quedan por resolver muchas oscuridades, pero éstas se llenarán de sol a su debido tiempo. De carta en carta se te irá aclarando el panorama. Y de cada una de ellas guardarás una simiente que culminará su desarrollo agazapada en tu memoria, después de que todas hayan sido destruidas por el fuego.

Y ya lo sabes: cuídate de revelar esta Alianza o de oponerte a que la misma sea cumplida según las leyes estipuladas, porque entonces te arrepentirías hasta del simple hecho de haber nacido.

Quizá consideres exageradas estas recomendaciones, pero todo lo que tienes que saber lo sabrás ni mucho antes ni demasiado después, sino cuando las dos agujas se prosternen para formar la Cruz sobre el Momento Justo».

Cuando Nicasio terminó de leer la carta, permaneció así largo rato, mentalmente aturdido, la lengua reseca, el corazón que en un acceso de arribismo se le había instalado entre las sienes, porque era allí donde le repicaba. Primero al trote, al galope después y al final otra vez la taquicardia.

Pero ni siquiera esbozó el intento de ir en busca de esa paz salpicada de dulzuras, a la que con probada exactitud lo iba guiando la amarguísima infusión de coramina.

¿Cómo hubiera podido hacerlo?, sí lo dominaba una terrible inhibición, una especie de parálisis que lo circunscribía a una celda no mayor ni menos cierta que el recóndito presidio retoñado tras las rejas de su propio melodrama.

Tal vez se estuviera despertando de un mal sueño, o de cualquiera de sus delirios. Pero entonces la carta tendría que haberse diluido como en la primera claridad se diluían las dos mandíbulas que deambulaban sueltas sin dueño, masticando un ruido como el que hace el peine al restregarse contra la voluble superficie de un espejo.

Y esa dentera se convertía en un tormento muy superior al que cualquier cristiano en sus cabales era capaz de soportar.

¡Váyanse a la mierda!, les gritaba al borde de la enajenación. Y con ellas también se alejaban los mugrosos jorobados que noche a noche, en tropel iban surgiendo del sofá renacentista.

Y a compás de sus propios desafueros reptaban bajo los muebles, arrasaban la heladera, desollaban baúles, y consumaban escabrosidades que hubieran hecho sonrojar al más insigne libertino.

Sin embargo, la carta no sólo no se había ido, no sólo continuaba estando allí con toda su carga de espanto, sino que parecía muy dispuesta a destrozarle la existencia.

Quién podía haberlo metido en aquella trampa, en aquella macumba demencial. Si lo que querían era acabar con él, ya lo habían conseguido, porque estaba moralmente deshecho, sin saber qué hacer, sin atinar a nada.

Y así discurrió los tres días siguientes, moviéndose como un corcho a la deriva, saliendo apenas de su habitación y sólo para atisbar la llegada del cartero, con la alucinada ansiedad de quien aguarda la notificación de su sentencia a muerte.

Las dos mujeres lo miraban boquiabiertas, sin poder creer que aquel cambio repentino le hubiera invertido a tal punto las costumbres, que sus idas al bar «Los jubilados», anteriormente cumplidas con la puntualidad de un rito, ahora parecían formar parte de la historia.

Por donde se lo mirara y en cualquier cosa que hiciera distaba tanto de ser lo que alguna vez había sido, que era como si alguien distinto de él hubiera ocupado su lugar.

Ahora ya no me cabe ninguna duda, insistía Liboria. Nicasio anda en amores con alguna mujer. Tiene todos los síntomas: se acuesta sin desvestirse, se levanta con el carácter de un volcán en erupción y las ojeras lila obispo del que en vez de dormir se insomnió la noche entera.

Y si a todo eso se le arrimaba el hecho insólito de que en la cena ni siquiera hubiera probado el suflé de coliflor por el cual era capaz de dar la vida, bueno, con ese dato ya bastaba para darlo por sentado.

Va y viene por la alfombra de su pieza con la misma obstinación del péndulo, acotaba doña Adelaida, que por un lado seguía atentamente las andanzas del reloj, y por el otro los enigmáticos trajines de Nicasio. Hasta que las primeras y los segundos acababan por fundirse en un TIC TAC imponente.

Así era, en efecto. Con aquellos pasos bien marcados que empezaban en su habitación y terminaban extendiéndose por toda la casa mediante una larga confabulación de ecos, Nicasio iba midiendo el trayecto comprendido entre la cama y el rincón con el altarcito doméstico, donde los ojos policíacos de San Cristóbal, San Martín de Porres y San Hermenegildo, lo venían escrutando desde la adolescencia.

Desde el crónico terror de aquellas crisis de desidia intestinal que lo sentaban por horas enteras en el baño, por años enteros sudando ahí la gota gorda. Como si el tiempo y los purgativos no hubieran servido de nada.

Once pasos y medio, recitaba en voz alta, y nueve pasos en diagonal desde la ventana entristecida porque a través de esa huelga de postigos clausurados ya no le sería posible contemplar el cielo, hasta el hundimiento ese del piso que infructuosamente intentaron arreglar seis albañiles por seis caminos distintos.

Aunque todos coincidieron en que el problema se internaba a bastante más hondura de donde en realidad iba su ciencia, por originarse en la atracción que sobre la tierra ejercen los poderes del infierno.

No importa cuál sea el método empleado, predijeron con brutal clarividencia. Tanto los exorcismos menores hechos en base a piedra molida, cal apagada y arena, así como los mayores, sólo accesibles a la clerical investidura del Señor Obispo, acabarían desbarrancándose en el mencionado boquete de los mil diablos.

Aquel por cuyos vericuetos, en época de luna llena, circulaba todavía la cautiva maldición de los esclavos.

No se equivocaron sin embargo por tan lejos aquellos jornaleros rudos, cuya única instrucción les cabía en la palma de las manos. Porque el tal hundimiento pasó a ser,

durante años, no sólo el principal punto de enlace entre los moradores de Arriba y los moradores de Abajo (cuyos incidentes fronterizos daban pie a tantos abusos, coimas y regateos que ya no asombraban a nadie), sino el actual punto de referencia gracias al cual, a la vez de conjurar esa ansiedad que le estaba carcomiendo las entrañas, Nicasio podía darse a sí mismo un informe detallado de cuánto medía esto y cuánto el tramo de luz perpetua proveniente del pasillo.

Aunque para arribar al Génesis de dicha luz, a su matriz procreadora, había que avanzar todavía un poco más. Trasponer dos sillas, varios umbrales, tres asaltos en descampado de ese olor tibio a empanada, que venido del ayer y por esas cosas del hoy, ahí se había estancado. Pero intempestivamente desplazado luego por la voluptuosidad arrolladora del campechano olor a guiso.

Todo eso sin abandonar la línea recta ni poder eludir aquella asfixia que se iba acentuando mientras más profundo se hacía el hoyo en que se abismaba el pasillo.

Entonces, cuando ya casi se perdía la esperanza de llegar, se presentaba así de pronto aquel predio bendecido donde la lámpara amarilla había instaurado su imperio.

Para decirlo mejor, su semiimperio porque a pesar de tanto decreto promulgando su eternidad, de tanta predestinación a brillar sin intervalos, debía rebajarse a compartir la mesita disfrazada de aldeana con un póstumo retrato y una flor tan angurriente, que siempre parecía estar clamando por más agua y todavía más agua de la que podía ofrecerle su florero.

Claro que la lámpara amarilla, no tanto por haber recibido un riguroso entrenamiento en el difícil arte de la iluminación, como por una mera cuestión de jerarquía, se mantenía completamente al margen de lo ocurrido en sus adyacencias.

En parte, porque a cada muerto le toca la bala que se merece, y en parte, porque por expresa voluntad de doña Adelaida, a la lámpara amarilla no le tocaba otra cosa que velar, permanecer alerta noche y día, en beneficio de aquellos que acusaban la doble tendencia a extraviarse a pleno sol y también en las tinieblas.

Todos tenemos aquí una misión que cumplir, repetía constantemente doña Adelaida, incluso los seres sin identidad ni lumbre propia, como los muebles.

Y la tuya, Liboria, es proceder de manera que bajo ninguna circunstancia descuides la diligencia a la que te debes ni traiciones la confianza que he depositado en ella. Porque has de ser la única responsable de que ni siquiera con mi muerte dejes morir la luz de la lamparita.

Nueve pasos y tres cuartos y quién sabe la duplicación de cuántos insomnios y cuántos metros cuadrados de espera tendría Nicasio que padecer aún para alcanzar a medir enteramente la real magnitud de su cansancio.

De seguir peregrinando a este ritmo de avalancha, me quedarán las piernas medio atontadas y los pasos en carne viva, se lo oyó razonar después. Y en seguida un breve silencio enganchado a una palabra irreproducible, que al no saberse con certeza hacia quién iba dirigida, continuó flotando un rato ahí, al albur de ningún destinatario. Y acto seguido otra vez los pasos para volver a empezar todo de nuevo.

Estos tres últimos días se ha pasado como un monje agrimensor recluso en su convento, decía preocupada doña Adelaida.

Y le ha visto usted la barba de prócer de la independencia, preguntaba Liboria. Capaz que se la esté dejando en memoria de los que no tuvieron más remedio que caer en defensa de esas cosas que se aprenden en la escuela y que empiezan a olvidarse en el recreo.

Pero lo que presenciaron aquel jueves colmó la gota del vaso. Consternadas lo vieron abrir la puerta del dormitorio, cruzar como una exhalación el pasillo, y hundirse en la oscuridad de la escalera que conducía al sótano.

Dos, cuatro, siete minutos que duraron igual que siglos. Y estando ya sobre el filo de los ocho, ambas mujeres pudieron ver nítidamente un fantasma vestido como Nicasio, pero con guantes, con sombrero, con bigotes y con anteojos de ciego.

No se hagan tanto drama que soy yo, les dijo. Aunque en versión adulterada. Y será mejor que se vayan acostumbrando, porque a partir de hoy usaré barba, bigote, anteojos de ciego y fundaré mi propio carnaval, si se me viene en ganas.

Sin embargo, al no reconocerse después en el espejo del vestíbulo, refunfuñó desmoralizado:

Justamente cuando más necesito saber quién soy, se me coloca enfrente este carajo con el que ni siquiera me siento unido en parentesco. Maldita sea.

Tan perturbado parecía, que doña Adelaida se curó de un solo golpe de sus propias perturbaciones, jurándose solemnemente gastar hasta el último segundo de las horas que aún le restaban de vida en sacarlo de aquel pozo.

Como prueba de lo cual, le mandaba preparar sopitas combinadas de cerelac con cuáquer, o de arroz con brotecitos tiernos de soja. Y compotas de aguái con miel de abeja, previamente reforzada con la oración del pobre pecador a San Judas Tadeo.

Mi corderito descarriado, lo mimaba. Si no quieres que te asean el cuarto nadie te lo aseará, ni nadie te abrirá las ventanas, y podrás pasarte el santo día ovillado en el capullo de tu íntima congoja.

Y todo por culpa del tremendo coletazo con que arremeten los amores fuera de estación. Una especie de viruela que no por marchar a contrapelo se la hubiera considerado menos mortal.

¡Pobre hombre! No tendrá un desenlace, feliz en manos de esa mujer. ¡Qué manera de engatusarlo! ¡Virgen Santa! ¿Quién sería la desvergonzada que le estaba arrebatando el hijo delante de sus narices?

Arrancar una mujer del corazón de un hombre es algo delicado que requiere no sólo técnica, sino por sobre todo instrumentos especiales, improvisaba Liboria. Más delicado que una cirugía a corazón abierto, y sin ninguna garantía de que el extirpado vuelva a razonar con la lucidez de antes.

Máxime si se tenía en cuenta que Nicasio había descubierto el amor con casi cuarenta años de retraso. A una edad en que sus coetáneos venían abusando de él desde tan lejos y de manera tan sistemática, que apenas les sobraban agallas para sentarse en una mecedora de mimbre a discutir consigo mismo, o con algún interlocutor imaginario.

En cambio, el corderito descarriado se hallaba en la cresta de la ola, como quien dice. Y sólo había que esperar que su ángel de la guarda interviniera a tiempo para amortiguarle esa violenta conmoción que, por lo general, es inherente a la caída.

Lo cierto es que don Nicasio no se había repuesto aún de los estragos de la primera carta, cuando de pronto se sintió sobrecogido por la certidumbre de que apenas se aplacara el disturbio mañanero, promovido por el repicar inusitadamente largo, persistente y cizañero de aquel timbre, la segunda carta estaría entre sus manos. Para que con ella se pusiera en movimiento el capítulo número dos de su desgracia.

Sí, el motivo de sus desvelos había llegado por fin. El cartero acababa de entregárselo a Liboria, quien luego de haberlo aprisionado entre las yemas del índice y el pulgar como si fuera una serpiente, y de haberlo examinado hasta donde le fue posible, advirtió que aquel sobre estaba algo excedido de peso.

O algo tal vez le faltaba. O simplemente era distinto del primero. Claro, éste había sido redactado a máquina y pesaba por lo menos el doble de lo que pesaba el anterior.

Dame esa carta, le ordenó Nicasio con una voz como treinta años más vieja que aquella de la que se había valido hacía un ratito nomás para regañarla. Porque pronto será hora de cenar, le dijo, y todavía no te has dignado a servirme el desayuno.

Dámela ya, volvió a insistir interrumpiendo las detectivescas meditaciones sobre las cuales seguía sobrevolando Liboria.

Y que nadie me moleste para nada, agregó dirigiéndose a su habitación y cerrando con golpe seco no solamente la puerta, sino toda posibilidad de que llegara a hacerse público un asunto que, por mandato superior, debía ser guardado en la privacidad más absoluta.

El hecho es que esta vez la carta venía acompañada de algo que aparentaba ser un testamento. Pero no un testamento común y silvestre, de esos mediante los cuales el patrimonio familiar -que en aquel entonces no se basaba, no, en el sudor ajeno sino en el sudado dignamente por el esfuerzo propio- podía desplazarse sin abandonar la línea recta ni

la garantía oficial que cada padre buenamente delegaba en cada hijo. Inaugurando, en el plano financiero, como una suerte de cadena de mitológicas genealogías.

Hasta que la injerencia de otras líneas no tan rectas ni tampoco tan legítimas, no sólo los fueron anticuando, sino que apresuraron grandemente su relego al cajón de los olvidos.

Desde luego que vincular esos testamentos ya finados con el que estaba esperando el momento para empezar a vivir, sería desconocer deliberadamente la diferencia que los separaba.

Diferencia que en lo que al testamento recién llegado se refiere, se sustentaba en el hecho de que a su lectura, por enérgica disposición obrada en grandes letras cuyos relieves, volutas y contorsiones oscilaban entre lo espectral y lo fantasmagórico; a su lectura, repito, no debía procederse mientras no se hubiera procedido con la lectura de la carta.

Exhortándose muy fervorosamente a que fuera respetado ese orden. Porque de acuerdo con un orden habían sido creadas todas las cosas del universo, desde el Preludio incoloro, hasta la Macroaniquilación hacia la cual todo tendía.

Un Nicasio pálido, sin otra expresión en el rostro que la generada por el desaliento, empezó más que a leer, a ser llevado y traído a través de una aglomeración de conceptos ambiguos, de incoherencias que parecían haber sido puestas allí a mansalva. Como crecidas al antojo del más caótico descuido.

Haciéndolo sentir como de pronto se sentía: abrumado por la sensación de que el atardecer ocurría en su pecho, y no en las desportilladas arremetidas con que el último sol apenas si alcanzaba a gratinar levemente la ventana.

Cuando leas el testamento, decía la carta, comprenderás que el mismo no existe en función de lo que dicen sus palabras, sino en función de lo que callan. Y lo que callan es el Secreto que cada uno está obligado a descubrir por cuenta propia, atravesando un canal de desencuentros durante los cuales, lo Uno iniciará la búsqueda de una Entidad Plurimismada que le garantice el conocimiento y el dominio de lo Múltiple.

Huir de esta formulación preestablecida hubiera sido entonces tan absolutamente imposible como pretender modificar el hecho de que el sol no pudiera rebelarse contra la tediosa circularidad de un mandamiento que lo defenestraba hoy para redimirlo otra vez al día siguiente.

Porque todos los caminos con todas sus bifurcaciones, aunque finjan ir a otro lado, realmente se dirigen a la revelación del Secreto.

Tan difícil es la tarea y hasta si se quiere tan inhumana, que las claves para resolverla son muchas y podrían ser infinitas. Aunque las esenciales caben dentro de las que a continuación se detallan:

El principio soberano que rige el azar de los acontecimientos empieza y concluye en el numerismo. Doctrina donde todo lo que la naturaleza alberga, tras un intenso tratamiento de purificación ambiental, termina por quedar reducido a lo numérico.

Vale decir que siendo los números anteriores al idioma y contemporáneos del sol, pueden tornarse más reales que un eclipse, que las piedras y que cualquier otro elemento percibido por los sentidos corpóreos. Lo que en definitiva los hace todavía más reales que los hombres.

Por una simple descompensación numérica se iniciaron, pues, las constelaciones, el contrabando, el rocío, la hepatitis, los desfalcos, las rapsodias y las distintas ternuras que, atentas a una escala, poco a poco van armando el trinar del pajarito.

Melodía cuyos bajos alcanzarán su más alto esplendor siempre y cuando actúen en proporción directa a la longitud del pico que las emita.

Por lo demás cabe agregar, que así como el 8 nos propone un juego de redondas seducciones, en cuyo enlace final se verifica la reconciliación de la Luz con las Tinieblas, el 7 es el que fue embellecido con los atributos de una sabiduría ejemplar.

Basta convocarlo repitiendo mentalmente 70 veces 7, para que acuda a predecir, con años de antelación, las fechas y los lugares en que ocurrirían las catástrofes. O a determinar la hora, el día y la carta astral de cualquier evento académico.

Pudiendo establecer inclusive el grado de maldad con que se ensañan los rencores ajenos a partir de que la sombra desplegada por la envidia prolifere en angulación oblicua o semirrecta.

En tanto que el éxtasis numérico sexual, de acuerdo con la cosmogonía de ciertas tribus errabundas que consideraban machos a los números pares y hembras a los impares, es consecuencia de fracciones enemigas que combaten y se anulan entre sí. Que caen derrotadas en plena celebración de la victoria, y que beben el triunfo todavía con un gesto derrotista entre los labios.

Hay números profanos y creyentes, despiertos y dormidos, enteros y quebrados, incestuosos por aquello de que cuanto más primo más me arrimo. Y todo crece y evoluciona según que el chisporroteo nacido en el estrechar de tales divergencias se vaya acentuando o extinguiendo.

Del mismo modo que se da ese antagonismo, existe también una empatía que atrae a los números distantes. Como por ejemplo, la que el 5 siente por el 38, y que sólo es el producto de la alquimia fraudulenta.

En primer lugar, porque en el fondo esos números se repelen, y en segundo término, porque para que el 5 alcance al 38 deberá previamente atravesar todos aquellos números que los separan.

Y mientras el 5 con su correr de patas cortas hace un esfuerzo subnumérico para llegar al 38, éste acrecienta su arrogancia desplazándose al siguiente.

De manera que, ni podrá ser vulnerada jamás esa distancia, ni cejará el 38 en hacer hasta lo imposible para que ningún congénere de las inmediaciones vaya a quedarse sin saber quién es ahí el más fuerte.

Tampoco las letras escapan a esa terrible hegemonía, puesto que a cada número le asiste el derecho a exigir de hasta 17 letras canónicas (que son los superlativos) la misma sumisión que debía ser guardada por el mísero vasallo ante la feroz intransigencia de su rey.

Y cada letra canónica, además de su incapacidad de ser impar o par, posee su reverso numérico y, en grado más modesto, también su jerarquía.

Las mayúsculas dan órdenes a las minúsculas y las consonantes ostentan una autoridad 10 veces mayor a la de las vocales. Tres sílabas repetidas se equiparan al vacío que ocupan los intersticios de cualquier cero a la izquierda.

Y 5 expresiones Bíblicas valen 17 adjetivos, 34 sustantivos y 76 conjunciones, que vienen a ser los vocablos más humildes que contempla el diccionario.

La lectura del testamento es, pues, engañosamente simple, porque paralelamente a la trama de palabras se va tejiendo una trama de números. Y el trabajo consiste en aplacar sus diferencias, con el objeto de ir logrando el equilibrio de todos los puntos que componen el trayecto del Destino.

Vale decir que ese ejercicio ineludible y cotidiano que se denomina vivir es, por cierto, una ancha paradoja donde intervienen los números, las letras con sus repeticiones y ecos, una cantidad sensible de azar y otra inagotable de combinaciones.

De esa abigarrada mezcolanza proceden todos los juegos de este mundo, como la quiniela, la lotería, el prode, el bingo, el billetón, la ruleta, y todos los que empezarán a jugarse si cualquiera de ellos variara su posición en el escaparate de la vida.

Falta aclarar, sin embargo, que los peligros de ese juego son tan numerosos como sus combinaciones, porque muy bien puede ocurrir que durante el curso de un escrito las palabras renieguen de sus formas, y se vayan convirtiendo en un desierto de arenas tan radiosas, que sean capaces de enceguecer a puro brillo.

O la muerte, por ejemplo, que muchas veces es atraída por el número que la representa, deliberadamente omitido aquí por razones obvias.

O las premoniciones que tienden a adelantarse a los hechos mismos, haciendo que las cosas sucedan al revés de como tendrían que haber sucedido.

O la consonante que cuando es desplazada de su habitáculo original abandonando allí sus raíces, puede ocasionar que todos los sentidos confundan su naturaleza.

Entonces se escucharía con la nariz y se hablaría por los ojos y el tacto quedaría reducido a una mera intoxicación química. Y quien sea sería un caso de circo de por vida.

Hay incluso hechos reales insertos dentro de otros que no lo son, o que son simples obstáculos puestos allí con el propósito evidente de retardar lo más posible la comprensión final.

Pese a todo, no en seguida sino muy lentamente, la Verdad se te irá arrimando. Con los ojos de los ciegos la verás como una sucesión de transparencias disipándose apenas formada.

Una incipiente claridad a la que intuirás sin poder asirla aún. Porque hay una etapa de purificación que todavía debes cumplir.

Un proceso con cinco callejuelas simultáneas que simultáneamente intentarán hundirte en el desconsuelo, en la depresión, en el desencanto, en la desmoralización y en el desenfreno.

Todo eso tendrá que ser superado antes de que sientas ese alivio que sólo es dado sentir cuando las murallas que custodian lo buscado se desplomen ladrillo tras ladrillo, para ser reconstruidas luego con ladrillos transparentes.

Entonces sí accederás al centro mismo de un primer secreto, que a su vez será centro de otro y otro más, hasta llegar por eliminación al Secreto con mayúscula: una sustancia cósmica construida con los reflejos de Dios, que no sólo contiene a todos los secretos del Universo, a la creación entera y a lo que aún falta crear, sino que comunica el conocimiento inmediato de todas las cosas que serán, que son y que alguna vez fueron.

No dispones de mucho tiempo, era la recomendación final. De manera que debes obrar con prisa. Y sólo cuando tus interrogantes ya no sepan hallar respuestas, sólo entonces acudirás donde Zenón Rojas.

Personaje a quien varios decenios de iluminación teológica, metafísica, gramatical, y matemática, le infundieron la pericia necesaria para despejarte cualquier duda que puedas tener al respecto.

Lo que siguió fue una hipertensión arterial que le descalabró la sangre. La sentía rebullir e irse a pique. La sentía escapándosele a borbotones de las venas, por alguna de esas goteras que nunca han de faltar.

Entonces, cuando la viscosa sensación de estar bañado en sangre le había llegado ya hasta la cintura, y amenazaba con inundar la habitación entera, entonces fue cuando Nicasio resolvió acercar su corazón a Dios. Para implorarlo no en nombre de su indigno nombre, sino en el de su devota madre Adelaida, que le otorgara la gracia instantánea de un aumento en su ración de aire.

Puesto que el que ahora le entraba por las narices resultaba demasiado angosto para contener tanta opresión.

A un punto tal lo ganaba aquella asfixia, que el mismo catre de cuartel que lo veía no dormir, lo escuchaba también ahogarse enredado en su propia tos.

Tos diurna es señal de que tus bronquios van derecho hacia la urna, empezaba a repetirse mientras deshojaba y se comía una tras otra las indolentes pulsaciones del reloj de extracción desconocida que adornaba su muñeca.

Y aquel tiempo encallado entre segundos que en lugar de avanzar reculaban como si hubieran estado ebrios, no solamente hacía que su desazón fluyera sin interrupciones, sino que además contribuía a destacarla con fulguración mucho mayor.

Prefiero morir de golpe, se repetía luego, a estar muriéndome de a retazos, o de a migajas, que para el caso venía a ser exactamente lo mismo.

Ya no era sino un espectro deambulando hasta que por fin sonaba la hora en que se iba a «La posta del placer» a cumplir con su castigo.

Si no es mucho preguntar, ¿dónde se encuentra su pareja?, le inquirió aquella primera vez la aprensiva doña Coca, cuando lo vio entrar tan solo y tan decidido a seguir estándolo, que lo más bien permitía suponer que, por algún desperfecto hereditario, esa moda ya venía imponiéndose a sus genes desde quién sabe cuánto antes de que su madre lo pariera.

Pobre hombre. Llegar a un sitio como éste en semejante situación de desamparo, sólo podía equipararse a la cuadrículada insensatez de pretender ir a la guerra olvidándose del arma.

Pero la suma que en aquel entonces le extendió Nicasio fue tan generosa, que en seguida quedó reconciliada con el proceder no muy ortodoxo del polémico cliente.

Al fin y al cabo, la presente democracia concedía a cada quien el derecho a llamear, crepitar e incinerarse a la temperatura preferida, y en la hornalla que mejor se aviniera a su carácter.

O inclusive hasta apelando al recurso del autoincendio, que era el fuego más cercano y el único cuyas brasas se encontraban siempre listas, siempre a punto de chisporroteo.

Como parecía ser el vicio del insólito hombrecito, cuya manera de sudar no era propia ni de la hora ni de la época, y cuyas segundas intenciones ya podían apreciarse al primer golpe de vista. Por más que él tratara de esconderlas por detrás de aquellos ojos que portaban gruesos lentes.

Lo más oscuro de su aspecto y quizá lo más temible residía sin embargo en aquel siniestro portafolio que le calzaba exactamente como un baúl de muerto, sin una exageración de más ni de menos y sin ánimo de ofender al muerto.

Qué tendría que ver el maletín con las segundas intenciones de su dueño, se interrogaba a sí misma doña Coca.

O «La posta del placer» con ese hombre que parecía haber desterrado la palabra sexo de su anatomía, y de haberla sustituido por una desnutrición tan desolada que ni siquiera proyectaba sombra.

Con tal de que el mentado portafolio no fuera sino una treta de la que se estuviera valiendo para ocultar algún animal.

Porque antes de que siga usted avanzando y para evitar posteriores divergencias, quiero que se le grave bien clarito, que en esta casa, distinguido caballero, los perros, los gatos, los canarios y las tortugas, están tan prohibidos como esos patoteros que llegan armando una tormenta, y se retiran dejando cuentas impagas y las paredes acabadas de pintar chorreando obscenidades.

Aquí no se cuele un solo animal, recalcó algo ofuscada. Ni aunque traten de sobornarme con lingotes de oro.

Bastante había tenido que lidiar con su difunto esposo, que sin duda fue el peor de los animales, y cuya sola evocación atizaba otra vez aquel rencor que le seguía fermentando en la boca del estómago.

No es que desconfíe de usted, ni mucho menos, pero mi dinero me lo gana honradamente, con el puntual pago de impuestos y el debido temor de Dios.

Por lo tanto, he de tomar mis precauciones, al menos si deseo mantener el equilibrio entre lo que nobleza obliga y la multitud de obligaciones generada en el modus operandi de una clientela, cuya nobleza no era dada ciertamente por la sangre. Sino por cuánto lujo podían contener esas como cuevas de Alí Babá y sus cuarenta salidas, en las cuales parecían converger las desviaciones harto sospechosas de sus insondables bolsillos.

Mi trabajo no es nada fácil, no señor. Hay tanto delincuente suelto, tantos detalles que atender, tantos dólares que hubiera querido lavar en lugar de estar aquí lavando puertas, lavando injurias, lavando baños y sábanas al por mayor.

Tanta desventaja en ser una mujer que virilmente se costea su cotidiano pan y el de sus cotidianas hijas, que no sé si vale la pena que me siga marchitando a plazo fijo.

Y si con un decir campesino hubiera debido abarcar la totalidad de su desgracia, el más acertado sería: tanta tierra para tan poco cultivo.

Porque de eso obviamente se trataba: de una fatalidad y también un desperdicio toda la pasión que ella aún conservaba intacta, y que de buenas a primeras se le había quedado sin propietario.

Y cuál era la única vía de escape con la que podía contar una viuda como ella, irreductible y digna, sino aquella que sin ninguna transición la ingresaba en la comarca humeante y taciturna de las amortajadas vivas.

Y quién iba nunca a sospechar que mientras por fuera sonreía amablemente a los clientes diciéndoles hola qué tal y qué luna tan espléndida que se refleja hasta en la cama, era por su andurrial interno por donde se le desataba aquella otra identidad inflamada con deseos cada vez más turbulentos, cuanto menos se conformaba ella con la idea de pasar la lenta vida inflamándose tan sólo a punta de resignación cristiana.

Y si ponerse a fantasear con todo eso significaba de por sí un desafuero, estaba dispuesta a someterse sin remordimiento alguno a tan bendito desafuero.

Pese a todo, tenía a mucha honra ser la dueña del local más concurrido del barrio.

Claro que mentiría si no reconociera que ese era un logro privado para llegar al cual se había visto forzada a recorrer mucho camino, hacer de tripas corazón para enfrentarse a muchas quejas, y sofocar a pantallazo limpio la pestilencia de un sinfín de habladurías.

Todas ellas malignamente engendradas o por la competencia o por la corporación esa de mojigatas que tanto alarde hacía de su inmaculado nombre, siempre a expensas del honor ajeno, que parecía tener a su cargo la Superintendencia y Contraloría General de toda la pureza que Nuestro Señor Jesucristo esparció sobre la tierra.

Pero aquellos percances ocurrieron sólo al principio, porque a los últimos vecinos que intentaron derribar su buena estrella recurriendo al juego sucio de las solicitadas, se los sacó de encima con el apoyo de un senador demócrata cristiano.

Benemérito y pundonoroso caballero cuya democracia no iba más allá de donde iban sus veleidades amorosas y su fanática adicción a ciertos ungüentos orientales, que indistintamente servían para desaparecer las canas y reactivar los impulsos amorosos.

Pero cuya sagacidad política al final prevaleció sobre todos los cacareos municipales y los Ave María Purísima de las sin pecado concebidas.

También don Nicasio hubiera faltado a la verdad de haberse negado a admitir que el hilo de tan vehemente y colorida verborrea fue varias veces perdido cuantas veces le cupo la maravilla de volverlo a recuperar.

Y sólo se permitió intervenir aprovechando el agua fresca de aquel pozo de silencio en que se hundió de repente doña Coca. Como si se le hubiera secado el aliento para poder seguir.

Puede quedarse tranquila, le dijo con la intención de restituirle el ánimo, siempre y cuando no le fuera restituido el habla, al menos mientras no se le cortara a él aquel brote de dolor que le había despuntado en la cabeza.

Puede quedarse tranquila, insistió, porque no pienso causarle ninguna molestia ni alterar en lo más mínimo las leyes de su gobierno.

Y cuando ya aquel pasillo se tornaba interminable y al muchas gracias de ella ya lo había asimilado el olvido, dieron por fin con la habitación 309.

Esta puerta, se condolió consigo mismo Nicasio, que normalmente se abre para conducir a los amantes a ese cruce iluminado en que ambos cuerpos rozan a la vez la muerte y la ascensión a los cielos en la voluptuosidad del placer, es la misma putañera puerta que pronto le estaría cerrando a él la perspectiva de acceder a cualquier felicidad, por chata y efímera que fuese.

«Favor no molestar que el amor está trabajando», rezaba el grotesco cartelito debajo del cual lo despidió doña Coca con una frase que más tarde habría de funcionar entre ellos a la manera cariñosa de un genuino santo y seña:

Bueno, aquí hemos llegado. Póngase cómodo, don Nicasio. El cuarto es todo suyo, y para lo que sea y cuando sea, me da mucho gusto ponerme a sus gratísimas órdenes.

Si esta mujer supiera lo que me pasa a mí, lo que le pasa a ella quedaría reducido al tamaño de una arveja, razonaba Nicasio mientras leía con avidez el testamento.

La tarde entera se le iba en resolver el intrincado mecanismo de aquel texto que nunca decía más de lo que decía:

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

A través de este testamento íntegramente redactado de mi puño y letra, quiero dejar constancia que yo, Rafael Gutiérrez Sosa, nacido en la Provincia de las Indias Orientales, el 22 de octubre de 1807, hijo legítimo del finado Marcelino Gutiérrez y de la también finada doña Candelaria Sosa, quebrantado en mi salud física a raíz de la dolencia que Su Majestad se ha servido mandarme, la cual por la gracia de Dios no ha afectado mi sano y entero juicio; aceptando a corazón abierto todos los Misterios, los Preceptos y Sacramentos que constituyen los pilares de Nuestra Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, en comunión de cuya fe he vivido y pretendo también morir, e invocando el auxilio de Nuestra Madre María Santísima, refugio de los pecadores y abogada mía especial, del incansable protector de mi existencia: el Santo Ángel de mi Guarda, y el de todos los demás Santos que conforman la Corte Celestial, dispongo, ordeno y declaro mi última voluntad bajo las cláusulas que a continuación se detallan:

1) Nombro como Albaceas para el cumplimiento de las mandas que incluye este testamento a los doctores Francisco Bogado Mena y Eleuterio Maidana Franco.

2) Declaro estar sacramentalmente casado con Anastasia Burgos, comúnmente llamada Taní, en cuyo matrimonio procreamos y hubimos por hijos legítimos a Mario Rafael, Rebeca Concepción, Juan Raúl y Ernesto Javier.

3) Para el caso de mi muerte, expreso mi voluntad de ser amortajado con el hábito de la congregación franciscana, velado en mi muy amada Parroquia, y sepultado en la cripta que indiquen mis Albaceas.

4) Asimismo quiero dejar sentado que en lugar de discursos luctuosos y coronas funerarias, todo el oficio se limite a ser cantado con misa de cuerpo presente, y con cuantas misas y novenarios pudieren celebrarse por la salud sempiterna de mi alma. Siendo mejor que se manden decir las dichas misas a la brevedad posible, por lo que hubiere lugar. En cuanto al monto de las limosnas ofrecidas por las mismas, deberá quedar supeditado a lo que señale mi viuda.

5) Asimismo declaro que es mi voluntad beneficiar con mi porción disponible a mi querida y adorada esposa Taní, como muestra de agradecimiento por el inmenso cariño que me ha tenido, por su fidelidad sin límites y su abnegación en la crianza de los hijos y el manejo de la casa.

6) En lo referente a mis hijos Mario Rafael, Rebeca Concepción, Juan Raúl y Ernesto Javier, manifiesto mi voluntad de que ellos, en su carácter de herederos legítimos, reciban la parte de mis bienes que por justo derecho les corresponde. En este punto quiero no obstante aclarar, que hallándose el llamado Ernesto Javier, menor de mis cuatro hijos, todavía en la edad pupilar, nombro Tutor del aludido a su tío y padrino: el Escribano Euclides Amarilla Vega.

Pongo a Dios por testigo de lo que acabo de expresar y a cuya misericordia me encomiendo y encomiendo mi alma. Fechado, escrito y hecho de mi puño y letra, en la Provincia de las Indias Orientales, a los veintinueve días del mes de Agosto de 1897.

Firmado: Rafael Gutiérrez Sosa.

Arqueado el espinazo y concentrada la atención sobre aquellos jeroglíficos, Nicasio los medía por su espesor, a puro instinto los agrupaba.

Tejía y destejía conjeturas, sin poder determinar aún cuáles eran las verdaderas y cuáles se columpiaban a orillas de lo que no era el oasis que parecía, sino una trampa donde en cualquier momento podía caer.

Había frases esquivas, de hocico corto y largas patas, y otras que ondulaban entre llanuras muy hondas y picos que de seguir en vías de tan notable crecimiento, acabarían sobrepasando la vigilancia cósmica.

Con mucho cuidado avanzaba por aquella sinuosa caligrafía, cuyos caracteres por momentos se movían en diligente sincronía de hormiguitas previsoras.

Y por momentos transmitían la impresión de ser calles que estuviesen anudadas entre sí con cordones de personas caminando.

Despacio, tanteando el suelo de este renglón para no tropezar con las barreras del párrafo siguiente.

Y a medida que creía ir quitando de las palabras el velo que las cubría, sus observaciones empezaban a tener sentido, a adquirir forma, color, autonomía.

El instante de la revelación aún se encontraba lejos, pero todo se perfilaba más y más delicadamente.

Era todavía una verdad a medias, un prelude cuya sombra pasaba errante, como la sombra de un jilguero sobre la inquieta limpidez del aire.

¿Y de qué manera una sombra sin peso ni consistencia hubiera podido ser amarrada con varias vueltas y nudos para que no se desgranaran sus piezas? Era la pregunta que añadía una confusión más a ese mar de confusiones en que se debatía Nicasio.

Todo lo que haga será inútil, se decía. Porque aquello que intuía con el corazón e intentaba aferrar con el lado izquierdo de su cerebro, irremisiblemente se le escabullía por quién sabe cuál fisura que acusaba en el derecho. Y la oscuridad agazapada bajo el ropero aprovechaba el descuido para escapar.

Primero en gotas menudas y adoptando luego la apariencia de un cuervo con las alas desplegadas, la oscuridad lo iba invadiendo todo: las flores de la cortina, el pabellón de su nariz, el tono marfil de sus pantalones, los rasgos de su pasado. Incluso esa voz que había empezado a insinuarse allí, encerrada entre las cuatro paredes del vidrioso testamento, acababa consumiéndose con los restos de la tarde.

La oscuridad no es tan mala como parece, le había afirmado no hacía mucho el oftalmólogo que lo atendía. A modo de consuelo tal vez, al constatar la forma alarmante en que le había evolucionado la miopía.

Porque sin oscuridad, continuó profetizando el oculista, no existirían parámetros para medir las bondades de la luz, y probablemente el andar de la humanidad se encorvaría a tal extremo que volvería a asumir la posición cuadrúpeda.

Más recordaba Nicasio aquellas palabras y menos ciertas le parecían. En primer lugar, porque de no haber sido por esas dos llamitas suyas, que con ser miopes y todo le seguían batallando en las pupilas, tan impenetrable se habría vuelto la tiniebla que hasta cesaría de saber quién era él mismo.

Y en segundo término, porque para colmo de los colmos, la susodicha negrura debía contener alguna droga que lo dejaba medio atontado y con tendencia a la ensoñación.

Todo se desvanecía entonces en la misma nada en que se desvanecen esos sueños cuando un ruido cualquiera rasga su frágil envoltura, regresándolos por el cauce de la misma somnolencia, otra vez al punto cero.

Le habían asegurado que el testamento sería su salvación, su único remedio, y he aquí que el tal remedio no era sino una manifestación todavía más temible de la misma enfermedad.

Dos mil años podría pasarse intentando descifrar el enigma escondido en aquellas páginas, y dentro de dos mil años ellas seguirían emperradas en no decir nada más ni nada menos de lo que ya venían diciendo.

¿Y era sólo una alucinación la que lo inducía a creer que a medida que se debilitaban sus fuerzas las complicaciones del testamento se reproducían con tal rapidez que amenazaban con desbordar toda medida?

Sea como fuere, lo recorría un sudor helado de sólo pensar cuántas combinaciones podían hacerse con todos los números consignados en esta tierra y las veintitantas letras del alfabeto.

Teniendo en cuenta no sólo el juego continuo y discontinuo que se verificaba entre ellos, sino también sus repeticiones, sus ecos, sus antagonismos raciales, idiomáticos, y quién sabe cuántas excentricidades más.

Porque muy bien podía ocurrir que el tal Secreto estuviese no donde debía, sino recluso, por ejemplo, en la palabra Coca Cola.

O que fuese algo obvio, ya no visto de tan visto. Un vaso tal vez, un jazmín en un florero. O algo que surgiera ante sus ojos de un modo espontáneo, como la luz, un vendaval, o la soledad de aquel cuarto creciendo en proporción directa de una humedad que se trepaba a las paredes con fruición de enredadera.

Todo confabulándose para hacerle todavía más insalubre el encierro. La cama con una colcha de un azul algo gastado, que recobraba sin embargo su prestigio al compararlo con el desvaído azul del biombo encubridor.

Llamado así por esconder la única comodidad que, al decir de doña Coca, exigían los clientes: un bidé con una sola canilla habilitada y tan desfigurado por el óxido, que nadie se hubiera arriesgado a establecer con precisión el color original de tan beatífico artefacto.

Y acodada en ella misma, una ventana de barrotes coloniales, especialmente concebida, al parecer, para reemplazar por aire nuevo aquel hedor sofocante extendido sobre el aire que envejece en cautiverio.

Sin embargo, aún persistía por debajo de las florecidas ráfagas del desodorante ambiental, aquel otro aliento cuya tibieza había logrado sobrevivir a los más encarnizados métodos de exterminio, y fluctuaba alejándose y acercándose como si hubiera sido un vals.

Nicasio lo percibió desde que puso un pie en la habitación, pero no como un olor único y definido, sino como una mezcla abigarrada de varios olores superpuestos.

El que exhalaban los cuerpos al consumarse el placer, el de las muchas infidelidades almidonando la penumbra en estrecha conjunción con el aroma dulce de los azahares del patio; el de los suspiros matinales de la cebolla, el ajo y el perejil, que al atardecer emigraban de la cocina y venían a refugiarse bajo el clima caldeado de las sábanas.

Allí donde acababan fundiéndose, por un lado, el ácido sulfúrico emitido por las huellas de los pecados de la carne. Y por el otro, el olor confidencial de algunos secretos de Estado, que sin querer se escurrían entre caricia y caricia.

El resultado final era a un tiempo dos cosas: un hálito tan vasto y tan profundo que quizá fuera anterior al olfato de los hombres. Y un aturdimiento tan vasto y tan profundo que a Nicasio le empezaba en la planta de los pies.

Lo escalaba como si hubiera sido un tronco. Se le colaba por los rincones más privados, erizándole la piel y encabritándole las ramas. Hasta finalmente sumirlo en aquel catastrófico estado de exaltación sin alivio.

Pensó: una cama sin amor es como ver morir un campo, agrietado y seco, calcinándose al compás de su propia sed.

Y lo que todavía era peor: no pudiendo hacer nada para resolver ni la sequía del campo ni la que lo hacía sentir como si en el hueco donde debía estar el corazón, le hubieran practicado un trasplante de arpillera.

Habría querido no estar en semejante enredo sino compartiendo la cama con alguna mujer. Apretados el uno contra el otro para entibiarse mutuamente. Para sentirse todavía vivo.

Hubiera querido cegar las cerraduras por donde lo espiaban cientos de ojos, y acallar todas las voces que hablaban a sus espaldas.

Al principio sin pasar del cuchicheo, y conforme la imaginería popular cobraba fuerza, se ponían a berrear sin control ni disimulo, suponiendo los disparates más insólitos, pintándolo con los más negros betunes, y bautizándolo con mil apodos, a cuales más humillantes.

Y de pronto era un cínico, y de repente era el sádico que había elegido «La posta del placer» para solazarse en el solitario festín, del que se apresuraba luego a desaparecer las pruebas.

Todos diciendo cosas con el ánimo de encontrarle una explicación al fenómeno. Total, el tema se prestaba para infinitas variaciones.

Mientras él debía aparentar no darse cuenta de nada. Estaba harto de fingir y de moverse en aquel campo minado donde un solo paso en falso y ¡zas!, lo tendrían que juntar en cucharita.

Harto de avanzar a razón de un milímetro por siglo, que en realidad era lo mismo que marchar hacia atrás.

De modo que si se le hubiera dado por reconstruir el trayecto lineal de lo que hasta ahora había logrado, estaba seguro de que ni siquiera llegaría a completar medio renglón.

Y cuando más decidido estaba a abandonar aquella locura, a detenerla de una vez por todas y a sentarse esperando lo peor, entonces fue cuando le vino a la memoria el nombre de Zenón Rojas.

Y resolvió arriesgarse una vez más. Al fin de cuentas, después de tanto no haber acertado con ningún tipo de salida, ¿por qué desaprovechar ahora aquella que quizá fuera la última?

No le costó mucho trabajo ubicar su dirección, ya que Zenón Rojas, además de ser reconocido como un virtuoso del peinado epocal y posmoderno, lo era como propietario de una cadena de peluquerías que gozaba de gran predicamento entre todos los varones del país: desde el más encumbrado hasta el último.

Seducidos quizá por su espíritu innovador, sus precios adaptados a cualquier bolsillo, y la destreza casi mágica con que manejaba tanto el peine como las tijeras. A los cuales el consenso popular acabó atribuyéndoles el mismo efecto sedante de las canciones de cuna.

Así era, pese a los categóricos desmentidos de la competencia. El peine iba por su lado y las tijeras por el suyo, y de ese dichoso desencuentro salía una música emoliente y curativa que, alargándose en suaves y cadenciosos pliegues, iba armando la estrategia de la que pronto se valió la clase alta para escamotearle el bulto a la realidad nacional.

Recurso muy saludable, por cierto, dado que permitía evadirse por un rato de uno mismo, de este tráfico, esta esgrima de todos contra todos, esta soledad del ciudadano en compañía.

Un terso y paulatino disolverse en la porosa antimateria de un mullido cuarto de hora, antes de integrarse nuevamente a las termópilas de este tráfico, este no saber cómo ajustarse los cinturones cuando ya no sobran agujeros, esta desocupación protuberante, estos huevos pretendiendo ser gallitos sin haber sido empollados.

Pero seducidos, sobre todo, por la certidumbre de que sus acólitos cumplirían las terminantes instrucciones impartidas por Zenón Rojas, en cuanto a no consentir ni peinados ni tinturas ni rebajes que no hubieran sido previamente consagrados por el último alarido de la moda internacional.

Tales como el jopo desflecado, la colita de padrillo, el recorte policía con un rígido mechón sobreviviente, y otros varios que él decía haber traído, junto a diez copas talladas y nostálgicas evocaciones, de distintos torneos del peinado realizados en Europa.

Lo más insólito, sin embargo, no radicaba en el hecho de que a la par de ser un sabio fuera un simple peluquero, sino en la presunción de que su éxito rotundo debió haberse iniciado en el mandato divino de que los polos opuestos se atraen.

Porque Zenón Rojas andaba con la cabeza tan patéticamente rapada que además de calvo, parecía ser, por momentos, pelirrojo, y de cuando en vez, albino.

Si bien su calvicie era, según sus propias afirmaciones, opcional y contestataria. Había renunciado a tener pelos y a comer carne como una forma callada de gritar contra los actos de barbarie colectiva. Esos que desangraban bosques e inmolaban animales sueltos sin tomarse siquiera la molestia de reponer sus defunciones.

Lo cierto es que nada había en aquel sujeto que no tendiera hacia lo inescrutable: su estatura mediana, su edad indefinida, sus gestos alternativamente vivaces y lentos, el baldío de sus cejas tanto más acentuado cuanto más exuberante se volvía el descontrol en que proliferaban sus pestañas.

Claro que todo su atractivo, razonaba conmocionado Nicasio, parecía provenir del oscuro magnetismo de sus ojos, que miraban como si estuvieran parados en una esquina viendo pasar lo que pienso, lo que creo y los muchos descreimientos que me han venido acosando desde mi adolescencia a esta parte. Con ese mirar renegrado y sin orillas Zenón Rojas se enfrentó a Nicasio el día que éste acudió a verlo.

Perdone, pero lo usual en estos casos es pedirle que se identifique, le dijo con una voz que por obra de quién sabe qué artilugio, también le nacía en las pupilas.

Se le ahondaba luego al descender por la garganta, difundiendo ligeras vibraciones oscilándole entre la manzana de Adán y la perita del coxis.

Me llamo Nicasio. Nicasio Estigarribia, tartamudeó apenas Nicasio.

Aunque evidentemente no era esa la clase de identificación que el otro precisaba, porque antes de completar el apellido ya estaba exigiéndole la carta, que por suerte la traía en el bolsillo.

No porque desconfíe de usted sino solamente como medida precautoria, le explicaba masticando con moroso deleite cada palabra, y haciendo chasquear los dedos en un quintuplicado festival onomatopéyico.

Espero que sepa comprenderme, puesto que antes de cualquier acción mi deber es vigilar en todas direcciones, tanto a los costados como hacia el frente. Y la carta es la única prueba irrefutable de que el interlocutor es válido.

Este es un asunto que obliga a no fiarnos ni siquiera de nosotros mismos, y donde la disciplina debe ser exagerada al máximo.

Y sólo a manera de ejemplo me gustaría informarle que alguien que sabía lo que yo sé, antes de mí, desapareció en circunstancias misteriosas por haber divulgado la consigna ante la persona equivocada.

No puede decirse, sin embargo, que utilicen la violencia. Su forma de trabajar ha sido siempre inmaculadamente limpia. Nunca se habrá percatado usted de ninguna mancha sospechosa. Ni de la más mínima siquiera.

Simplemente lo invitan a uno a bajarse del estrado, al cabo de lo cual ocurre aquello de que muerto el perro se acabó la rabia.

De todos modos, ya lo entenderá mejor cuando le toque el turno. Y ahora, si me lo permite, debo retocar este peinado por aquí y aquel otro por allá, dijo alejándose unos pocos metros, en tanto sonreía como lo hubiera hecho la mujer araña intentando conquistar al hombre lobo.

Era tan profundo el silencio que se había ido formando en torno de aquella escena, que se hubiera oído el choque menudo de un cabello contra el piso.

Esto acabó por descontrolar a Nicasio. Todo eso no era más que una locura: el testamento, doña Coca, «La posta del placer», y lo que ahora le escuchaba decir a aquel demente que se hacía pasar por peluquero.

Se estaba metiendo en las honduras de un juego que ya había trastornado a Zenón Rojas, quien posiblemente fuera el artífice de todo.

Mientras estaba ahí, con facha de superdotado, arrogándose la potestad de obrar prodigios y maravillas mediante un sexto sentido, que según él, se le había ido criando en la pulpa de los dedos.

Con ellas puedo palpar en el aire la memoria de lo pasado y la previsión de lo por venir, aseveraba con soberana displicencia. Y podía variar la trayectoria de los astros haciéndolos nacer del punto en el cual morían.

Y percibir de antemano por los gestos de cualquier cara las intenciones generadas por la usina de cualquier mente.

Y curar la decrepitud de la tierra con la aplicación intraterrosa de vacunas elaboradas en base a vitaminas antioxidantes.

Y hasta eran capaces de extirpar las infecciones satánicas recurriendo a abluciones que debían efectuarse en ayunas y con el cuerpo orientado al revés de donde estaban retenidos los cuatro diablos cardinales. Para que no se desataran contra la tierra, el océano, los árboles y las montañas.

Porque una de mis mayores virtudes es reconocer al Enemigo de una sola ojeada. Soy un término medio entre exorcista, peluquero, faquir, exégeta, siquiatra, meteorólogo, y adivino.

O si usted lo prefiere, un analista fervoroso del sistema cerebral. Operación que hubiera demandado larguísimos esfuerzos de no haber sido por la mini computadora que todo lo arreglaba en segundos solamente. Y que simulando un amedallado San Andrés pendiéndole devotamente del cuello, podía viajar con él a donde quiera que fuese.

Algo anda mal, reflexionaba Nicasio. Hay una pieza que no está calzando. Y sólo lograré salvarme si alcanzo a detectar qué es lo que no funciona. Dónde se encuentra la avería que permite llover más aquí adentro que allá afuera.

Pero qué difícil es esconderse cuando a uno lo acorralan mil espejos cuyo único escondite se limita a repetir hasta el hartazgo una indolente cofradía de individuos rebanándose el cabello.

Se oía un lloviznar muy quedo y una gran confusión de lenguas en el babélico interior de aquellos cristales, donde los rostros transmitían la impresión de estar armados en un collage de merengue.

Y donde entre bostezos aislados, lentamente iban surgiendo pectorales blancos, muchas cabezas oxigenándose en impecable formación castrense, el secador en posición de ataque, los cepillos atrincherados y el carey de sus cansados lentes empeñado en atrapar cada franja de crepúsculo deslizada entre estertores por la ventana abierta.

Estoy en un callejón sin salida, se lamentaban los espejos remedando el pensamiento de Nicasio.

Estás atrapado en las garras de Zenón Rojas. Él era sin duda la punta del ovillo. Él diciéndole que hubiera sido una imprudencia aventurarse en el país de los espejos. Ya que pronto empezaría a vislumbrar el mundo, no como lo estaba haciendo ahora, sino en una nueva dimensión y bajo un ropaje distinto.

Y asistiría a la maravilla de ver el testamento emitiendo luces y sonidos y adquiriendo un presuroso par de alas para lanzarse luego a vivir por su cuenta y riesgo.

No debes preocuparte pues por el camino del no comprender se va arrimando uno a la comprensión. Cuanto más nos alejemos de nuestro propio reflejo, de más cerca podremos apreciar ese instante luminoso en que la razón de nuestra vida es, al mismo tiempo, la vida de nuestra razón.

Los días de sopor y de contienda que te estaban asignados ya se han cumplido. Ahora sólo te cabe aguardar que sean las doce de algún día en que ráfagas esclarecedoras te abrirán las compuertas del cerebro a una especie de alborada. Un amanecer del conocimiento donde ya vendría implícita la chispa de la inmortalidad.

Vaya paradoja. Resulta que Nicasio se sentía con la soga al cuello, ya estaba dándose por muerto y a la vez estaba por obtener la visa que le estaría garantizando el acceso a la inmortalidad.

Respiró varias veces seguidas procurando entender lo inentendible, cuando de pronto sucedió algo imprevisto.

Paralizada de terror su nuca percibía el frío metálico de un revólver, empuñado por una mano que parecía deseosa de apretar sin más demora el gatillo.

Fuerte, muy fuerte cerró entonces los ojos, para no seguir viendo el horror que le subía del pecho. Pero corrieron los minutos y el arma no se disparaba.

Y cuando creía haber llegado al límite de su resistencia, cuando la herrumbre de la muerte se le había instalado ya en el alma, el piadoso estruendo de su propia angustia lo absolvía de aquel tormento.

Me falta afeitarme la otra mejilla y ajustar algunos detalles del peinado, antes de ponerlo a la consideración del espejo, le decía Zenón Rojas, o como quiera se llamara aquel coiffure falsificado, la modulación de cuya voz evocaba la catarrosa voz con que se ponía, a solfear el armonio de alguna iglesia olvidada.

Pero dormía usted tan plácidamente que me dio no sé qué despertarlo.

Sí, se había quedado dormido sobre la página de una revista. Sobre aquella breve nota cuya veracidad parecía tan evidente, que el examen más riguroso se habría visto en problemas para descubrir el engaño.

«Cuentan que un príncipe de las Indias Orientales, territorio ocupado hoy por Darbhanga, no volvió a conciliar el sueño después de haber leído el testamento de su padre».

Esta anécdota, al ser juzgada de lejos resulta del todo falsa, y a medida que la distancia se acorta puede tornarse verdadera sólo como explicación del sueño que al respecto tuvo Nicasio, quien en dicho sueño se ve a sí mismo asediado por Zenón Rojas. Y en la vigilia no sabe distinguir si la realidad es aquello que aconteció en el sueño, o si la vigilia es lo soñado.

A semejantes alturas, hasta lo imposible era posible y todo se volvía tan confuso que lo mejor era dejarse llevar por la correntada de otro sueño, remontando una vertiente inexplorada que lo fuese guiando, lentamente guiándolo hasta el cubil del Secreto.

O acaso los hechos no acontecieron así. Acaso se fueron complicando de tal forma, que al final toda esta historia parecía no haber existido sino como mera fotocopia urdida por los espejos, para distorsionar el sueño que nunca pudo soñar el príncipe de Darbhanga.

En cualquiera de los casos, el rito de hacer que se despierte un sueño puede ser tan breve o tan burocráticamente largo, que para lograr algún progreso que justifique tal adjetivo y aun tal adverbio, tal vez se hubiera precisado multiplicar por años luces el doble de las velitas que en octubre estaba por apagar Nicasio.

Versión del autoflagelamiento

Vivir la guerra por los diarios es muy diferente a vivirla en el campo de batalla, fue quizá la frase que inspiró a Nicasio aquel sueño en que el dedo acusador de la Divina Providencia le indicaba «La posta del placer» como el campo de batalla ideal para expiar allí su pecado.

El de haberse opuesto a hacer lo que cualquier hijo agradecido en su lugar hubiera hecho.

Es la fiebre, le dijo el que soñaba en la cama de al lado. A mí también me persiguió el mismo dedo cuando me fracturé la clavícula.

Don Nicasio Estigarribia, que no se hallaba aún repuesto de la operación de cataratas, ni acababa aún de consolarse por la ida sin retorno de su madre (a quien había defraudado repitiéndole día tras día que prefería verse muerto antes que atrapado en las complicadas redes del sacerdocio), sin ninguna duda supo que aquella era una decisión irrevocable y que jamás podría renunciar a ella.

Ya bastaba el tremendo antecedente que en segundo grado venía cargando la familia, con la ascensión prematura a los altares de Napoleón Ursino Fleitas.

Aquel pariente Obispo poseedor de un dominio tan exacto de la Biblia, que entre tallarines domingueros abonados con copioso vino tinto recitaba desde un sinfín de partituras, los diversos hechos ya ocurridos y también por ocurrir del Antiguo y el Nuevo Testamento.

Parecía refugiado en un Apocalipsis compuesto por el arrítmico toc toc toc del mecedor que por la siesta hamacaba sus ronquidos, y un poco después, la terrible predicción de aquellas plagas que iban poblando con visiones fantasmales el proceso digestivo de Nicasio.

«El que tenga oídos, escuche este mensaje del Espíritu a las Iglesias. Al que venza y se mantenga en mis caminos, le daré poder sobre las naciones, haciendo igual que yo, que recibí de mi Padre este poder.

Pero guay de los que no lleven en la frente la marca del Señor. Para ellos, el cielo se replegará como un pergamino que se enrolla, y no habrá cordillera o continente que no sea arrancado de su lugar».

Y don Nicasio se resistía a creer que su cuerpo, aquejado por aquel estreñimiento visceral y adolescente, ardería junto a la tercera parte de los árboles y de toda hierba verde.

La tenaz doña Adelaida, sin embargo, persistía en aquella mística ilusión, que al no obtener respuesta, acabó formando parte de una lista de deseos incumplidos, cuya variación alcanzó a ser tan intensa con el tiempo, que un buen día, cuando quiso revisarlos, ya no había en su interior ningún deseo sino tres úlceras sangrantes.

Fue esa la época que para despistar aquel ardor instalado en la boca del estómago, doña Adelaida adquirió la coloquial costumbre de comunicarse con los santos.

Sin el menor tropiezo ni recurrir a intermediarios, directamente conversaba con el parco San Cristóbal, con el locuaz San Benedicto, con San Buenaventura, con San Judas Tadeo, pidiéndoles que así como antes se habían confabulado en favor de sus empanadas, abogaran ahora todos juntos por sus nobles intenciones.

Tanta vehemencia puso en sus rogativas, que nunca pudo saberse si lo que al final obró el prodigio fue la oración de este mísero terrón humano a San Ignacio de Loyola, los arrodillados novenarios a San Francisco, o la acción mancomunada de ambas cosas.

Lo cierto es que pocas semanas antes del primer aniversario del deceso de su madre, don Nicasio empezó a ser acosado por unos remordimientos que asumieron esa forma nocturnal y sin descanso con que suelen operar las ronchas.

Entonces, tras haber intentado en vano mitigar su picazón sometiéndose a encarnizadas dietas vegetarianas, a sólo Dios sabe cuán extensa variedad de unguentos, y hasta a un rascador giratorio fundamentado en la rotación de la tierra, don Nicasio comprendió que ni las ronchas lograrían ser derrotadas ni él volvería a tener sosiego mientras no hiciera lo que cualquier hijo arrepentido en su lugar hubiera hecho.

Y de haber sido posible entender aquel suplicio, incrementado por la continua sensación de estar envuelto en la espectral fosforescencia emitida por el dedo acusador, tal vez hubiera podido comprenderse por qué es que don Nicasio decidió por fin romper la tela de su propio sueño, y encaminar su cutánea desventura hacia «La posta del placer».

Al verlo llegar con aquel imponente maletín, doña Coca lo tomó por uno de esos mercachifles que deambulan de puerta en puerta, ofreciéndole a usted, mi querida ama de casa, la más audaz tecnología en lo que a artefactos multiuso se refiere.

Maquinitas que al unísono servían para extirpar la barba y rasurar el pasto, jarabes para corregir la calvicie, anular las erupciones, favorecer las erecciones y predecir el futuro de quien ahora le decía buenas tardes utilizando una voz tan arrugada, que en seguida la condujo a doña Coca a razonar:

Ave María Purísima, este hombre o debe tener lombrices o debe estar calculando que rentar aquí una habitación equivaldría al sudor que tendría que sudar trabajando como esclavo un par de años.

Sólo después habría de saber que la idea que entonces lo animaba no era fruto de ninguna improvisación, sino de un extenso tête a tête mantenido entre él y su conciencia.

Por eso justamente estaba ahí, con el fin de someterse a un sistema de torturas dentro del cual sólo se permitiría una licencia: la declamación de sus versos preferidos mientras duraba lo que sería la expiación más estricta, más cruel y virulenta de cuantas habían sido registradas por la historia.

Quién demonios se ha creído que es usted para arrogarse la facultad de administrar justicia por su propia mano, tal si esto hubiera sido el Instituto Nacional del Escarmiento, le decía a menudo doña Coca, temerosa de que en tan comprometida situación, «La posta del placer» perdiera el prestigio y la calma de otros días.

Ya no insista, le replicaba él. Usted mandará en su casa y en la castidad de sus tres hijas, pero quien ha asumido la jefatura civil y militar de este negocio soy exclusivamente yo.

Fue inútil que doña Coca intentara disuadirlo apelando a sus mejores trucos de seducción.

Se vestía con su más desvestida indumentaria. Se adornaba con todas sus joyas. Se movía y la blusa se le descalzaba, descubriendo el inicio de donde concluía el límite boreal de su privacidad y empezaba la salvaje hegemonía de aquella zona sur, tan en discordancia con los otros sures del planeta, por su clima tropical y su anhelante vegetación.

Estaba visto, sin embargo, que nada de lo que ella argumentara, nada de lo que hiciera o dejara de hacer lograría abrir ninguna brecha en la resolución tomada.

Y de aquí en adelante, no me moleste usted por nimiedades, que voy a precisar varios lustros de rigor sanguinario para aplacar mi conciencia, y otros varios para abonarle la deuda que ya empieza a correr desde ahora.

Y su extraño proceder desencadenó un revuelo de estupefacción entre los demás clientes, muchos de los cuales llegaron a identificarse emocionalmente con él y a adoptar sus angustias como propias.

Todos querían ver de cerca a aquel mártir posmoderno que al cabo de algunas pocas semanas ya no tenía un milímetro de cuerpo sin torturar.

Aunque nadie con más exactitud que don Nicasio sabía que ese lapso, corto quizá si se lo juzga por el calendario, aumenta, se extiende, se ramifica, se ahonda, cuando su unidad de medida está centrada en el dolor.

Aquellos silicios, fabricados a imagen y semejanza del usado por San Cosme, se le hundían en la carne, produciéndole un dolor que al principio era gozoso, era humilde y tan discreto que podía simularse tras los cuadros, o integrarse al color de las paredes.

Sin embargo, a medida que la noche se afirmaba, don Nicasio iba entrando en aquella otra dimensión donde ya no había un solo dolor, sino una especie de sismógrafo capturando todas las formas que asumía el dolor humano.

Mediante una raya dibujada en la pared, él mismo iba contando las palizas que se daba con un rebenque de pegar a los caballos.

Cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve.

Ya está otra vez ahí, azotándose sin misericordia, le anunciaba la despavorida clientela a la cada vez más consternada doña Coca.

Aunque eso no era lo peor. Lo peor vendría cuando, con la misma devoción con que desgranaba los versos de Juan Ramón Jiménez, se pusiera a inmolar sus propios dedos en la pira del encendedor.

Hasta que la llama le acababa chamuscando el intelecto. Entonces ya no le sobraban agallas sino para repetir: a mi edad y con tantas aflicciones yuxtapuestas, ya no sé de dónde vengo y ni qué decir adónde voy.

Habla pasado por mucho más de lo que cualquier cristiano en sus cabales habría podido soportar: vértigos, convulsiones, delirios, mareos. Y cuando emergió del éxtasis final, a doña Coca se le hizo difícil aceptar que fuera el mismo a quien ella le aliviaba el sufrimiento, adicionando a las compresas de ternura, 27 granos de sal gruesa diluidos en media palangana de agua tibia.

Ni doña Coca llegó a saberlo nunca ni tampoco lo supieron las hijas, en qué momento don Nicasio dejó de ser quien era para ser el cura de la sotana desteñida.

El párroco de la habitación 309, como él mismo acostumbró a llamarse. El que en lugar de ese cubículo de perdición que era la cama, colocó asientos de madera que abarcaban el perímetro total de las paredes, con el propósito de brindarle mayor comodidad a la feligresía.

Y estableció un horario de ocho a doce para confesar a aquellos que tuvieran de qué arrepentirse, y de tres a siete para redimir los atardeceres de la casa con prácticas lecciones de cómo interpretar la Biblia.

Por ahora, lo esencial es admitir que casi nadie está exento de haber echado mano a alguna estratagema para eludir algún juicio por malversación de fondos.

Y no me refiero solamente a los bienes materiales sino a aquellos directamente emparentados con los bienes del espíritu.

¿Quiénes somos para andar jugando a las escondidas con el amor de Dios?

Pues si por la sangre de su Hijo hemos sido constituidos santos, con mayor razón nos veremos libres gracias a Él de la condenación.

Había tanta lucidez en todo lo que proponía, tanta dulzura en cómo trataba a la gente, que poco a poco doña Coca se fue desconveniendo de que en vista de que ese hombre andaba mal de la azotea, lo más cuerdo hubiera sido derivarlo al manicomio. Y otros muchos, en su presencia se olvidaban hasta de para qué habían venido.

Cada uno deberá poner su vida en punto muerto, y después enderezar el rumbo, predicaba. Porque cuando abran los ojos a la realidad se hallarán con los hechos consumados.

Así fue como «La posta del placer» fue perdiendo su perfil concupiscente y se transformó en Iglesia.

Se purificaron sus pasillos, se borraron los pecados capitales que quedaron resonando en los espejos, como una mala costra las obscenidades se desprendieron de los cuadros y hasta se volvió fácil encontrar su paradero orientándose por el olor a limpio.

En cuanto al campanario que le creció en el techo, más lo miraba y menos podía ser que fuera solamente un espejismo, razonaba conmovida doña Coca.

Cuándo se había visto un espejismo anidado por palomas que emprendían blanco vuelo cada vez que las campanas dejaban repicando sobre el aire la azul confirmación de que la fe de un solo hombre es muy capaz de estremecer el piso que venía ocupando una montaña.

Versión del General Celestino Robles

Por aquel entonces, y en cuanto a política se refiere, al partido de gobierno lo componían dos facciones que enfáticamente luchaban por la apropiación del poder.

El General de Caballería Agustín Celestino Robles, líder de una de ellas, se autoproclamaba el vencedor de una contienda de la cual próximamente emergería el democrático inquilino del sillón presidencial.

De igualísima manera se comportaba el candidato ubicado en la vereda de enfrente. Y en ese tire y afloje se estaba. Todo lo que una lista afirmaba haber hecho por encargo de Dios y de la Patria, era categóricamente negado por la lista opositora.

Mientras, el país chapoteaba en una densa neblina, no sabiendo quién andaba por detrás ni qué le depararía el día siguiente. Ya nadie vendía ni compraba nada. Se paralizó la industria. Se paralizó el comercio y hasta las prácticas amorosas habían quedado postergadas.

Ni en la Guerra del 70 se ha de haber dado con tanto ensañamiento este apagón sexual, esta cruel inapetencia que debilita mis finanzas, se decía compungida doña Coca. Y conste que ahora ningún ciudadano en edad de combatir había sido alistado para ninguna guerra.

En todos los idiomas las grandes potencias repetían que la paz mundial estaba plenamente garantizada, sí, pero en idéntica medida en que «La posta del placer» se venía quedando sin clientela.

Tanto era así, que ni siquiera al matrimonio Alderete se le daba ya por retozar con la misma asiduidad de antes. Ellos, que habían hallado en «La posta del placer» ese último refugio donde a través de lo carnal habían logrado penetrar en la esquiva interioridad de sus almas respectivas.

Y qué hubiera podido explicar la prolongada ausencia de Raimundo J. Paiva, cuya precisión asistencial era casi cronométrica. Ojalá los Diputados lo imitaran y de una vez por todas se pusieran a legislar de veras.

Y el inmedible silencio que había seguido a la desaparición de Eustaquio Zalazar Pineda y su más reciente y platinada adquisición: aquella escultural notandocella que además de lucir uñas postizas y un trasero que parecía modelado por la Escuela Nacional de Bellas Artes, se consideraba a sí misma una elegida porque se había dedicado a consagrar sus dones a la coproducción de videos pornos junto a caballeros de la tercera edad.

Pero nada podía comparársele al monumental vacío dejado por el General Celestino Robles, tan amable, tan coloquial y tan aficionado a no caer en la repudiada costumbre antimachista de que lo vieran siempre con la misma dama.

No me he casado nunca, mi querida doña Coca, en primer lugar, porque mucho mujerío me queda aún por recorrer, y en segundas nupcias, porque ninguna mujer reúne en una sola los diversos atributos que cabrían en la mujer perfecta.

Esas palabras ya no tenían ahora ningún sentido. Con tanta trepada del dólar y tanta incertidumbre flotando en el ambiente hasta las urgencias extramaritales parecían haberse apaciguado.

Cada quien fornicaba como Dios y el Vaticano mandaban, con programa restringido de productos nacionales. Y eso no resulta nada halagüeño si no se está preparado.

Y según manifestaciones del General Celestino Robles, el único culpable de todo ese desastre era el candidato de la vereda de enfrente. Ese cretino, pregonaba, el grandísimo hijo de puta que si continúa empecinándose de esa forma, acabaría por desencadenar luchas internas todavía más terribles que las que habían azotado al país desde la época de la independencia.

Y cuando la Justicia reconozca mi victoria, y seamos al final gobierno, vamos a trabajar todos unidos. No más miseria. No más niños de la calle. No más fenómeno del Niño

destruyendo los hogares. No más campesinos sin tierra, ni tierra holgazaneando sin nadie que la cultive.

Con la bendición de la Santísima Virgen y el consentimiento de Cristo Crucificado, vamos a actuar en gran escala para salir de esta corrupción, para erradicarla si es preciso con paredón y silla eléctrica.

Ya lo verá usted, mi apreciada doña Coca, le decía escrutándola desde la borrascosa noche de sus ojos negros.

Qué diferencia abismal existía entre este jinete que parecía avanzar a trote largo y un sabor de galope en la mirada y el que había venido en su reemplazo, el cual, viéndolo por donde quiera que fuese visto, evidentemente impresionaba como si jamás hubiera montado.

Debo ausentarme por un tiempito. Pero no se me vaya usted a poner triste, porque todo el que se va, tarde o temprano regresa. Tengo asuntos muy urgentes que arreglar, le había expresado el General aquel 11 de Septiembre, cuando ya se iba, quién le iba a decir que para siempre.

Con toda claridad lo recordaba doña Coca, porque fue precisamente a partir de aquella fecha que no lo había vuelto a ver.

Debo comunicarle que desde mañana vendrá aquí un hombre de mi confianza. Su nombre es Nicasio Estigarribia. Deberá darle usted una habitación confortable y tratarlo, desde luego, como si fuera yo mismo.

Todos juntos me abandonan, suspiraba dolorida doña Coca. Justo ahora que había ampliado la casa, dotándola de refrigeración central, alfombras que amortiguaban los pasos y música a la carta en cada habitación.

Justo ahora, que mediante ciertos artilugios de un refinado tinte masoquista, había logrado atraer a los amantes más selectos y representativos de nuestra sociedad.

Matronas y señoritas, descasadas y viudas, empresarios y artistas, civiles y uniformados. Todos de muy alta graduación y un elevado poder adquisitivo.

Justamente ahora, cuando se había hecho de fama y se había ganado el derecho de echarse plácidamente a dormir.

¿No sería la recesión aquella una vendetta divina por haberse involucrado en esas actividades non sanctas? Y de no ser lo que era en esencia, una nacionalista sin vueltas, tal vez no se hubiera consolado diciendo que hacer el amor también era una forma de hacer patria. Porque en ambas situaciones es preciso recurrir a la entonación de himnos para enarbolar banderas.

El desarme, por lo visto, era una enfermedad a cuyo contagio este hombre al que veía entrar de repente, resultaba ser inmune.

¡Virgen de los afligidos!, casi gritó, y no hubiera podido creer que fuera quien era de no haber sido por el amplio portafolio del que parecía estar colgado.

¡Otra vez don Nicasio Estigarribia!

Otra vez el mismo y por quién sabe cuánto tiempo, replicó acaloradamente éste mientras sin más trámites enfilaba hacia la habitación 309.

Y le aclaro que no puedo detenerme ni un segundo porque estoy muy retrasado, muy retrasa... y a la última sílaba estrepitosamente se la tragó el portazo.

¿Qué se traería entre manos este sujeto de teatral atavío?, se lo preguntaba doña Coca a sí misma y al no dar con la respuesta, un poco después se lo preguntaba a sus tres hijas.

Pero esa incógnita no sólo no podían resolverla ni Topacio ni Esmeralda ni Amatista sino que sin mediar explicación alguna, extrañamente había quedado estacionada sobre el hilo del suspenso.

Porque los rumores eran muchos: que alguna vez don Nicasio fue un escritor, que escribía por encargo toda clase de misivas, que la amistad con el General venía de muy hondo y desde muy lejos. Y hasta se llegó a maliciar que entre ambos no sólo había amistad sino también un parentesco del que nada se sabía a ciencia cierta.

Tampoco hubiera podido descartarse la existencia soterrada de alguna vil amenaza, bajo presión de la cual el pobre cristiano actuaba.

De lo que no cabía sospechas era que en algo muy dudoso y sin ruido andaba don Nicasio, porque al querer auscultar algún indicio a través de aquella puerta, varias veces doña Coca escuchó al Norte roncar anunciando lluvia, escuchó gemir a Sultán, el cachorro de Ña Rita, pero de lo que estaba pasando allí dentro nada se oía.

Toda la santa noche se estaba doña Coca hilvanando conjeturas, intentando reconstruir qué tanto hacía aquel hombre en la habitación 309. Todos los lunes. Todos los martes. Todos los miércoles y jueves y viernes y feriados y demás fiestas de abstinencia, allí metido sin asomar la cabeza.

Tal vez fuera adicto a lo que ella había leído hace poco acerca de un método etrusco para llegar en solitario a la consumación del placer.

Lo que quería saber doña Coca es por qué tendrían que remontarse a la antigüedad para escribir esas porquerías que a la vez de avergonzarla, le causaban aquellos largos estremecimientos, que empezándole en la nuca no se le aplacaban ciertamente en la planta de los pies.

¿No les bastaba acaso con el extenso material existente hoy en día?

Lo cierto es que el tal método consistía en que un ser humano cualquiera, que podía ser hombre o mujer, se permitiera la osadía de entablar relaciones epistolares consigo mismo, con palabras, que según explicaba textualmente el folleto, irían subiendo de tono, cada vez más escabrosas, más ardientes, más íntimas.

Palabras armando ceremonias de cuerpos que se encuentran, de piernas que se anudan y se engarzan procreando cada vez la sensación que cada cual prefiera.

Y donde antes ni siquiera se notaba alguna luz, empezaría a insinuarse un azulado vislumbre, un brotecito aún delgado de placer, aún muy frágil que andaría por la piel a trechos cortos, yéndose y volviendo con sus aleteos continuos.

Una pizca de calor intentando derretir la nieve en que habían quedado sepultados los sentidos. Y de ese contrapunto iría surgiendo una levísima poesía emitida por el cuerpo.

Algo a lo que al principio se le otorga rienda suelta, pero de inmediato se le pone freno, hasta reducirlo a un avaro y despacioso cosquilleo sin apresuramiento alguno.

Palabras con efecto retroactivo de lociones humectantes, sazonadas con exóticas especias que condimentarían la piel con una suerte de jalea resbalona y excitante.

Como si las frases diseñaran bocas que pulsaran teclas de deleite por aquí, o timbres de algazara por allá. Y todo el mundo circundante desvaneciéndose en ese acariciar tan lento y repentino de una lengua.

Lengua incendiaria y minuciosa recorriendo en toda su extensión aquel temblor calenturiento.

Porque sólo bastaba delectarse cada placer para alargarlo, para expandirlo en ecos saltarines comunicando a cada quien la duplicada impresión de ser primero terrenal y un rato después, etéreo.

Porque al llegar a cierta esquina, el aleluya sensorial pegaba una curva para recular un poco y corregir el rumbo, haciendo que al volverse paulatino y progresivo aquel dichoso bienestar se volviera también más duradero.

La gloria no era entonces un invento de los curas ni era apenas un sonido hueco, una percepción ideal a la que sólo arribaban las beatas y los santos.

La tarea demandaba la estática concentración de un místico oriental. Pero bien valía la pena retener lo que a duras penas ya podía retenerse.

Y sin soltarlo sujetarlo. Y entretenerlo sin perderlo aunque pareciera estar ya a punto del derrame.

Por un buen rato, mantenerlo firme y contenido, no por nada, desde luego, sino con la intención de ir encandilando ciertas zonas hasta volverlas brasa, sol, astro candente.

Lo que llegaría a echar por tierra el argumento hindú de que cada vientre es el aposento natural de cada alma.

De cada infierno hubiera sido más correcto indumentar.

Pero todavía ahí no se acababa todo. Aún faltaba que cada quien enderezara el pecho encomendándose al patrono hacia cuya veneración cada cual era devoto, echando luego la cabeza para atrás mientras la totalidad del cuerpo era corrido hacia adelante. Tensar después los músculos y mantenerlos bien tirantes para que el impacto del disparo de cañón lo fuera a alcanzar de pleno.

Y saliéndose de madre, aquello que dejó de ser remanso para tornarse remolino, convertiría el sitio del amor en un típico y desviado Pilcomayo. El exuberante río aquel que comenzó siendo tan nuestro y terminó al final por ser ajeno y angostito.

Como absolutamente ajeno a cuanto lo rodeaba y desconectado incluso de sí mismo, quedaría todo aquel que se prestara a participar en tan gratificante experiencia.

Cuán equivocada había estado entonces doña Coca al creer que en aquel método etrusco del amor sin compañía, venía gastando sus mañanas, sus tardes y buena parte de sus noches don Nicasio Estigarribia.

Cómo había llegado a ser tan torpe en no descubrir la mentira nauseabunda de que, en honor a la verdad, aquel sujeto era un espía.

Sin embargo, buen cuidado tuvo doña Coca de no comentar con nadie lo que había observado aquel martes a través de la puerta semidescuidadamente abierta.

Un aparato con una hilera incalculable de botones y otra similar de enmarañado cablerío, conectado al cual se hallaba don Nicasio a través de dos audífonos.

Y toda la vida que parecía faltarle a la mirada se le había trasladado a las orejas.

Porque mientras los ojos se mantenían imperturbablemente fijos, mirando hacia ningún lugar del espacio, las orejas habían perdido su condición de orejas para convertirse en dos radares que vigilaban atentos, concentrados, en actitud dolosa de estar oyendo lo que el artículo 407 de nuestra Carta Magna terminantemente prohíbe.

Tan ensimismado se hallaba don Nicasio, que ni siquiera percibió el insistido ¡Dios Bendito! que la insólita visión había hecho exclamar a doña Coca.

La pobre mujer ya no tenía edad para sufrir ese cóctel de emociones, que hubieran sido catalogadas como demasiado fuertes por su cardiólogo de confianza.

Para tener bajo control la presión de sus arterias, le recomendaba puntualmente en cada consulta, debía no tener ningún tipo de disgusto, debía no fumar ni siquiera un cigarrillo,

debía no consumir más sal de lo conveniente, debía no exagerar con las comidas grasas y, sobre todo, lo que más sacrificio le costaba: debía no consentirse el espeso placer que le procuraba el vino tinto en su lujurioso transitar por la garganta.

Trasladando otra vez el escenario hasta la habitación 309, y sin todavía poder creer lo que veía, doña Coca apoyó la convulsa espalda contra la pared, se secó el sudor que le anegaba el escote, en un impulso indetenible alargó un poco más el cuello, y ante su cara estupefacta apareció aquel otro aparato mucho menos complejo que el aparato anterior.

Lo componían dos pequeñas cintas que en tanto giraban y giraban sin descanso, dando a entender en cada giro que tenían cuerda para rato, de manera clandestina a su vez eran captadas por el corazón receptor.

Corazón es lo que le andaba sobrando a doña Coca. Toda ella era una extensa red de corazones distribuidos, que se expresaban con la misma letanía pero en sitios diferentes.

Ahora mismo, ya no estaba el corazón donde debía sino repartido en un sinfín de campanitas repicándole en las sienas, en la punta de los senos, por debajo de la axila y en el cuenco de los pies.

Mientras, ella cavilaba que además de un atentado contra el irrestricto usufructo de la libertad alámbrica o inalámbrica que adquiere cada individuo en edad de telefonar, don Nicasio se encontraba en flagrante comisión de aquella fechoría tan abordada últimamente por la prensa: el tan mentado e inmoral fonopinchazo.

Procedimiento mediante el cual, todos los trapitos sucios salían a ventilarse al sol. Todos los pasos dados ayer y que en un futuro próximo estarían siendo dados no sólo por el actual Comandante en Jefe, sino por quienes componían su escolta, y hasta los miembros de su Gabinete.

Todas las intenciones golpistas o de cualquier laya que hubieran cruzado por la mente de cualquier militar, estando éste en servicio activo o inactivo, daba lo mismo.

Sin que tampoco importara saber a qué armas pertenecían, y mucho menos a qué rango ni a cuál veleidad política cada quien era propenso.

Pero lo peor del caso era que la tal suciedad también salpicaba a las correspondientes esposas, a las madres, a las suegras, a las nueras y cuñadas de los que eran sometidos a tan despreciable chantaje.

Cómo había sido capaz doña Coca de jugar por tanto tiempo al compás del General sin haberle descubierto el juego.

Pero, sobre todo, cómo pudo confundir con sexo ese mismo revolcón de siempre en el mismo muladar político, la misma angurria insaciable del poder, la misma ambición desmedida por figurar en la repartija oficial con algún jugoso negociado.

Doña Coca había arrastrado ya mucha existencia y sin embargo, nunca había estado metida en un lío de semejante envergadura. Tener allí a aquel hombre con las manos en la masa de un hecho delictivo, era aún mucho peor que estar sentada sobre un barril de dinamita.

Y la palabra dinamita la conectó a la idea, terrorífica por cierto, de que tal vez don Nicasio fuera también un experto en esos explosivos usados en la fabricación de bombas.

Una y otra vez y hacia uno y otro lado, meneó doña Coca la cabeza, como para sacudirse los nefastos pensamientos. Alejarlos de una vez por todas. Que se fueran con la verdadera identidad de este embaucador sin escrúpulos, este soplón de mierda. Porque ser delator era evidentemente su oficio, y su única ambición era sacarla del negocio para después, con todo descaro, instalar allí su taller.

Déjate ya de temblar como se ha puesto a temblar todo el planeta ante los desplantes de un ex militar, se dijo doña Coca para darse fuerzas. ¡Vamos! ¡Anímate!, que hasta el más valiente tiene también un lugarcito donde le aflora el cobarde.

Acto seguido se preguntó qué iría a suceder si al enterarse «el que sabemos», le enviara una patrulla con orden o sin orden de allanamiento. Para armar un revoltijo y al final dejar los placares todos abiertos, la ropa sembrada al voleo por cualquier parte, lo que había estado aquí, por allá, despanzurrado. La casa entera convertida en un guiñapo y de patas para arriba.

Y después de que su mente se detuvo en esa horrenda alternativa, intentó huir, alejarse lo más lejos posible de esa puerta, escapar con el secreto de puntillas tratando de ocultarlo bajo lo que quiso ser sonrisa y apenas consiguió ser una mueca.

Por segunda vez pretendió moverse, pero sus piernas actuaban como postes de brazos caídos, tenazmente negadas a cualquier cosa que significara cooperar.

Igual que si a partir de aquel momento, el instinto le dijera ¡Atención! Pon muchísimo cuidado, que cada uno de tus pasos pasará a ser desde ahora el paso definitivo.

Guarda bien esa lengua lenguaraz y deslenguada si no quieres agravar las cosas. Analiza las revelaciones después de haberlas puesto sobre el tapete y bajo la luz esclarecedora de una lupa. Chequéalas. Haz un balance de ellas.

Bien sabes que en estos casos es suficiente la más mínima sospecha.

No debes dejar traslucir nada de lo que te pasa, no por hacerle un favor al General, que ningún favor tuyo ese bribón se merece, sino por tu propia seguridad y la de tus tres hijas.

No hablar sería un peligro pero más riesgoso sería que el sujeto fuera hallado dentro de tu propiedad y en la comisión in fraganti de un delito al cual podría corresponderle de 7 a 10 años de encierro.

Y quizá a ti también te condenen por haber callado lo que debiste denunciar en su momento.

Y por carecer de coartada o de algún otro elemento que atenúe tu implicancia en el suceso, te informarían que una vez que se hubiera confirmado fehacientemente tu coautoría en el caso investigado, de inmediato y sin más vueltas, pasarías a ser cómplice.

Esa palabra tan ligada a la delincuencia, a los asaltos de bancos, al derramamiento de sangre. Tan cercanamente emparentada con la palabra muerte.

Y luego vendría el interrogatorio ante un Juzgado que apenas tendría conciencia de oírte. Más empeñado en dar curso a sus rencillas internas que en cumplir con su deber.

Para que todo eso nunca suceda, deberás imponerte una vida nueva, que sea tan irrevocable como la ya vivida, sin necesidad, desde luego, de abandonar tu rutina y poniendo un énfasis especial en proceder con muchísima cautela.

Tú, que siempre te has manejado sola, sin haber tenido que rendirle cuenta a nadie. Que en todo momento has sido la patrona de tus actos. Prueba ahora que lo sigues siendo.

En esa especie de sagrario que te edificaste en el pecho para guardar tus ilusiones, tus locas fantasías, a veces tus delirios, y alguno que otro pecado aguardando aún su turno para poder ser cometido. En ese mismo lugar es donde debe quedar aprisionado el secreto.

No lo comentes ni con tus hijas ni con el personal doméstico ni con los otros clientes. Tú nunca has visto ni has oído nada, por lo tanto de nada te pueden acusar.

No permitas que la voz se te desplome ni que te desfallezca el alma al advertir cómo te hundes en el más profundo de los hoyos que tú misma posees.

Continúa ocupándote de tus arrugas para que no proliferen como esas infames cochinillas que se devoran tus geranios.

Combatiéndolas, a las primeras, con esa crema francesa cuyo precio se equipara a lo que te cobra el coreano por productos comestibles que te duran mes y medio.

Y a las segundas, con un insecticida asesino que debía ser fumigado mediante un atomizador manual y repitiendo la aplicación tres veces por semana.

Tú, que tienes tan buena mano para la confección de tortas y ni qué decir para la jardinería. A tal punto, que apenas entierras un frágil gajito y en seguida se pega, y tú misma te sorprendes al ver que un buen día ha dejado de lado lo mustio y lo enclenque para trasmutarse en arbusto garboso y lozano.

Aspira, como siempre, el día martes las alfombras. Endereza uno a uno los desnudos encuadrados del pasillo, ya que la ciencia exhaustivamente ha comprobado, que el erotismo

en sentido vertical logra mayores beneficios que aquel que se proyecta sobre cualquier plano inclinado.

Y si te piden declaración, siempre debes dar a entender que sabes mucho menos de lo que en realidad sabes.

Que hubiera sido muy difícil informarte de algo más, debido a que don Nicasio en todo momento se comportó como una tumba sellada.

Que ni en el pasado ni tampoco ahora dejó entrever por algún silencio de más o algún suspiro de menos la terrible situación por la que estaba atravesando.

Pero es una barbaridad lo tarde que se ha hecho. Debes volver ya del jardín. Y encerrarte. Poner a mil leguas de ti aquella revelación siniestra, para que de ese modo, a la vez de irle dando perspectiva, sea posible revisarla luego con mayor serenidad.

Permanece largo rato en las tinieblas para que éstas te iluminen la decisión que debes tomar.

Necesitaba despejar sus ideas, reciclar la mente, salir a respirar hasta lo más hondo el incontaminado atardecer.

Para calmar su agitación se fue vistiendo sin prisa, saboreando el olor a limpio de cada una de las prendas como si hubieran sido nuevas.

Eligió el vestido verde de la buena suerte. El que le hizo ganar la quiniela y aquel pleito que le entablaron los vecinos por desacato reiterado a la autoridad y hacer burla permanente, según constaba en los cargos, de esa lucha emprendida por la Comisión Barrial, la cual estaba abocada a defender a brazo partido lo mismo que doña Coca venía infringiendo de manera tan explícita y descarada: por un lado, la moral, y por el otro, las buenas costumbres.

Se cambió los zapatos, calzándose ese nuevo imitación serpiente, o tal vez fuera de tigre o quizá de cocodrilo. Vaya una a saber hasta dónde llegaría la capacidad histriónica de los taiwaneses.

Se empolvó la cara, insistiendo en el mentón, las ojeras y los bordes de la nariz, y siguió con un toque de rubor en las mejillas. Para esconder el blanco tiza que esos lugares habían asumido por la reverberación del miedo.

Y para disfrazar la palidez de los que han pasado a mejor vida, se dio color a los labios.

La misma vida que doña Coca empezaría a jugarse a partir de ahora. Pero no le quedaba otro remedio ni tampoco vislumbraba otra salida.

Después de haber constatado que todo estuviera en orden en el interior de su cartera: los documentos, su agenda, su tarjeta de crédito, pañuelitos desechables, una estampita con la

oración de los pobres afligidos a San Judas Tadeo, su rosario, un espejo, un lápiz labial, y las diversas chucherías que una mujer va acumulando a lo largo de los meses, entonces fue cuando sucedió.

Al agarrar la cartera para colgársela del hombro y mientras el espejo, siempre atento, la miraba darse los últimos retoques al peinado, por primera vez la asaltó la indecisión, ese amargor corrosivo de la duda.

Algo así como un caramelo que nos apetece y que en seguida lo rechazamos, por temor a que detrás de esa apariencia dulce, esté agazapado el veneno.

Pero ha sonado la hora de soltar las amarras para no volver a escamotearle el culo a la jeringa. La hora de romper el cerco, de distender los músculos de la voluntad y de una vez por todas obedecer al destino.

Además, nadie es nadie para contradecir al destino. Ese algo indefinido que no se puede ver ni tocar, pero que al nacer, en la palma de la mano, ya lo traemos escrito.

Esa brújula invisible que nos orienta la vida y nos señala el camino. Y si por el motivo que sea alguna vez la perdemos, sería como si nos hubiéramos perdido a nosotros mismos. Es esa precisamente la causa por la que debes no descuidar al destino que te ha tocado en suerte.

Todo eso te lo recomienda la voz de la intuición mientras vas al encuentro amoroso de tus tres hijas. Tu Topacio, tu Esmeralda y tu Amatista que sin desprenderse de la tele te preguntan distraídas: ¿vas a salir, mamá?

Les respondes que sí con la cabeza y con el beso que a cada una le tiras en la punta de los dedos, le envías también un cariño grande y que cenén nomás si todavía no vuelves.

Y muy resuelta te diriges a destrabar los tres cerrojos que te viste obligada a colocar en el portón de entrada.

Por aquello de los asaltos nuestros de cada día, donde el atacante es el que tira a matar y al final resulta siendo el muerto.

Por ninguna casualidad, claro que no, sino porque un buen día el atacado dijo basta, y adiestrándose en cursos orientales de defensa personal, empezó a hacer justicia por su propia cuenta y riesgo.

Trifulca que casi siempre concluye con un par de difuntos y alguno que otro internado respirando de manera artificial, mediante uno de esos aparatos que te prestan un poco de vida a cambio del alevoso robo que acaba rematándola a la misma vida que tan desinteresadamente te prestaron. Y esto no es ningún trabalenguas, sino que así sucede, lastimosamente.

Una vez traspuesta la frontera que limita la ternura de tu casa con lo incierto de ese mundo que más que mundo en verdad es una jungla, haces la señal de la cruz, para que el Señor te guarde contra cualquier peligro.

Entonces, para disipar la encrucijada que de pronto se presenta, sin titubear tomas partido por la calle que se abre a tu derecha. Hacia donde se yergue el empinado farol que desde una altura lo domina todo. Como si su iluminación formara parte del fulgor de las estrellas.

Con un guiño intermitente te convidan a pasar las vidrieras de las tiendas. Te vas cruzando y descruzando con gente que ni siquiera registras. En cambio te detienes de cuando en vez a contemplar la resplandeciente agonía de aquel sol que muy pronto se vestirá de luna.

¿De dónde has sacado la idea de que hoy se está cumpliendo un crepúsculo diferente al de los otros días?

¿Será porque la sangre que derraman esos rojos es tan sangre que la sientes circulando por tus venas?

O tal vez porque te invade la nítida impresión de que el día se está muriendo en tus entrañas y no en mitad de aquel azul que apenas puede verse de tan deshilachado.

Lo único seguro es que esa angustiada opresión sólo te ocurre por dentro, en tanto que por fuera permaneces inmutable.

No te amilanan ni el chirriar de los frenos ni los insolentes bocinazos. Ni te roza el mal talento de los conductores cuando con todo el impudor de que son capaces te increpan: ¡Por qué no mira por dónde va, vieja boluda!

Lo de vieja, quizá aún no se ajuste demasiado bien a tu medida, y cuando lo seas, lo serías a mucha honra. En cuanto a lo de boluda, habría que ver si la tal palabreja no poseía un dispositivo mágico, que la hiciera regresar hacia el punto de partida.

Opinan los que a pesar de haber vivido más han sabido golpearse menos, que escupir al cielo tiene una tremenda desventaja. Ya que muy bien puede ocurrir que al pasar alguna nube, sin intención de ofenderte, te devuelva la escupida.

Y entre grosería va y grosería viene, doña Coca prosigue. A la par de ir doblando aceras y esquivando charcos donde se acumula la insalubridad de meses, ella se da cuenta de que la ansiedad apenas si la deja respirar.

Y aquella determinación suya que empezó siendo invencible, va perdiendo prestancia a medida que ella va perdiendo compostura.

Conviene que me detenga inmediatamente, razona, que descamine las cuadras, al tiempo que una fuerza extraña, un impulso nuevo, una energía indescriptible le va trepando las

piernas, se le enrosca en la cintura y pegándosele al oído le susurra: Tú nunca fuiste muy adicta a aquello de batirse en retirada, siempre creíste que avanzar era el camino. De manera que ahora prosigue.

Voltéate para comprobar que detrás de ti no hay nadie. Es sólo el viento el que inventa esas pisadas haciéndote pensar que algún gato con botas te persigue.

El cuento del gato con botas es apenas eso: una ficción donde las botas hace tiempo fueron perdidas por un gato que también se perdió.

Lo que tú tomaste por un perseguidor se ha diluido en esa pareja de novios que se besa encarnizadamente en la hondura de un zaguán.

Mientras, por detrás de aquellos altos edificios, la oscuridad iba saliendo, se ramificaba, se le caía encima. Desde pequeña doña Coca le tuvo miedo a la oscuridad. No sólo a la que padecía el ciego sino un miedo mucho mayor hacia la oscuridad de aquellos que se negaban a ver.

De entre un pliego de la noche, el lapacho apareció primero, y luego, de entre los intersticios vacilantes del follaje, la inconfundible fachada del Cuartel Central de Policía.

Necesito llegar cuanto antes, se dijo, y apuró el paso sin tener todavía muy clara la idea de si se detendría allí o seguiría de largo.

Versión durante la cual se hace un repentino silencio para que «La posta del placer» cuente su historia.

Nací encaramada a un cerro que las autoridades fueron podando con patriótica fruición, desmontándolo pieza por pieza hasta dejarlo convertido en Gran Parque Nacional.

Sitio donde la ciudadanía podía ejercer sus derechos lúdicos culturales al aire libre, y adquirir un mendrugo de solaz y esparcimiento sin costo adicional alguno.

Hoy el cerro se reduce a una suerte de excrecencia demócrata pluralista, un estrado al que dieron cierta altura para que los desbordes oratorios alcanzaran el debido resplandor.

De modo que por no desajustar el ritmo de lo que se está narrando ahora, diré que entre tanta interna partidaria, no pude establecer con precisión en qué fecha de cuál mes aconteció el milagro.

Porque el cerro se instaló de nuevo aquí, y aquí aún continúa, guardándome las espaldas.

Ha conservado su apariencia externa y, al mismo tiempo, se volvió incorpóreo, como si estuviera hecho un poco de aire y otro poco del cielo que le planeaba encima.

Pese a todo, aún recuesto mi desnudez contra el amparo arcilloso de su vientre. Todavía permanezco unida a él por un vínculo difícil de explicar, porque en verdad es algo inexplicable, inmune a la destrucción, que a mí me sigue manteniendo erguida, y que él parece necesitar para enderezarse nuevamente.

Mi nombre en aquel entonces era «Alborada», y mi dueño, un refrigerado señor de los países bajos, que vivía aferrado a su avaricia, a su cuadernillo de hacer cálculos y a los pronósticos de las barajas augurándole una gran fortuna en un país extranjero y a una hora que, por la tardanza, lo más bien hubiera podido computarse en siglos.

Mientras su esposa Dulcinea vivía quejándose de este clima, esta paila del infierno que aniquila hasta las ganas de tener ganas.

Vámonos de aquí, Emmanuel. No ves que ni los cerdos ya se acoplan, ni los gansos, ni los peces, ni las aves migratorias.

Este sol anula el sexo. Por lo demás, no sería sino un real contrasentido pagar por algo que en los matorrales se consigue gratis.

Dices bien, mujer, al decir que este sol anula el sexo, pero debes considerar que los seis acondicionadores de aire que pretendes acabarían anulando también nuestras ganancias.

Opino que lo más sensato es tomar las cosas con calma, y mantenernos precavidos contra cualquier emergencia. Ármate, pues, de valor, que ya vendrán tiempos mejores.

Así que Dulcinea se fue hartando de mecerse al compás de una existencia que transcurría sin cambios.

Por arriba, los agobiados ventiladores removiendo la sofocante rutina de siempre. Y por todos lados, los días iguales, pegados unos con otros, todos de la misma hechura, del mismo largor.

Estaba a punto de verse amanecer un día de estos trasmutada tal vez en fósil o quizá en vegetal.

Harta de sentarse en aquella agreste periferia a aguardar clientes urbanos, cuya escasez se volvía casi ostentosa entre el invariable rumor de la naturaleza y los alarmantes rumores de golpes de estado: que mañana será el gran día, que los tanques, que las tropas, que dejemos ya esta barbarie, Emmanuel, y volvámonos para nuestros pagos.

Al final, ellos partieron y yo no tardé en olvidarlos.

Luego no sé si fue la ciudad la que se me fue arrimando, o si fui yo la que me largué a crecer a instancias de Saburo Kurokawa: mi segundo propietario.

Un ciudadano nipón a quien en seguida apodaron Reverendo Michimí, por ser corto de estatura, y prodigar reverencias y zalameros elogios en cantidad mucho mayor de lo que

aconsejaba el pacto de reconciliación definitiva, recientemente acordado por el protocolo de países no limítrofes.

Lo cierto es que, llevada por el mismo aluvión modernista que alargó el cabello a los varones y acortó la vergüenza femenina, yo comencé a extenderme.

Por el lado norte, mediante la anexión del añoso baldío que me había tratado siempre como si yo fuera su hija. Y por el lado opuesto, gracias al derrumbamiento de la casona amarilla.

Sucedido que, en lugar de lamentar, celebré sinceramente, ya que la única afinidad que aún compartíamos ambas, era un sentimiento mutuo de honda animadversión.

Yo no soportaba su arrogante altanería al oírla proclamarse descendiente en línea recta de la casa solariega que habitó el Doctor Francia.

Mientras que ella se complacía en sacar mis trapitos sucios al sol, mi intimidad a la calle, tachándome casi siempre de inmoral, y hasta incluso de endiablada.

Pero los cuernos que me adornan no son propios sino adquiridos. Y tridente no poseo, al menos ninguno que no sea el usado por Rumualdo: el jardinero con cerebro de mosquito y las manos talentosas de un orfebre.

En lo referente a la cola, la única que me anda por ahí rondando, pertenece al gato Sinshú. Comandante en jefe de los felinos menores, que empezó a alborotar los tejados con sus bacanales de amor. Para luego irse ganando, paciencia, tras paciencia, un espacio destacado en el corazón aún imberbe de Saburo.

Al principio, sin atreverse a trasponer el umbral, y poco a poco, invadiendo la sala, los corredores, hasta terminar instalado a lo pachá en su habitación, rodeado de sedosas atenciones, y usufructuando privilegios que a los demás les eran negados.

Al igual que el gato, yo también fui ensanchando mis dominios mientras me iba expandiendo. Y con tal presurosa efervescencia, que a mis primeras seis habitaciones, en seguida se agregaron otras siete.

Todas dispuestas alrededor de un aljibe que, en lugar de agua, criaba una vegetación con extraños poderes orientales que hipnotizaba a los pájaros. Y todas con vista a un mar de cartón cuya tonalidad podía ser cambiada a voluntad del usuario.

Bastaba oprimir un botón tan bien escondido, que nunca se sabía a ciencia cierta dónde se encontraba. Y cuando alguien solicitaba información al respecto, Saburo ponía los ojos en blanco y la boca con la abertura necesaria para responder siempre lo mismo: ningún lugar podrá nunca esconderse de quien se haya propuesto encontrarlo.

Me llené de furtivos pasadizos, de rincones vagamente iluminados, entre formas imprecisas que abruptamente se resolvían en biombos, en el bulto de una silla, en

milenarios ancestros espiándome desde sus retratos, en pebeteros remedando dragones que no se habrían visto tan terribles si hubieran sido reales.

Pero con fauces tan inocuas que a la vez de no expulsar ningún veneno, difundían un incienso, en primer lugar, afrodisíaco, en segundo lugar, antipolilla y, por último, expendedor de melodías relajantes ejecutadas por el koto.

Instrumento cuyas cuerdas se anticipaban a los hechos fertilizando la imaginación de los amantes, y colmando con apenas un ronronear de lluvia la techumbre de esos sueños que despiertan una vez dormido el éxtasis.

En una palabra: tuve que adaptarme a una atmósfera que nada tenía que ver con mis raíces campesinas, y aceptar llamarme como entonces me llamaron: Samurai.

Un nombre ajeno, belicoso, masculino, hacia el cual mi debilidad fue arrojada, para honrarlo y no acabar de respetarlo mientras no fuera saldado el tributo que la vida me estaba cobrando por eso.

Porque a lo largo de los años me fue dado comprobar que cualquier cosa que hagamos o intentemos hacer las polleras será inútil. En cualquier idioma, latitud o circunstancia habremos de ser desplazadas hasta por el pantalón más chapucero.

Yo, que ansiaba andar descalza para no perder el contacto con la tierra, tuve que habituarme a que las alfombras se fueran tragando mis pasos, y a formar parte integrante de esta feroz competencia, este discriminatorio colador reteniendo solamente a los más fuertes.

Y el cinturón negro acreditando la fortaleza de Saburo se remontaba a una tradición de tantos siglos, que en sus manos parecía estar ahora el porvenir tecnológico del mundo.

No fue otro, en efecto, sino Saburo, quien pacientemente recorrió el interior del país, para reclutar 14 muchachas púberes, con excelente disposición para el trabajo y todos los dientes en regla.

Las cuales, a cambio de albergue, comida y buen trato, obtendrían la gracia suprema de ser adiestradas en el arte profesional de las geishas.

Y aunque no tuviesen ni la más pálida idea de lo que eso significaba, no dudaron que sería mejor que aquel famélico destino de niños rotosos, mujeres siempre preñadas y hombres sin otra ambición que algún pedacito de tierra. Demasiado chico tal vez para enriquecerlos, pero suficiente para que cada quien pudiera cosechar en él la incanjeable dignidad de al menos tener dónde caerse muerto.

De hoy en adelante y mientras estén bajo mi techo, les advirtió apenas llegadas Saburo, cada una habrá de comprometerse a colaborar con dedicación, con esmero y, dentro de lo posible, también con humildad. Empezando por reconocer la propia ignorancia, que es precisamente el punto por donde se empieza a atacarla.

Para eso, tendrán que soportar días muy bravos, en el curso de los cuales aprenderán a moverse como la brisa, y a vestir kimonos floreados y a desplazarse con esa sutil elegancia que sólo se ve en las gacelas.

Aunque extremando ciertamente el cuidado para no caer en la trampa que les irían tendiendo los zuecos.

En cuanto al saludo, recuerden que es toda una ceremonia durante cuya ejecución la cabeza deberá ser inclinada, hasta casi rozar el sagrado brocal del ombligo. Gesto que, entre carcajadas, no tardó en ser imitado por todos los niños del barrio.

Como arcilla fresca las modelaba con sus propias manos, trasmitiéndoles todo lo que él había aprendido en sus largos años de tutearse con la vida. Recomendándoles hora tras hora, una y otra vez durante varios meses, que para conseguir la armonía interna había que practicar ejercicios respiratorios, indefectiblemente en ayunas, expeliendo las dañosas toxinas y aspirando la sabiduría del cosmos. Desde la que se balancea en la copa de los árboles, hasta la que va describiendo la sangre al circular por las venas.

Para cosechar equilibrio hay que primero sembrarlo, decía, intentando anochecer las aflicciones personales para que en el sitio donde estaban ellas pueda alborear una sola y majestuosa alegría.

También es posible mejorar la calidad humana, fraccionando a cada individuo en parcelas, que serían abonadas luego como si pertenecieran a un plantío.

El abono más eficaz es el arte, y también el más duradero. Sin música no habría canto, y sin canto no existiría el poema, ni tendrían ustedes la posibilidad de aprender a deleitar espiritualmente a los hombres, diciéndoles lo que ahora repetirán conmigo.

Descansa, buen hombre. Tranquilo. No hay de qué preocuparse. Extiende el pensamiento sobre una pradera ilimitadamente verde y deja que yo me ocupe de todo.

Mis dedos recorrerán tu cabeza y empezarán a relajarte. Poco a poco te abandonarán los problemas y tus dudas existenciales se reducirán a ecuaciones tan simples que hasta podrían ser resueltas por niños.

Entonces, desasido ya de todo, tu cuerpo se irá quedando libre, ingrávido, sin peso. Cuanto más fuerte cierras los ojos más ligera se volverá la pendiente por la cual te deslizas.

Y advertirás que en el hueco de mi mano está encerrada la infancia dentro de la cual tú te meces. Insistiendo y volviendo a insistir con la frase tú te meces, tú te meces, tú te meces. Ya que hamaando las mismas palabras en el mismo tono, puede lograrse algo muy similar a lo que antiguamente se hacía para retrotraer a alguien al estado angélico.

Para quienes lo habían experimentado, aquel retorno había llegado a ser tan intenso, tan placentera la emoción que se sentía al sentirse a la vez abuelo, padre, hijo y nieto espiritual

de uno mismo, que ningún hombre resistió la tentación de probar aquella magia que transformaba en paraíso a este mundo tan inferior como efímero.

Ni siquiera el Señor Presidente, quien precedido por su escolta y perseguido por sus colaboradores más cercanos, acudió impaciente a «Samurai» a fin de constatar en carne propia la veracidad de esa fama, que de alguna u otra forma, también era la mía.

Lo cierto es que en ningún otro lugar vivió las horas más dichosas ni encontró mejor consuelo para esas náuseas que lo doblaban en cuatro cada vez que al Honorable Congreso se le daba por rechazar sus leyes.

Ya no debes pensar en leyes ni en ninguna otra tiranía que no sea la de tu cuerpo, le susurraba una voz muy dulce, mientras las manos de esa voz le masajearan el cuello.

Ni tampoco debes detenerte en tu carrera. Sigue aflojando las amarras y respirando cada vez más hondo, hasta cuando sientas que el taimado Parlamento se te disolvió en el sueño.

Ese fue sin duda mi instante más glorioso. Los hombres de toda laya, tanto los nuevos pobres como los que estaban estrenando su riqueza, inmediatamente sentían el impacto de mi atractivo.

No había quien no asegurara que entrar en «Samurai» era como meterse en otra época ubicada en otra galaxia, donde odios y miserias terrenales desaparecían sin dejar ninguna huella.

A todas horas mis corredores semejaban mares, cuando llovía sesgadamente y también cuando no llovía, porque entonces al mar lo formaban las personas en base a cuyas vivencias fue hilvanándose mi rutina.

Sin embargo, por ciertos indicios que sólo yo percibía, deduje que algo nocivo se estaba gestando en la casa.

Ecos agoreros recorrían mis pasillos conduciendo siniestros presagios. Repitiendo sin cesar que en Saburo se había abierto una grieta por donde el final se venía infiltrando.

Con la respiración contenida, yo veía galoparle el corazón en el pecho. Veía cómo la nostalgia y los recuerdos de su Kioto natal se apretujaban los unos contra los otros sin dejarle un espacio libre. Cómo tiritaba doblándose sobre sí mismo y con enorme esfuerzo, porque cada vez encontraba menos aire y también menos calor.

Costaba reconocer en aquel bultito achacoso, que apenas si ya abandonaba el lecho, al ser humano excepcional que con todos congeniaba.

Se había puesto muy pálido y a susurrar algo que cada tantas palabras terminaba con un: tengo que volver a Kioto antes de que sea demasiado tarde.

El médico llamado de urgencia por las alarmadas muchachas lo revisó exhaustivamente, concluyendo que Saburo no padecía de ninguna otra dolencia que no fuera la de la edad: en febrero cumpliría los ochenta.

Veinte años más de los que yo habré cumplido cuando madure el cerezo, acotó Mariko. La mujer que sin proferir queja ninguna, venía encargándose de hacer las compras, asear las habitaciones y mantener en orden hasta el más mínimo desorden.

Y estando ya entre las brumas de la muerte, el maestro reunió a las acongojadas pupilas, haciéndoles prometer que nunca abandonarían a Mariko y tampoco al gato Sinshú.

Descansa, buen hombre. Tranquilo. Fue la oración que en respuesta, empezaron a musitar ellas alrededor de su agonía. Mientras Saburo hacía denodados esfuerzos por retener la vida que se le iba yendo por la misma pendiente jabonosa, que con su ayuda habían aprendido a trazar las muchachas en las mentes afligidas.

Nuestros dedos recorrerán tu cabeza y empezarás a relajarte. Te abandonarán los problemas y tus dudas existenciales se reducirán a ecuaciones tan simples, que hasta podrían ser resueltas por niños.

Cuanto más fuerte cierras los ojos más ligera se volverá la pendiente por la cual te deslizas. Hasta que de pronto, como si en aquel rodar vertiginoso se le hubiera soltado algún resorte, quedó así, con una expresión que a la vez de irse acercando, parecía estar a mil leguas.

La expresión de alguien que, sin haberse ido del todo, no es capaz de encontrar el picaporte para incorporarse nuevamente a la vida.

Después, como si a su muerte le hubieran crecido pulmones, permaneció largo rato latiendo, respirando y latiendo. Y a mí se me ocurrió pensar que no cesaría de hacerlo mientras no hubiera cesado aquel grito insondable que se me había atascado por dentro.

Esa tristeza enroscándose a mis ventanas, inundando mis pasillos, convergiendo en un solo y dilatado surco de vacío y soledad.

Entonces fue cuando quise tener manos para aprisionar su cara mustia, ya cercada por los tules transparentes, y por las luces que, escapadas de las velas, escurrían su temblor por las paredes, como pretendiendo establecer allí la sede de su endeble tiranía.

Tomar aquella cara inerte entre mis manos y movérsela llamándolo Saburo Saburo, en todos los tonos y todas las veces que hubieran hecho falta para que volviera a ser la cara pulcra y serena y bonachona que siempre había sido.

Pero en lugar de concretarse mi esperanza, a medida que las horas transcurrían aquella faz se fue tornando más incierta, cada vez más parecida a esas cosas que por mucho estar guardadas se van poniendo rancias. Y cuando el último Saburo se desvaneció en mis ojos, ya no supe discernir cuánto de mí con él se había marchado, y cuánto aún me pertenecía.

Todo lo que aconteció después se debió a un encadenamiento de hechos, sin ningún valor en apariencia. Trivialidades que fueron cavando surcos y sucediéndose con esa vocación bíblica de crecer y multiplicarse.

A causa de los apuros financieros y la inesperada hipoteca que amaneció sobre mis espaldas, tuve que rebajar mis pretensiones y resignarme a ser vendida por un precio insignificante.

La vida, en su fluir implacable, va imponiendo esos relevos, haciendo que la disciplina implantada por Saburo se desintegrara apenas éste desapareció de escena. Y cuando doña Coca me tomó a su cargo, ya para entonces la anarquía había alcanzado su punto más esplendente.

Tan repentinamente adelgazó Mariko con tanta tribulación a costas, que los kimonos empezaron a crecerle, al igual que le crecían los ojos, protuberantes y huecos.

También la voz se le fue quebrando. Y todavía más que eso: a tal punto fue apagándosele entre los labios, que no se dejaba oír sino en porciones, hasta volverse totalmente inaudible a la percepción humana.

Si su silencio era una decisión propia o si debía ser tomado como algo irreversible, nadie lo supo nunca ni tampoco quiso saberlo.

Porque la verdad es que de nada le habría servido a la pobre continuar hablando, en medio de aquel desbarajuste donde las muchachas se pasaban el santo día adorándose el ombligo. O prendidas de una radio que alternaba la cachaca con los romances iniciados en las obscenidades descendentes de algún bolero y concluidos en el alarido ascendente del vecindario.

Esos fariseos que se rasgan la indumentaria contabilizando las faltas ajenas, mientras se desacomodan mejor el cristalino para no visualizar las propias, exclamaba furibunda doña Coca.

Calma. Calma, se repetía luego. Recapitulemos. Había que eludir complicaciones pero sin eludir el hecho de que para poner orden en aquel caos había mucho que hacer.

Esta casa ha pasado a convertirse en la prueba más palpable de que el ocio es la madre natural de todos los vicios, farfullaba sin descanso doña Coca.

Como siempre, madre soltera, sin ninguna intervención de varón, coreaban con descaro las muchachas.

A estas seudogeishas había que bajarles los humos levantándoles la dosis del amor por el trabajo. Y la casa necesitaba ser sometida a una cura minuciosa de limpieza general, empezando, desde luego, por el nombre.

Era preciso reemplazar a «Samurai» por un nombre más directo y lucrativo, que hiciera encabritar la sangre, difundiendo gozosos anticipos en la aorta abdominoidea y en la cresta proximal del vientre.

Un nombre que permitiera salirse de los recorridos habituales de las autopistas, sin acatar ningún otro itinerario que no fueran los nacidos de un capricho inventado por la luna en la luna del ropero.

Allí donde lo real cede paso a lo ilusorio, y la felicidad termina siendo una mágica evaporación de ambas cosas.

«La posta del placer» era perfecto, se dijo complacida doña Coca, y yo también pensé lo mismo.

No sólo me comunicaba cierto hechizo, sino que haría palidecer de envidia a mis estridentes vecinas: las dos construcciones gemelas, alardeadoras de una cultura que no iba más allá de su salón climatizado y sus reproducciones cubistas.

Así fue como las 14 pupilas escondieron sus vergüenzas tras las 14 hojas de parra y volvieron a instalarse en el Edén.

Poco a poco, en la medida en que recobraron sus modales, afloraron sus diversos atributos. Cada uno de los cuales fue censado e incluido en una suerte de prospecto que doña Coca encuadernó en algo, que aunque parecía piel de lagarto, ni siquiera se acercaba a una burda imitación.

Luego, con el fin de no caer en evidencias que acabaran suscitando desacuerdos conyugales, armó un sigiloso paquete que con toda discreción hizo llegar a los representantes de ambas Cámaras, a los del Cuerpo Diplomático, al sacrificado Cuerpo de Bomberos, y en general a todos los cuerpos que estuvieran listos a disfrutar 40 celestiales minutos en completo regocijo.

Lapso precioso durante el cual se borrarían las aflicciones pasadas y las que sin duda vendrían acompañando a un año que se pintaba como excesivamente malo.

Pero malo solamente para los más pobres, porque para los otros siempre serían épocas en que cada quien podría tener su propia pupila en su propio departamento.

De modo que ustedes deberán redoblar el entusiasmo, les recomendaba doña Coca entre gesticulaciones y guiños. Y convencer al vapuleado cliente que debido a la actual crisis bancaria, hoy por hoy han pasado a ser ustedes la única manera no riesgosa de invertir dinero.

Claro que esa doña Coca fuerte y calculadoramente activa, ni por asomo era entonces la viuda declarada que ahora es.

Yo la conocí siendo una vistosa morena, de senos frondosos, cintura muy breve y unos ojos que vivían controlando las andanzas del marido, tan minuciosamente como los de éste lo hacían con las ondulantes curvas de las 14 pupilas.

El día que decidias traicionarme, le advertía muy segura de cumplir lo prometido, o acabarás por asilarte en la embajada más cercana, o te acabaré dejando el cuerpo con tal cantidad de agujeros, que necesitarías ser zurcido como si fueras un calcetín.

Pero aquellas amenazas, lejos de amedrentar a Valentín Luxación Pereda, reafirmaban la evidencia de que las mujeres prohibidas y las palabras cruzadas eran cosas para las cuales siempre tuvo vocación.

Cuando no estaba sumido en ensoñaciones donde su lujuria podía vagar sin vigilancia, estaba a la pesca indolente de un vocablo que sin tener más de dos sílabas horizontales significara espacio intermolecular, y de otro que con cinco sílabas verticales pudiera sustituir a léxico.

Lo cierto es que cuanto más caudalosamente aumentaban los ingresos comerciales de Valentín y doña Coca, más inciertos y evasivos se volvían sus contactos amorosos.

Tanto, que entre uno y otro ella tuvo espacio suficiente para que el despecho de ese amor sin ningún destinatario, lentamente fuera armando su venganza.

Le abriría una segunda boca a partir de ese lunar velludo que lucía orillándole el pescuezo. Le pondría verde de París en la sopa. Le rellenaría las albóndigas con Racumín al 100%. Lo desmenuzaría en tantos y tan variados pedacitos que ni la paciencia de Penélope lo podría rehacer de nuevo.

Casi todo fue previsto por la desbordada imaginación de la insomne doña Coca, salvo que su escandaloso marido moriría por su propia cuenta y riesgo, intoxicado por una compulsiva mixturanza de sexo ecologista, que el salvaje combinó con una exacerbada sobredosis de orgías tibetanas. Hasta agotar el placer en todos sus niveles y desde la simultaneidad macro alegórica de 14 ángulos convexos.

De ese modo, como un contorsionista al que la muerte sorprendiera en pleno vuelo, don Valentín partió sin despedirse de nadie y sin dar explicaciones. Aunque auxiliado por los últimos sacramentos y la parroquial bendición del paí Juan Soto, quien debió pasar por alto la bajeza de que aquel fornicador sin precedentes acabara copulando hasta con las mujeres de los cuadros.

De qué manera el sacerdote hubiera podido no hacer la vista gorda, si la puntual generosidad de doña Coca estaba ayudando a ampliar la nave central de la Iglesia, cada día más angosta para tantos comulgantes.

Le faltaron municiones para su contienda amorosa, fue el luctuoso comentario que empezó a rondar el féretro, sin conseguir ser apoyado ni por un tercio de los que acudieron a expresar a la familia sus sentidas condolencias.

En tanto que la gran mayoría sostuvo que nunca fue mejor guerrero que entonces, al combatir por darse alegría al cuerpo, y no por ideales abstractos, como hacían los políticos. Definiendo su deceso como un acto de bravura que prolongó el velatorio unas cuantas horas extras.

Porque ocurrió que durante todo ese lapso y por la sola autoridad de su capricho, al difunto continuó creciéndole la hombría. Y con tales ímpetus, por cierto, que cuando el chisme descendió por los balcones y de una casa fue infiltrándose a la otra, el asunto ya tenía proporciones sobrehumanas.

Los creyentes, por su parte, catalogaron el hecho como un genuino milagro, contra la cima del cual, de vez en vez doña Coca descargaba todo el rencor que la embargaba, propinándole un certero golpecito con la punta del rosario.

El por qué no lo sabía. Quizá para volver a recuperar su contacto. O para gritar mediante aquel gesto callado, que si el infeliz no hubiera muerto tan repentinamente de lo que murió, sin duda habría llegado a sitios todavía más encumbrados.

Es muy posible que no se hubiera detenido sin antes obtener la Presidencia de la Liga, o cualquier otra Presidencia. Total, en este descarrilado país el único requisito para gobernar es admitir ser gobernado, pensó intentando simular bajo disfraces políticos, la doliente quemadura de aquella humillación siniestra.

En los días que siguieron, doña Coca se ocupó personalmente de borrar toda huella que los pasos del infiel habían dejado estampada en los suelos de este mundo.

Cosa que al final no consiguió, porque para arribar al olvido hace falta cumplir un derrotero cuya longitud es imposible establecer.

Debido a que se camina como pelando una naranja, siempre en redondo. De manera que cuando más se afanaba doña Coca en olvidarlo, más brillante se volvía el redondel por el cual don Valentín retornaba a su memoria.

En vano regaló sus pertenencias al hogar de ancianos. En vano resolvió dar un toque de alegría a mis paredes maquillándolas con colores sicodélicos. En vano hizo desaparecer aquel hueco de molicie dentro del cual su cuerpo prosiguió columpiándose en la hamaca. En vano dijo que de hoy en adelante ya no habrá en esta casa otras flores que no sean las confeccionadas en papel chifón, por ser más quietas y más estables. En vano sacó un mueble de acá para ponerlo por allá. En vano cambió las 14 jovencitas detonadoras del drama por 14 camas redondas que venían ya acopladas a sus correspondientes espejos. Confabulados todos ellos en no reflejar lo que era cada quien en realidad, sino aquello que cada quien hubiera querido ser. En vano intentó traicionar la última voluntad de Saburo, despidiendo primero a Mariko y en seguida al gato Sinshú.

¿Cómo hubiera podido hacerlo?, si aquella mujer en su silencio pareció haberse mineralizado, y en su nostalgia aquel gato se fue haciendo tan persona, que desde la muerte de su amo no tuvo otro objetivo en la vida que el de morir también.

Otro lunes empezaba cada lunes y doña Coca veía con cuánta rapidez la felicidad se le iba yendo, escapada en círculos cada vez más lejanos, como los que forma una piedra al ser arrojada al agua.

Había, pues, que aceptar el dolor inacabable de que se había quedado sola, sin más futuro que el día de hoy y sin más fortuna que sus tres joyas: Topacio, Esmeralda y Amatista. Las bienamadas hijas suyas, que desde el cielo el Señor le había enviado, como una manera dulce de compensar aquel tedio de abstinencia y sacrificio que le había impuesto la viudez.

Y si entonces se abstuvo de otorgar rienda suelta a sus instintos, se debió no tanto a su metálica estructura de matrona insobornable, como a la angustiosa escasez de lo que comúnmente suele llamarse un «buen partido», con el cual partir nueces sin ningún remordimiento.

Por eso, cuando don Nicasio se acercó a su vida, yo presentí que en el ambiente algo a la vez siniestro y prodigioso se aprestaba a comenzar. Algo dentro de lo cual yo también estaría incluida. Y también el matrimonio Alderete. Aquel que por siquiátrica prescripción había acudido a mí buscando el sortilegio que lograra restañar su intimidad malherida.

Claro que la rivalidad nacida entre el matrimonio Alderete y don Nicasio Estigarribia por el protagonismo de esta historia, parecía acentuarse a medida que el osado matrimonio se iba tomando más y más atribuciones. Y hasta amenazaba con sacar del carril al argumento.

Naturalmente me tenía que tocar a mí que estos malvivientes se empeñaran en moverme el piso, se quejaba don Nicasio de su mala suerte.

De algún modo había, pues, que eliminarlos, antes de que a éste se le agotara la aureola de primer actor soberano. Y en consecuencia no tuviera más opción que volver a ese limbo donde vagan un sinfín de personajes que, por truncos y abortados se quedaron sin poder nacer.

Pero todo eso no aconteció de golpe sino que se fue gestando sin prisa. Como tampoco aconteció de golpe que doña Coca viera encarnada en don Nicasio la única y salvadora tabla a la que se podía aferrar para que no se concretara su definitivo naufragio.

Primero debió convencerse de que aquel excéntrico hombrecito, pese a no ser en realidad gran cosa, era sin duda preferible a nadie. Y comprender después, por duplicado, que aquella insólita manía suya de presentarse a celebrar completamente solo un acto cuyo número de oficiantes en ningún caso hubiera podido ser menor que dos; y aquel extraño maletín, que fue lo primero que de él a ella le salió al encuentro y cuyo contacto parecía

conferirle la misma altanera prepotencia que le hubiera conferido un arma, eran tan sólo nimiedades, que en ningún modo alteraría su decisión final.

Porque evidentemente se trataba de una persona inofensiva, cuyos encantos, por muy inaccesibles que estuvieran, ya tendría ella ocasión de descubrir.

Y apretando el acelerador a fondo, decidió tomar la iniciativa, ya que si no se despojaba ella de pudores inútiles y no lo despojaba a él de aquellos telescopios que utilizaba como lentes, nunca alcanzaría a saber, siquiera de manera aproximada, con qué azulada ternura podrían llegar a mirar sus ojos, y con qué enardecido verdor sentiría ella renacer su piel al calor varonil de sus caricias.

Después de todo, hubiera sido injusto que a doña Coca la privaran del derecho a rescatar por intermedio de Nicasio, lo que daba la impresión de estar perdido para siempre: un compañero que le nivelara la autoestima haciendo todo lo que Valentín Pereda no hizo.

Un ser compasivo que le prestara el hombro donde apoyar la pesada carga de su trabajo. Ya que la competencia exigía que doña Coca se levantara antes del alba y que su aún no poder acostarse se extendiera hasta cualquier hora.

Alguien para cuya cabeza habría un lugar siempre guardado en la esquina de su almohada. Un caballero que la colmara de atenciones y cuya atención estuviese dispuesta a no perder el laberíntico cordón con el cual había venido hilvanando sus desgracias.

La infidelidad del esposo pasaba y volvía a pasar por aquella especie de escenario verbal que sus lamentaciones fueron armando. Una infidelidad que asumía una mayor estatura a medida que transcurría el relato, y doña Coca ponía especial énfasis en agregarle un nuevo detalle aquí, con ramificaciones bifurcándose hacia allá. Como si a cada momento se trasmudara en un pan diferente saliendo del mismo horno.

Y de pronto, ante los ojos asombrados de Nicasio, el difunto dejaba de ser quien era para convertirse en un genuino Lázaro levantándose de la densa fermentación en que doña Coca se ponía a cocinar sus remembranzas.

No como una silueta inasible y fugitiva, cuyos contornos sólo se van perfilando a partir de los fantasmas que ella misma convoca. Sino como un personaje de carne y hueso, que con el correr de los meses pasó a formar parte del ornato de la casa y la admiración de las encandiladas mucamas. Las mismas que fingían sacudir las alfombras mientras veían al resucitado circular alrededor de sus labores, con esa manera suya tan especial de moverse, igual que si en lugar de zapatos le hubieran crecido dos alas.

Es realmente increíble que nadie escuche la súplica del pobre Valentín Pereda, que sólo yo la perciba rebotando en mis paredes. Le horrorizaba la perspectiva de pasarse la eternidad entera retorciéndose como un ofidio entre las llamas del infierno. Por eso deambulaba buscando misas y oraciones que le rebajaran la pena.

Pero volvamos a emparejar nuestro relato con el ceceoso andar de doña Coca, mientras iba conduciendo a don Nicasio hasta la habitación 309.

Volvamos al atajo que a toda prisa ella debía descubrir para llegar lo antes posible al corazón de aquel hombre, cuya inconvencible soltería y cuyo desdén al matrimonio tal vez tuvieran su origen en el abandono dentro del cual su padre alguna vez sepultó a su madre. O vaya a saber en cuál otra malformación genética.

Porque para ser sinceros, don Nicasio ya no parecía tener fuerzas para emprender nada de nada. Y yo ni siquiera sospecho qué requisitos doña Coca hubiera debido llenar para que él se enamorara de ella.

A veces, las mujeres más cercanas son las menos vistas, y ciertos caballeros, para encenderse, deberían perder la cabeza como los fósforos, meditaba en voz alta doña Coca.

Sin embargo, don Nicasio no sólo no tenía intenciones de perderla, sino que tampoco daba muestras de querer enemistarse con aquel viejo sofisma, que se volvió añoso afirmando aquello de que el equilibrio total del cosmos sólo puede ser mantenido si el cambio en una dirección comporta otro cambio en la dirección contraria. Vale decir, si hay una permanente discordia entre opuestos.

Y lo más opuesto que había a doña Coca era su hija Topacio. Esa criatura ágil, dinámica, vibrante, en quien existía una inagotable predisposición al cambio en cada línea, en cada sonrosada curvatura de su piel, permitiéndole ser incesantemente original y poderosamente atractiva.

A diferencia de su madre en la cual, entre una originalidad y otra, había un larguísimo intervalo, y cuya atracción, enfrentada con la de su hija, acababa siendo prácticamente nula.

El azar arregló las cosas a su manera y fue conduciendo a Topacio hasta aquel miércoles gris y algo lluvioso. Hasta aquella oficina de Correos donde él había dilapidado las dos terceras partes de su existencia poniendo sellos sin pronunciar palabras. Extraviado en la quimera de amar y ser amado, que justamente ahora, a punto de ser pasado a retiro y harto ya de contenerse, hubiera podido tal vez cristalizar.

Porque ella surgió ante él después de aquella gripe en que sus defensas bajaron tanto, que una única mirada fue suficiente para que a la sensación plena de sentirse enamorado, se agregara la certeza irreversible de saber que iba a quererla por el resto de su vida.

¿De cuál otra averiguadora expresión parecía proceder la suya? ¿Qué otros ojos, así de zainos y de grandotes, eran inmediatamente traídos por aquel intenso mirar?

La buscó entre sus recuerdos más antiguos, a ver si por ahí tropezaba con alguien parecido a ella. Pero su memoria se encendía y se apagaba en torno de una luz escurridiza que más que alumbrar deslumbraba.

¿Por casualidad tiene estampillas para el país de los ensueños?, bromeó apenas ella, y don Nicasio necesitó hacer abstracción de los demás ruidos para saborear a plenitud esa voz, advirtiendo que la emoción que le latía en las manos, acarreaba en su bailoteo al martillito de poner sellos, y ni qué decir al papel.

Luego pudo sentir que esa misma emoción enganchada a la respuesta le ascendía por la tráquea, le colmaba los oídos, se le anclaba entre tantos intentos fallidos por quebrar aquel silencio y decir alguna cosa, tantas toses y estornudos, que este hombre, diagnosticó en su fuero interno Topacio, más que estar listo para darme una respuesta, parecería estar dispuesto en cualquier instante a entregar el alma.

Las estampillas... volvió a insistir, y en seguida el pasado fue acudiendo sin esfuerzo. Una imagen acabó enlazándose con otra y otra más hasta que Zoraida se desprendió de las tinieblas. La Zoraida de su juventud. La misma que al no poder quererlo había dejado a oscuras el mundo para él.

Y pudo rescatar su sonrisa con hoyuelos en la risa y los hoyuelos de Topacio. Y el impacto fue tan formidable que la velocidad con que le bombeaba el corazón se tornó inconstante y caprichosa. Por momentos semejava un corazón que anduviera cojeando y sin ninguna batería, y de a ratos palpitaba casi a un ritmo de torrente.

Todavía sin poder abrir la boca y escondido tras los lentes, la espió maravillado, observando con deleite la perfecta sincronización de sus movimientos cuando levantó apenas la mano en señal de despedida. Para en seguida expresar en unas pocas palabras que ahora debía irse porque se le estaba haciendo tarde, pero ya regresaría un día de estos, cuando él hubiera recuperado el habla.

Entonces, para que su partida no le produjera la impresión de que por segunda vez le estaban por quitar algo valioso, hizo lo que con ninguna mujer había hecho: la siguió.

Anduvo una extensión que le pareció infinita. Caminó sin pausa, sin esa menor vacilación que hubiera bastado para echarse atrás, impidiendo que con él comenzara a repetirse la locura que venían cometiendo los llamados viejos verdes.

Una locura que lo indujo a recorrer media ciudad, atravesar olores crudos y cocinados, hojas de parra y hojas de laurel, grandes mansiones que veían ir menguando su prestigio al tener que compartir el barrio con pocilgas miserables. Hasta toparse por fin con mi fachada, y hacer un gesto de sorpresa al comprobar que yo no era el hotel que él creyó al principio, ni tampoco la pensión decente, sino una casa donde al amor se lo alquilaba por horas.

Y tras haberse evaporado la silueta de Topacio, desde el fondo del pasillo empezó a emerger de pronto, la figura pendular de doña Coca.

¿Deseaba alguna cosa el caballero?, le inquirió auscultándolo de arriba abajo.

Una habitación, respondió en el tono ceremonioso que empleaba con frecuencia. Ignorando cómo había llegado hasta allí, pero sabiendo con una certidumbre que le venía desde la adolescencia, con qué finalidad lo había hecho.

Encontrar en Topacio la dulzura de Zoraida era la magia que venía persiguiendo, para que de hilvanar aquellas dulzuras fueran naciendo otra vez sus versos.

Para proclamarla reina de un imperio donde él redactaba las leyes y las suprimía a su antojo. Para que a fuerza de metáforas y rimas todo lo inerte volviera a cobrar vida.

La sucesivamente lánguida y parlanchina y melancólica Topacio, quien a instancias de su madre actuaba como espía y también como ordenanza.

Para cumplir con lo primero, por nada de este mundo ni del otro, deberán ser apartadas tus orejas de la habitación 309, y mantendrás los ojos abrochados al ojo impar de la cerradura. Eran las instrucciones que doña Coca le impartía diariamente, ansiosa por penetrar en los meandros de esas historias donde todo parecía no ser chicha ni tampoco limonada, ni estar dotado de otra cosa que no fuera una honda y ambivalente oscuridad.

Y medirás cada cric crac de sus articulaciones, cada matiz de sus numerosos suspiros, para detallármelos luego cuidadosamente.

Y si dejaba de cumplir con lo segundo, don Nicasio no hubiera sabido qué hacer sin aquella presencia que oscilaba hipnóticamente a escasos centímetros de su puerta.

Enredada en un interminable ir y volver de informaciones, de recados, de consultas, repitiendo que perdone usted la molestia pero mi mamá le manda decir si no le gustaría una limonada caliente.

Y la palabra caliente lo ponía en carne viva, proyectaba ecos que se paseaban por la alcoba, lo seguían por todas partes, formaban como una estufa de ecos amarillos calentándole las noches al igual que un mediodía.

Aunque no todo eran flores para don Nicasio Estigarríbia, porque cuando no era hostigado por el matrimonio Alderete, que seguía escalando posiciones sin haber cedido un ápice, tenía que arriar banderas y batirse en retirada ante los sólidos avances que emprendía doña Coca.

Ni el amor que sentía por Topacio, ni las admiradas rimas de Bécquer, su colega, bastaban ya para aliviarle tanta tensión. Se lo notaba cabizbajo, taciturno y más hermético que nunca.

En algo grave yo supuse que debía de andar, porque se fue operando en él un deterioro de progresión tan virulenta, que de seguir envejeciendo a ese ritmo muy pronto habría pasado a convertirse en su propio bisabuelo.

Caminaba tanteando las paredes, mientras en medio de un salmo inentendible, por turno se encomendaba a la Virgen María Santísima, a su bendita madre Adelaida, a la despistada Liboria, contra cuya memoria, en algo que semejaba un latín rudimentario, echaba pestes todas las mañanas, para volver a hacer las paces antes del atardecer. Invocando finalmente a todos sus amigos del bar «Los jubilados»; a Teófilo Moscarda, a Filomeno Barboza, al entrañable Carmelito Anzuaga, para que todos vinieran a rescatarlo de aquel lugar de perdición.

Pobre don Nicasio, me ponía yo a pensar cuando lo veía dar vueltas y más vueltas como intentando rescatar de entre aquellas remembranzas su propia identidad perdida.

Pero en seguida me asaltaba el bichito de la duda porque, ¿no estaría haciendo acaso él lo que muchos grandes hombres quienes, al quemar las papas, resolvieron retirarse de la historia pretextando no estar en sus cabales? Ni negarlo categóricamente ni categóricamente afirmarlo en realidad hubiera podido.

Lo verdaderamente cierto es que fue entonces cuando se formó aquel revuelo en torno de algo que cuanto más crecía menos factible se iba haciendo de mantener en secreto, a causa de los gritos con que la mucama anunció la trágica noticia.

Un anuncio junto con el cual me fue dada la clarividencia necesaria para comprender que era aquel exactamente el punto desde donde partiría el comienzo de mi ruina.

¡Hay dos fallecidos en la habitación 308!, exclamó en el tono utilizado por los vientos que preceden a las grandes tempestades. Y todos tuvieron la nítida impresión de que la muerte del matrimonio Alderete actuó con la misma potencia expansiva de un tembladeral de tierra.

Todavía los estoy viendo en el vasto lecho nupcial, tan radiantes y a la vez tan llenas de placidez sus caras, tan precisa la coordinación que había en su pétreo inmovilidad, que se hubiera dicho que la suya no era sino una muerte de artificio que maliciosamente habían fraguado los espejos.

Hasta los flashes fotográficos y los bolígrafos de la prensa estaban pendientes de aquel vapor de incertidumbre que por doquier se respiraba. ¿Qué iba a pasar?

Como era de prever, por una de mis puertas ingresaron los representantes de la justicia y por la otra, los uniformados de la policía, cuyas diferencias de criterio estuvieron a punto de promover una conmoción interna de mucho mayor envergadura que la que habían venido a sofocar.

Debido a que los primeros, luego de hacer un pormenorizado recuento de cómo y cuándo los habían encontrado, quiénes los habían visto por última vez y en cuáles circunstancias, se cubrieron las espaldas al inclinarse por el clásico suicidio. Algo así como yo te mato, tú me matas y al espejo que lo mate el tedio.

Mientras que los segundos, al cabo de ir soldando un pedazo por acá y otro pedazo por allá, lograron malcomponer el macabro desenlace, alegando que la cosa era sólo un accidente, que con ser involuntario, estuvo inscripto desde siempre en la carta astral de ambos.

Hasta que por último, tras un largo titubeo entre el clásico suicidio y el accidente involuntario, y de haber desestimado por ineptas aquel par de conjeturas, el forense acabó dictaminando: muerte por partida doble, sin que en ella fuera hallado ningún signo vejatorio ni de ninguna otra implicancia que no estuviera en relación directa con la irrefrenable voluntad de Dios.

Sólo mis paredes intuyeron algo que yo no me arriesgaría a confirmar sin estar del todo segura. Porque, ¿no era acaso un desatino pensar que aquellos infortunados seres hubieran conseguido finalmente liberarse de la antimateria que les impedía respirar, para caer luego abatidos por la paradoja de no haber podido sostener la carga de tanto amor reconquistado?

Tal vez la circunstancia de que mis pasillos lo escucharan todo, desde lo menos grave hasta lo planeado dentro del mayor secreto, fue lo que me hizo maliciar la posibilidad de que si don Nicasio hubiera hablado, se hubiera podido detectar la fisura por la cual principiaría a concretarse mi derrumbe.

Más que una sospecha, fue en verdad como un presagio que me expuso a un combate mitológico liberado por presencias aún más duras y resistentes que los materiales de que estoy compuesta.

Porque don Nicasio, desde luego, también se hallaba entre los sospechosos, y en tal carácter fue asimismo interrogado.

Respondió con vaguedades, cuando no con monosílabos que dejaron a los encuestadores especulando sobre lo que quiso esconder cuando dijo que no, y volteando los quién sabe, los quizá y a lo mejor al derecho y al revés, sin haber logrado otra cosa que no fuera añadir una nueva oscuridad a las muchas anteriores.

Oscuridad que aprovechó don Nicasio para retirarse a descansar con el debido respeto de todos y volver de esa manera a encerrarse en su habitación.

Yo, que demasiado bien sabía el horror que para él significaba estar preso en Investigaciones, mantenido por días enteros a tan sólo pan y agua, para que minado en su sistema inmunológico y al errar algún detalle, lo invisible se volviera del dominio público, y su foto estampada de perfil en los periódicos, revelara a los cuatro vientos su alevosa intervención en el diseño del crimen.

Yo, que he visto morir al matrimonio Alderete y que sé cómo murieron. Yo, que asistí a sus dudas y sinsabores, comprendiendo lo que nadie hubiera podido comprender, no alcancé sin embargo a percibir qué dosis de verosimilitud y qué porcentaje de no verdad colaboraron en la repentina desaparición de don Nicasio Estigarribia.

Una ausencia que reflejó a la habitación 309 en el más completo desamparo. Como sí al irse acumulando, el vacío hubiera roto allí dentro una compuerta, y todo lo que don Nicasio escuchó decir de su progenitor penetrara compulsivamente en el mismo espejo que, un minuto antes, lo miró partir sin retener su imagen.

Que lo dejó escapar como un ladrón por la ventana, apresando, en contrapartida, los distintos episodios de la maquinación dantesca. Aquella de la cual nada supo doña Coca ni tampoco lo supieron las tres hijas, y que resucitó ilusoriamente a su padre.

Aquel personaje inmóvil, que miraba hacia el pasado con los ojos secos. Igual a una estatua que hubiera sido esculpida con la gorra de Comandante en Jefe calada hasta las orejas, el pecho tachonado de medallas, y esa aura trágica en que suelen verse envueltos los militares retirados.

Y atendiendo al hecho de que siempre lo soñara como un general de hierro, don Nicasio tuvo que buscar su rumbo con un detector de metales. El mismo que se oxida y languidece en la medida en que lo hace el polémico maletín, que quedó allí abandonado, junto a 17 lacrimosos libritos de la colección «Desventuras», 4 ó 5 fragmentos de la Divina Comedia, y algunos sonetos compuestos por don Nicasio en persona, cuya calidad literaria no me corresponde, desde luego, a mí juzgar.

A la mañana siguiente estallarían el polvorín, cuando él estuviera bien lejos. Lejos del espejo dentro del cual yo pasaría a convertirme en esa arrinconada penumbra donde reposan las cosas olvidadas.

Más allá de mis pasillos, mis ventanas, los antiguos moradores de mis cuadros y hasta de incluso esta historia, que tras numerosos intentos por seguir andando, lanzó aquellos tres largos suspiros y también enmudeció de golpe.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo